PREMIO NOBEL DE LITERATURA

ERNEST HEMINGWAY

El verano peligroso

Lectulandia

En 1959 Hemingway regresó a España para cumplir un encargo de la revista *Life:* escribir un artículo, ilustrado por fotógrafos de la talla de Burrows y Hotchner, sobre el duelo entre dos grandes toreros: Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín durante el «verano peligroso» de ese año. A sus sesenta años y sufriendo los trastornos psicológicos que le empujarían a la muerte, el autor se reencontró con las imágenes que le habían cautivado en su juventud y de las cuales surgió *El verano peligroso*, un libro que contiene momentos del más puro Hemingway, donde lo que se sugiere cobra mayor importancia que lo que está escrito.

El verano peligroso, publicado póstumamente en 1985, es una versión editada de un manuscrito de 75.000 palabras que Hemingway escribió entre octubre de 1959 y mayo de 1960 como una asignación de la revista *Life Magazine.* Hemingway llamó a su amigo Will Lang Jr. para que viniera a España para entregar la historia a *Life Magazine.* El libro fue editado a partir del manuscrito original de su editor Charles Scribner's Sons. Un extracto de 30.000 palabras del manuscrito fue publicado en tres entregas consecutivas en *Life* en septiembre de 1960.

Ernest Hemingway

El verano peligroso

ePub r1.0
Titivillus 12.05.2021

Título original: *The Dangerous Summer*
Ernest Hemingway, 1985
Traducción: Jacinto León-Ignacio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo
Sol, sombra (y oscuridad)

Está claro que el Hemingway que escribió *Muerte en la tarde* en 1932 no es el Hemingway que, en 1960, lucha no solo con el indomable manuscrito de *El verano peligroso* sino también con ese toro de cuernos afilados en que se ha convertido su propia leyenda.

El Hemingway de los años treinta es un escritor en la plenitud de sus facultades que descubre a España como inmejorable escenario para sus proezas. En cambio, este Hemingway crepuscular lidia con un encargo de la revista *Life*: volver a España y escribir un artículo de 10.000 palabras que se ocupara del duelo abierto por las arenas del país entre los toreros y rivales Luis María Dominguín (retirado en lo más alto desde hacía unos años y, como Hemingway, ahora dispuesto a una *rentrée* triunfal) y su cuñado, el más joven pero igualmente admirado Antonio Ordóñez.

En principio, la idea de Scribner's —su editorial— era que luego todo el asunto fuera anexado a modo de coda en una inminente reedición de *Muerte en la tarde* y a otra cosa: porque lo que en realidad interesaba, lo que todos estaban esperando, era lo que por entonces se conocían como «sketches parisinos».[1]

Hemingway, por su parte, no estaba convencido o entusiasmado con la idea de ponerse a revisitar el ayer. Le inquietaba la idea de hacer memoria. En una carta a Charles Scribner manifestaba su preocupación —siempre disfrazada de prepotencia— porque los críticos pensaran que estaba «como Scott, pidiendo dinero prestado a cuenta de algo que no tenía intenciones ni podía terminar».[2] El libro sobre sus años jóvenes en París existía y marchaba bien, sí. Pero un Hemingway sin ningún tipo de problema financiero —más bien todo lo contrario: no dejaban de llegarle propuestas para adaptar sus obras al cine y a la televisión— no estaba en absoluto entusiasmado con la idea de mirarse en el espejo del pasado. Mejor el aquí y ahora, pensaba. Mejor

demostrar que Hemingway seguía siendo Hemingway. Y así, se dijo y anunció, la idea no se le pudo haber ocurrido en mejor momento: regresar a lo grande a una tierra y un territorio que buena parte de sus compatriotas y hasta él mismo entendían ya como una virtual Hemingwaylandia donde se le brindaban toros y aplausos en toda plaza en la que entraba como si fuera él quien hubiera inventado toda esa fiesta.[3]

Y la escritura de *El verano peligroso* también funcionaría como una fuga de sí mismo sin que esto significara batirse en retirada. Porque lo cierto es que a Hemingway no le causaba la menor gracia el Hemingway en el que se había convertido. Años de farras sin fronteras y accidentes en todas partes (destacando la reciente caída de su avión en África y las múltiples lesiones sufridas) comenzaban a pasarle factura: dormía poco y nada, su hígado y riñones no funcionaban bien y su presión sanguínea y colesterol alcanzaban cumbres más altas que la del Kilimanjaro, tenía la aorta peligrosamente inflamada, había desarrollado una suerte de fobia a todo contacto físico (nada le disgustaba más que el que le tocasen la nuca),[4] no paraba de gruñirle a su esposa Mary, cada frase que salía de su boca estaba puntuada por insultos y obscenidades. Y para colmo de males pronto se vería obligado a dejar Cuba luego del cada vez más totalitario triunfo revolucionario de Fidel Castro (paisaje en el que la figura de un norteamericano legendario producía cierta incomodidad); y estaba convencido de ser espiado por agentes del FBI. Hemingway sentía que no encajaba en ninguno de los bandos. El presente era un sitio horrible, sí. Y el haber ganado el Premio Nobel le había producido una inesperada angustia: la sensación de haber alcanzado el fin del camino.

Pero, por suerte, ahí estaba España. Y España era el único sitio posible donde escribir sobre España. Y, de paso, cumplir allí los sesenta años de edad. Y allí fue, aquí viene, Ernest Hemingway.

Y la génesis y cronología de la última aventura es la siguiente:

Al saberse que Hemingway planeaba un triunfal retorno a España, la revista *Life* (quien había tenido un éxito descomunal en 1952 con la publicación de *El viejo y el mar*) no demoró en interesarse y le hizo una propuesta y el escritor aceptó y el rumor no demoró en extenderse.

Hemingway y Mary cruzan el Atlántico a bordo del *Constitution* y desembarcan el 1 de mayo de 1959 en Algeciras instalándose en La Cónsula,

hacienda cercana a Málaga del acaudalado anfitrión profesional Nathan Bill Davis, quien meses atrás lo había invitado a presenciar lo que ya era considerado como el enfrentamiento de toreros más grande de la Historia: el *mano a mano* entre Dominguín y Ordóñez que tendría lugar ese verano.

Hemingway no dudó en aceptar a la vez que pensaba que allí había posibilidades interesantes a la hora de escribir algo *importante*. Cuando Hemingway viajó de Málaga a Madrid (se instaló en el recién inaugurado hotel Suecia) para presenciar el inicio de temporada durante las fiestas de San Isidro, su presencia se anunciaba casi como parte del cartel de las fiestas. Y así —cuentan los testigos— Hemingway ocupaba los mejores palcos y, al final de cada corrida, la concurrencia se volvía a buscar su barba blanca a la hora de saber si el matador había hecho bien o mal su trabajo.

Lo que no significaba necesariamente que las cosas fueran bien: Hemingway bebía sin límites, se veía obligado a trasladarse de feria en feria en un para él humillante Ford color rosa alquilado y con Davis al volante, los horarios de comidas eran irregulares, las noches se alargaban hasta el amanecer, la noticia de que su gran amigo Gary Cooper se estaba muriendo por un cáncer de próstata le entristecía profundamente, y su propia salud pronto empeoró.[5] Pero no importaba. El escritor estaba dispuesto a todo: entre el 26 y el 31 de ese mes Ordóñez tenía corridas en Córdoba, Sevilla, Aranjuez y Granada. Mary, engripada, se quedó en Madrid; pero Hemingway estaba dispuesto a no perderse nada. En Aranjuez, Ordóñez sufrió una leve cornada y allí estaba Hemingway para atenderlo y —ya con trece corridas en su haber— se hizo un alto hasta finales de junio para que el matador se recuperara. El otro matador aprovechó el alto para volver a La Cónsula y arremeter en su lidia privada. «Este es un verano maravilloso», dijo Hemingway en algún momento mientras las corridas y festejos se sucedían a velocidad de vértigo. Y agregó: «Quien no pueda escribir aquí no podrá escribir en ninguna parte».

Pero no era fácil pasar horas frente a la página en blanco. Una foto de esos días lo muestra sentado en la cama de una habitación austera, sosteniendo un papel, con el rostro ausente, como si se hubiera perdido y no se encontrase. El gran desafío de la escritura, postuló entonces, era «la lucha entre la cosa viva que es la experiencia y la mano muerta del embalsamador». De ahí que nadie fuera más feliz que él cuando en los últimos días de junio Ordóñez retomó su gira. Así, Zaragoza, Alicante, Barcelona, Burgos y Pamplona. «Mucho más divertido que pasármela sentado sobre mi culo en Cuba obligado a tomarme en serio la política cubana», rugió. Además, Hemingway —quien por

entonces ve la muerte en todas partes, quien sólo habla de la muerte— se había convencido de ser el amuleto de la buena suerte de Ordóñez: una presencia imprescindible para que todo le saliera bien a su flamante gran colega. Ordóñez, para no complicarse la vida o lastimar al amigo, no dudaba en darle la razón.[6] Además, donde iba Hemingway iba la prensa.

La fiesta del cumpleaños del escritor coincidió con la de la esposa del torero (Carmen Ordóñez cumplía entonces treinta años) y Mary Hemingway pasó más de un mes planificando una celebración por todo lo alto en La Cónsula. Guitarristas y *bailaores* y fuegos artificiales y una galería de tiro en la que el escritor demostró su todavía impecable puntería disparándole a cigarros encendidos en la boca del torero. Hemingway se mostró encantado —aunque enseguida le reprochó a Mary haber gastado su dinero en semejantes tonterías—[7] y protagonizó un episodio desafortunado con su amigo el coronel Buck Lanham al que había conocido durante el desembarco de Normandía y quien había viajado especialmente para el magno evento. Lanham emocionó a Hemingway hasta las lágrimas con su obsequio —un ejemplar dedicado de un libro que contaba la historia del regimiento 22 de infantería—, pero cometió el gravísimo error de darle al escritor una cariñosa palmada en la nuca. Hemingway enloqueció de furia. Lanham dejó la habitación lívido e indignado y Hemingway, arrepentido, lo persiguió pidiendo disculpas y explicándole entre sollozos que se había peinado cuidadosamente para disimular su calvicie y que él, sin quererlo, había puesto en evidencia semejante maniobra o algo así. En entrevistas posteriores, Lanham declaró sentirse perturbado y entristecido «por la insalubre nostalgia de Hemingway por la hombría de su juventud y la creciente obscenidad de su lenguaje».

Cuando la aventura llegó a su fin,[8]Hemingway y Mary retornaron por separado a Estados Unidos. El escritor había invitado a los Ordóñez primero a Cuba y luego a Idaho, por lo que su esposa partió antes para encargarse de los preparativos. Y descansar un poco de su verano que sí había sido peligroso junto a su cada vez más intratable marido. Hemingway le envió desde París un telegrama diciéndole «Todavía te amo» luego de criticar varias de sus decisiones en cuanto a asuntos domésticos.

Ese último tramo del viaje también tuvo sus complicaciones: Hemingway cogió una fuerte gripe y —horror de horrores— fue perseguido por Andrew Turnbull quien se encontraba en la ciudad documentándose para una biografía de Francis Scott Fitzgerald.[9] El pasado otra vez. Hemingway lo recibió y respondió a sus preguntas con monosílabos. Su versión del asunto estaba en

las páginas de sus *memoirs* parisinas en proceso y no iba a compartirla con un desconocido adorador de Scott, claro.

Agotado, viajó a Nueva York, llegó a La Habana[10] junto a los Ordoñez, y se presentó ante Mary con un broche de diamantes como ofrenda de paz y una maleta en cuyo interior venían las primeras 5.000 palabras de su segunda aproximación al mundo de los toros y los toreros.

Hemingway estaba herido y parecía a la espera, siempre, de nuevos estoques. Cuando era joven, caía en el desánimo cada vez que terminaba un libro y lo entregaba a la imprenta y no sabía con qué seguir. Ahora era diferente: eran demasiados los libros a medio escribir —*El jardín del Edén, Islas a la deriva, París era una fiesta, Al romper el alba* a los que ahora se sumaba *El verano peligroso*—; y el problema era mucho más grave: no sabía cómo terminarlos.

Las cosas no mejoraron: de regreso en Idaho, y a mitad de camino de un periplo turístico entre el Gran Cañón del Colorado y Las Vegas junto a los Ordóñez, el torero recibió un mensaje de su hermana desde México: había decidido dejar a su marido y la crisis familiar produjo la desbandada de los españoles. Enseguida, Mary sufrió una caída mientras cazaba patos y se rompió un codo. Hemingway, por supuesto, la consideró «extremadamente quejosa», «pésima paciente» y «un mal soldado».

A mediados de enero de 1969, Hemingway y Mary retornaron a Finca Vigía donde él esperaba acabar con su crónica del pasado verano taurino. El problema es que —lo que se suponía debía ser un artículo de 10.000 palabras — ahora estaba fuera de todo control: Hemingway le escribió a su editor que ya había alcanzado las 63.000 palabras y que lo mejor sería postergar el libro sobre París. Cuando Aaron Hotchner —quien cumpliría las funciones secretariales de un Boswell durante los últimos catorce años en la vida del escritor— llegó a Cuba para ayudar con la edición, el manuscrito ya sumaba más de 100.000 palabras. Hotchner sugirió varios cortes importantes, Hemingway no quería oír nada sobre cortes: «Lo que he escrito es proustiano y su efecto es acumulativo», se defendió mostrando los dientes. Finalmente, se consiguió moldear un artículo de unas 90.000 palabras y Charles Scribner, Jr. lo hizo llegar a las oficinas de *Life* donde el jefe de redacción, Ed Thompson, exigió nuevos cortes y acordó pagar 90.000 dólares por los derechos de publicación en la revista y 10.000 más por la traducción al español. Hemingway se mostró de acuerdo, pero exigió más tiempo para un nuevo viaje a España, chequear datos (le preocupaba especialmente la

práctica del limado de los cuernos del toro), tomar fotografías y volver a acompañar a Ordóñez en su gira de 1960.

Esta vez Hemingway viajó solo, no se programaron celebraciones de onomásticos, la atmósfera era mucho más sombría. Ocho días después de su llegada a Madrid, una noticia en la radio aseguraba que Hemingway había perdido el sentido en Málaga y que probablemente hubiera muerto. Hemingway —ya curtido en el fino arte de la necrológica antes de tiempo— le envió un telegrama a Mary y le dijo que todo estaba bien, pero sus cartas mostraban a un hombre angustiado que solo respetaba a Ordóñez.[11] El resto eran basura y buitres: «Querida, no tengo ni idea de cómo acabar con este verano… Me siento tan jodidamente solo, y el negocio de las corridas se ha convertido en algo tan corrupto, y me parece tan insignificante teniendo tan buen trabajo por hacer en el futuro… Así que cada vez que me acuesto a descansar un rato aparece alguien que me da por muerto. Lo único a lo que en realidad temo es el quebrarme física y psicológicamente por demasiado trabajo… Desearía que estuvieras aquí para cuidarme y ayudarme a que no me derrumbe». Pero Mary no acudió a su lado. Ya estaba cansada de España y, además, pensaba que Hemingway estaba exagerando y que todo mejoraría una vez que entregara el artículo.

El 2 de septiembre, Mary cablegrafió a Hemingway diciéndole que la primera entrega de *El verano peligroso* ocupaba la portada de *Life* y que era tema de conversación en toda Nueva York. Hemingway no se mostró demasiado feliz al recibir un ejemplar: «Ese horrible rostro en la cubierta», dijo. El rostro era el suyo. Y agregó: «Siento vergüenza de haber entregado semejante trabajo». Después, enseguida, se metió en una cama de una habitación de La Cónsula y se declaró deprimido. Guardaba silencios sepulcrales, solo hablaba para acusar a sus anfitriones de querer atropellarlo con un auto, insistía con múltiples y cada vez más elaborados delirios persecutorios, insultaba a los editores fotográficos de *Life* por publicar retratos que no hacían justicia a Ordóñez y a Dominguín,[12] temía estar al borde de la ruina (un gerente de la Morgan Guaranty Trust tuvo que llamarlo para explicarle que estaba todo en orden sin que esto lo convenciera del todo), [13] le preocupaba sin razón alguna los juicios por infamia y perjurio que podrían traerle los artículos de *Life* y, finalmente, consintió en ser subido a un avión de regreso a casa siempre y cuando se lo autorizara a viajar con todo su equipaje a su lado y no en la bodega. La máquina de Iberia no era un jet: viaje más largo pero más seguro, argumentaba. Menos plazas a ser ocupadas por sus siempre acechantes perseguidores. Quienes lo vieron bajar por la

escalerilla al llegar a Estados Unidos comprendieron que la situación era grave.

Mary decidió internarlo en la Menninger Clinic, por entonces el más avanzado centro psiquiátrico, previo paso por el St. Mary's Hospital para un exhaustivo chequeo. Esa noche, en su habitación, Hemingway tuvo dificultades para responder preguntas sencillas como cuál era su nombre. El informe médico era casi un relato por lo extenso: ligera diabetes, hipertrofia del hígado, un curioso mal conocido como hemocromatosis (un desorden hereditario que afectaba al metabolismo por una acumulación de hierro afectando al hígado, corazón y demás órganos), hipertensión, problemas serios en la vista: «La córnea se seca, los lagrimales ya se secaron», comentó el escritor. La cantidad de medicamentos recetados —en especial el llamado Reserpine— pudieron ser en parte responsables de una todavía más profunda depresión, argumentó el médico. Redujeron las dosis pero ensayaron una estrategia más contundente. La nueva terapia —electrochoque dos veces por semana a lo largo de más de dos meses— pareció ayudar y Hemingway volvió a Idaho, pero no demoró en recaer. En una carta a L. H. Brague, Jr. —editor en Scribner's que entonces se ocupaba del «Libro de París» y estaba a la espera de la versión final de *El verano peligroso*[14]— pide que le envíen un ejemplar del *Oxford Book of English Verse* y una Biblia con letras grandes y, con respecto al estado de su salud, concluye: «Ya sé que tú, Max y Scribner se han acostumbrado a las mentiras de Scott; pero esto es serio». La frase no deja de ser extraña y, al mismo tiempo, apropiada: Hemingway invoca fantasmas. Scott Fitzgerald y Maxwell Perkins y Charles Scribner llevan varios años bajo tierra. A Hemingway le preocupa más lo que piensan de él los muertos que lo que le dicen los vivos.

Se suceden los arranques de furia por el dinero que se gasta en alimentos, explosiones de llanto ante la imposibilidad de escribir (culpando de ello al electrochoque) y, una mañana, Mary lo encuentra cargando un rifle. Consigue convencerlo de que no haga una locura. Vuelve a internarlo para un más agresivo tratamiento eléctrico; lo que no resulta muy indicado para una persona que había sufrido numerosos traumatismos en su cabeza a lo largo de su ajetreada vida. Pérdida de la memoria, entradas y salidas de hospitales y nuevos intentos de suicidio: Hemingway intenta romper el candado del armario donde se guardan las armas, Hemingway corre hacia las hélices de un avión próximo a despegar, Hemingway que pasa las horas llevando un obsesivo registro de su peso y funciones corporales, Hemingway cada vez

más consciente que ya no quedaba nada que contar, que solo faltaba el punto final a demasiadas palabras.

Una madrugada del invierno de 1961, Mary creyó oír, entre sueños, un ruido «como el de un cajón cerrándose de golpe».

El verano había terminado.

El sol también se pone.

RODRIGO FRESÁN

Capítulo 1

Me resultaba extraño volver a España; nunca había esperado que me permitiesen regresar al país que amaba más que ningún otro excepto el mío, y tampoco quería hacerlo mientras alguno de mis conocidos estuviera en la cárcel. Pero en la primavera de 1953 en Cuba hablé con buenos amigos que habían luchado en bandos opuestos durante la guerra civil acerca de la posibilidad de detenernos en España camino de África, y todos convinieron en que podía hacerlo honorablemente si no me retractaba de lo que había escrito y mantenía la boca cerrada con respecto a la política. No era preciso que solicitara un visado. Los turistas norteamericanos ya no lo necesitaban.

En 1953 ninguna de las personas que conocía estaba presa y me propuse ir con mi esposa Mary a la *feria*[*] de Pamplona, seguir luego hasta Madrid y visitar el Prado y después, si aún seguíamos libres, continuar hasta Valencia para las corridas de toros antes de tomar el barco a África. Sabía que nada iba a ocurrirle a Mary pues no había estado ni una sola vez en España durante toda su vida y, además, únicamente trataba a la gente más selecta. Con seguridad, de tener algún problema acudirían al rescate.

Rápidamente cruzamos París y a toda prisa descendimos por Francia vía Chartres, el valle del Loira y la desviación de Burdeos hacia Biarritz, donde nos esperaban varias personas para seguir juntos el viaje. Comimos y bebimos bien y nos citamos a una hora determinada en nuestro hotel de Hendaye Plage para desde allí cruzar la frontera. Uno de los amigos tenía una carta del duque Miguel Primo de Rivera, entonces embajador de España en Londres, quien supuestamente iba a hacer milagros si yo me encontraba en apuros. Esto me animó un tanto.

El tiempo se mostraba triste y lluvioso cuando llegamos a Hendaya y el día siguiente amaneció triste y cubierto, por lo que no podían verse las montañas españolas a causa de las densas nubes y de la niebla. Nuestros

amigos no acudieron a la cita. Les concedí una hora, luego media hora más. Entonces nos dirigimos a la frontera.

También el puesto de inspección tenía un aire triste. Entregué los cuatro pasaportes a la policía y el agente los examinó sin alzar la cabeza. Esto es habitual en España pero nunca resulta tranquilizador.

—¿Tiene usted algún parentesco con el novelista Hemingway? —me preguntó sin mirarme.

—Somos de la misma familia —respondí.

El agente examinó varias páginas del pasaporte y estudió la fotografía.

—¿Es usted Hemingway?

Adopté una postura de firmes y dije: «*A sus órdenes*», lo cual en castellano tiene también el significado de estar a su disposición. Lo había oído decir en circunstancias muy distintas y confiaba haberlo hecho correctamente y en el tono adecuado de voz.

El agente se puso de pie y me tendió la mano al tiempo que afirmaba:

—He leído todos sus libros y lo admiro mucho. Ahora sellaré los pasaportes y veré si puedo ayudarlo en la aduana.

Así fue como entramos en el país y parecía demasiado bueno para ser cierto. Cada vez que la Guardia Civil nos detuvo en los tres controles establecidos a lo largo del río Bidasoa, temí que nos prendieran o que nos devolviesen a la frontera. Pero en cada ocasión los guardias examinaban nuestros pasaportes con todo cuidado y corrección, y después nos despedían sonriendo. Formábamos el grupo un matrimonio norteamericano, un alegre italiano, Gianfranco Ivancich, del Véneto, y un chófer italiano de Údine, camino de los sanfermines de Pamplona. Gianfranco era un antiguo oficial de caballería que había luchado junto a Rommel, y un amigo íntimo y querido que vivió con nosotros en Cuba cuando yo trabajaba allí. Había ido en coche a recibirnos en El Havre. El chófer Adamo tenía la ambición de establecerse como director de pompas fúnebres. Lo ha conseguido y si alguno de ustedes muere en Údine será él quien le atienda. Nadie le preguntó en qué bando de la guerra civil española había combatido. En bien de mi paz mental, durante el viaje confié en que hubiera sido en ambos. Conforme lo iba conociendo y apreciando su versatilidad, que era digna de Leonardo, llegué a creerlo perfectamente posible. Pudo haber luchado en un bando por sus principios, en otro por su patria o la ciudad de Údine y, de haber existido un tercero, podría haberlo hecho por Dios, la compañía Lancia o la industria de pompas fúnebres, de todo lo cual era, sin distinciones, un profundo devoto.

Si les agrada viajar con alegría, como a mí me ocurre, háganlo con buenos italianos. Nosotros íbamos con dos excelentes ejemplares en un bien templado Lancia ascendiendo desde el verde valle del Bidasoa, con los castaños próximos a la carretera y la niebla aclarándose conforme subíamos, por lo que comprendí que el cielo estaría limpio tras el Col de Velate una vez que nos encontráramos en la alta meseta de Navarra.

Se supone que este libro trata del toreo, pero me tomé poco interés por él aparte de querer mostrárselo a Mary y a Gianfranco. Mary había visto a Manolete en su última actuación en México. Aunque hacía mucho viento y al diestro le tocaron los dos peores toros, a mi mujer le gustó la *corrida*, que resultó muy pobre, por lo que comprendí que si aquella le había gustado le gustaría la *fiesta*. Se dice que si uno puede mantenerse un año alejado de los ruedos puede mantenerse toda la vida. Esto no es cierto por más que haya algo de verdad y, sin contar las corridas de México, yo me había mantenido alejado durante catorce años. Una gran parte de ese tiempo fue como permanecer en la cárcel, excepto que yo estaba encerrado fuera en vez de estarlo dentro.

Había leído acerca de los varios abusos que se introdujeron en las corridas durante los años del dominio de Manolete e incluso después, y amigos de confianza me lo confirmaron. Para proteger a los más destacados *matadores* se recortaban los cuernos de los toros y luego se afeitaban y limaban de modo que pareciesen normales. Pero quedaban tan sensibles como una uña cortada hasta la raíz y, si al animal se le hacía golpear con ellos las barreras, le dolían de tal modo que tenía mucho cuidado en no tocar nada más. Lo mismo le ocurría al embestir las pesadas corazas con que entonces se protegían los caballos.

Al reducirse el tamaño de las astas, el toro pierde su sentido de las distancias y el matador corre mucho menos peligro de que lo cojan. El toro aprende a manejar sus cuernos en las haciendas a lo largo de las rencillas, choques y a veces verdaderas peleas con sus hermanos y cada año adquiere mayor habilidad y dominio. Por tanto, los apoderados de los grandes *matadores*, cada uno de los cuales tiene un elenco de otros *matadores* de menor talla, intentaban que los ganaderos produjeran lo que se llama *medio toro*. Se trata de un animal que exceda lo menos posible los tres años, de manera que no sepa muy bien cómo usar sus cuernos. Para que no tenga patas muy fuertes, lo que haría imposible reducirlo con la muleta, no tiene que andar mucho desde los pastos hasta el agua. Para que adquiera los kilos precisos, quieren que lo alimenten con grano de modo que parezca un toro,

pese y salga a la plaza con el mismo brío que un toro. Pero en realidad no es más que un medio toro, por lo que el castigo lo ablanda, dejándolo manejable, y, a menos que el *matador* lo trate con gran cuidado, al final queda indefenso.

En cualquier momento puede causar una herida con un golpe certero, incluso de cuerno afeitado. A mucha gente la han herido de esta manera. Pero un toro al que han alterado los cuernos resulta diez veces más fácil de lidiar y matar que uno con la cornamenta intacta.

Por falta de experiencia, el espectador medio no advierte que el cuerno está afeitado y no ve la ligera aspereza blanca y gris. Observa las puntas de las astas y las ve negras y brillantes sin saber que las pulieron y luego lustraron con aceite de cigüeñal ya usado. Así se les da un lustre superior al que la crema de silla de montar da a unas viejas botas camperas, mas al espectador avezado le resulta tan fácil descubrirlo como al joyero una tara en un diamante incluso a bastante distancia.

Los inescrupulosos apoderados de la época de Manolete y de los años que siguieron eran con frecuencia empresarios o estaban de acuerdo con ellos y con los ganaderos. Su ideal para los *matadores* era el medio toro, y muchos criadores se esforzaron en proporcionárselos en grandes cantidades. Les rebajaron la talla para que resultasen más dóciles y tuvieran poca agresividad y luego los alimentaban con grano para engordarlos y para que diesen la impresión de un buen tamaño. No debían preocuparse por los cuernos. Era fácil alterarlos y, al ver los milagros que se podían hacer con aquellos animales —lidiarlos de espaldas, dirigir la mirada al tendido en vez de al toro cuando este pasaba bajo la axila, arrodillarse ante la fiera y apoyarle el codo izquierdo en la oreja simulando hablar por teléfono, acariciarle el cuerno al astado y desprenderse del estoque y de la *muleta* al tiempo que contemplaban al público igual que malos cómicos, en presencia de un animal enfermo, sangrante e hipnotizado—, al presenciar estos ejercicios de circo, los espectadores creían asistir a una Edad de Oro del toreo.

En caso de que los inescrupulosos apoderados debieran aceptar auténticos toros con los cuernos sin alterar, provistos por ganaderos honrados, siempre quedaba la posibilidad de que a estos les ocurriese algo en los oscuros pasadizos y en los toriles de la plaza en que se los confina tras el *apartado* la mañana antes de la *corrida*. Por tanto, si veíais un animal de ojos brillantes, rápido como un gato y de fuertes patas al seleccionarlo y ese mismo animal aparecía más tarde con las patas traseras muy débiles, era que alguien le había descargado tal vez un pesado saco de grano en la espalda. O si salía al ruedo como un sonámbulo y en ese estado debía lidiarlo el *matador*, lo mismo que

si fuera abúlico y hubiese olvidado para qué sirven los cuernos, cabía la posibilidad de que le hubieran inyectado una dosis de barbitúricos con una jeringa para caballos.

Naturalmente, los mejores diestros tenían que enfrentarse en ocasiones con auténticos toros de cuernos sin alterar. Eran muy capaces de lidiarlos, pero no les agradaba por ser muy grande el riesgo. No obstante, todos se veían obligados a aceptarlos cierto número de veces cada temporada.

De ahí que por muchas razones, especialmente porque me había apartado de los espectáculos deportivos, yo había ido perdiendo mi antigua afición a los toros. Pero había nacido una nueva generación de matadores y tenía interés en verlos actuar. Había conocido a sus padres, en ciertos casos bastante bien; pero, después de que algunos de ellos murieron o se retiraron dominados por el miedo u otros motivos, me propuse no tener nunca más amistad con un diestro pues sufría por ellos y con ellos cuando no podían con el toro a causa del pánico o de la incapacidad que este provoca.

Aquel año de 1953 nos alojamos fuera de la capital, en Lecumberri, y cada mañana recorríamos cuarenta kilómetros hasta Pamplona para llegar a las seis y media y ver a las siete el encierro de los toros por las calles. Encontramos a nuestros amigos en el hotel de Lecumberri y con ellos compartimos los consabidos y agitados siete días. Tras una semana de ininterrumpido regocijo, todos nos conocíamos bastante bien y en general nos apreciábamos mutuamente, lo que significaba que había sido una buena *fiesta*. En un principio consideré demasiado pretencioso el Rolls Royce con guarniciones de oro del conde Dudley. Luego me pareció encantador. Así fue aquel año.

Gianfranco se había unido a una de las *cuadrillas* que danzaban y bebían, compuesta de limpiabotas y unos pocos aspirantes a carteristas, y su lecho de Lecumberri lo acogió muy pocas veces. Adquirió cierta notoriedad al dormirse en el camino vallado por el que los toros se dirigen a la plaza para tener la seguridad de estar despierto a la hora del *encierro* y no perdérselo como le ocurrió una mañana. No se lo perdió. Los animales le pasaron por encima. Todos los miembros de su *cuadrilla* se sintieron muy orgullosos.

Adamo estaba en la plaza cada mañana y quería que le permitiesen matar un toro, pero la empresa tenía otros planes.

El tiempo era atroz y cada tarde Mary quedaba empapada, por lo que contrajo un fuerte resfriado con fiebre que la acompañó hasta Madrid. Las

corridas resultaron muy pobres excepto por un hecho histórico: fue la primera vez que vimos a Antonio Ordóñez.

Comprendí que era verdaderamente grande en el primer pase largo que dio con la capa. Fue como ver juntos a todos los buenos diestros, y había muchos con vida y de nuevo en los ruedos, excepto que él era mucho mejor. Con la *muleta* resultó perfecto. Mató bien y sin dificultades. Al contemplarlo de cerca y con ojo crítico supe que sería uno de los más importantes *matadores* si nada llegaba a ocurrirle. Lo que no supe es que iba a ser grande pasara lo que pasara y que su coraje y su pasión aumentarían a cada herida grave.

Años antes había conocido a su padre, Cayetano, e hice de él un retrato y una descripción de su modo de torear en *Fiesta*. Todo lo que en ese libro se narra acerca de la corrida es exactamente lo que sucedió. El resto, lo que ocurre fuera de la plaza, es pura invención. Cayetano lo sabía y nunca se quejó de la obra.

Al contemplar a Antonio ante el toro me di cuenta de que tenía las mismas cualidades que había tenido su padre en la gran época. Cayetano poseía una absoluta perfección técnica. Sabía dirigir a sus subalternos, los *picadores* y *banderilleros*, de manera que toda la lidia del toro, las tres etapas que lo llevan a la muerte, estaba detalladamente ordenada y razonada. En esto Antonio era aún superior, por lo que cada pase que daba con la capa desde el momento en que el animal entraba en la arena, cada movimiento de los *picadores* y el sitio en que clavaban la puya, respondía a un inteligente plan que buscaba preparar al animal para el último acto de la corrida: el juego de la roja *muleta* que lo acondiciona para morir de una estocada.

En el toreo moderno no basta dominar al toro por medio de la *muleta* hasta que pueda derribárselo con la espada. El *matador* debe llevar a cabo una serie de pases clásicos antes de que acabe con el animal, si aún es capaz de embestir. En tales pases, el toro ha de acercarse al cuerpo del diestro lo suficiente para tener posibilidad de alcanzarlo con el cuerno. Cuanto más se aproxime al hombre a invitación de este, que es quien lo provoca y guía, mayor será la emoción del espectador. Todos los pases clásicos son muy peligrosos, y al toro hay que gobernarlo con la franela escarlata que el *matador* sostiene por medio de un palo de algo más de un metro. Se han inventado muchos pases efectistas en los que es el hombre quien en realidad pasa junto al toro, en vez de conseguir que este pase junto a él, o se aprovecha de que lo haga para saludarlo en lugar de controlar y dirigir sus movimientos. El más sensacionalista de todos se realiza con un toro que carga en línea

recta; el *matador*, consciente de que relativamente no hay peligro, le vuelve la espalda cuando inicia la embestida. Lo mismo podría hacer con un tranvía, pero esas suertes encantan al público.

La primera vez que vi a Antonio Ordóñez me di cuenta de que podía realizar todos los pases clásicos sin engaño, de que era capaz de matar bien si se lo proponía y de que era un genio con la capa. Comprendí que poseía las tres grandes cualidades de un *matador*: coraje, habilidad en su profesión y gracia ante un peligro mortal. Pero cuando un amigo mutuo me indicó al salir de la plaza, después de la corrida, que Antonio deseaba que lo fuese a ver al hotel Yoldi, pensé: «No vuelvas a iniciar amistades con toreros, especialmente con este, cuando sabes lo bueno que es y lo mucho que perderás si le ocurre algo».

Por fortuna, no he aprendido a obedecer los buenos consejos que me doy a mí mismo ni los que mis temores me inspiran. En consecuencia, al encontrarme con Jesús Córdoba, el torero mexicano nacido en Kansas, que hablaba un excelente inglés y me había brindado un toro el día antes, le pregunté dónde estaba el Yoldi y él se ofreció a acompañarme. Jesús era una excelente persona y un bueno e inteligente *matador*, por lo que disfruté con su charla. Me condujo a la puerta de la habitación de Antonio.

Antonio yacía desnudo en la cama excepto por una toalla colocada a manera de hoja de parra. Lo primero que advertí fueron sus ojos: los ojos más negros, brillantes y alegres de cuantos se han visto, junto con una maliciosa sonrisa de pillete, y no pude evitar advertir los costurones que tenía en el muslo derecho. Antonio me tendió la mano izquierda, pues se había hecho un feo corte en la derecha con el estoque al matar al toro, e invitó:

—Siéntese en la cama. Dígame, ¿soy tan bueno como mi padre?

Así que, contemplando aquellos ojos extraños, desaparecida su sonrisa junto con cualquier duda acerca de si seríamos amigos, le aseguré que era mejor que su padre y le expliqué lo bueno que este había sido. Luego, hablamos de su mano. Afirmó que volvería a torear al cabo de dos días. El corte era profundo pero no había afectado los tendones ni los ligamentos. Le anunciaron la conferencia que había puesto a su novia, Carmen, hija de Dominguín, su apoderado, y hermana del *matador* Luis Miguel, por lo que salí de la habitación para alejarme del teléfono. Cuando concluyeron me despedí. Acordamos vernos con Mary en El Rey Noble y desde entonces hemos sido amigos.

La primera vez que vimos torear a Antonio, Luis Miguel se había retirado. Conocimos a este en Villa Paz, la hacienda que acababa de comprarse cerca de Saelices, en la carretera de Madrid a Valencia. Yo había tratado a su padre durante muchos años. Fue un buen *matador* en una época en que había dos grandes *matadores* y más tarde un negociante competente y astuto que había descubierto y apoderado a Domingo Ortega. El matrimonio Dominguín tuvo tres hijos y dos hijas. Los tres habían sido *matadores*. Luis Miguel tenía facilidad y talento para todo, era un gran *banderillero* y lo que los españoles llaman un *torero muy largo*; esto es, que tenía un extenso repertorio de pases y trucos elegantes y podía hacer cualquier cosa con un toro y matarlo exactamente tal como deseaba.

Fue Dominguín padre quien pidió que visitásemos a Luis Miguel en su recién adquirida finca y comiéramos allí camino de Valencia. Con Mary y Juanito Quintana, un viejo amigo de Pamplona que me sirvió de modelo para el hotelero de *Fiesta*, llegamos a la fresca y oscura casa después de viajar a través del sofocante julio de Castilla la Nueva, con el ardiente viento de África levantando broza de las eras que se extendían junto a la carretera. Luis Miguel resultaba encantador, muy moreno, alto, casi sin caderas y con el cuello un poco largo para su oficio, con un rostro grave y a la vez burlón que pasaba fácilmente del desdén profesional a la risa. Antonio Ordóñez se encontraba allí con Carmen, la hermana menor de Luis Miguel. Era una muchacha muy morena y bonita, de bellas facciones y una gran figura. Ella y Ordóñez iban a casarse aquel otoño y se advertía en todo lo que hacían o decían lo mucho que se amaban.

Inspeccionamos los animales, el corral, las cuadras y la armería y entré en la jaula de un lobo que hacía poco habían capturado en los alrededores, para jugar con él, lo que divirtió mucho a Antonio. El lobo parecía muy sano y todas las probabilidades estaban en contra de que padeciese hidrofobia, por lo que decidí que lo peor que podía hacer era morderme, así que entré en la jaula a ver si nos entendíamos. El animal era agradable y reconoció a alguien a quien gustan los lobos.

Vimos la recién construida piscina, aún vacía, y admiramos la estatua en bronce de tamaño natural de Luis Miguel, lo que no es frecuente tener en vida en la propia *finca*, y me pareció que el matador tenía mejor aspecto que la escultura, si bien esta presentaba un aire más noble. Pero a cualquiera le resulta difícil competir con su estatua en su jardín.

Volví a encontrar a Luis Miguel en Madrid en 1954, a nuestro regreso de África. Vino a nuestra habitación del hotel Palace, donde todo el mundo se había reunido tras una *corrida* particularmente pobre en un día muy borrascoso. La habitación estaba llena de gente, vasos, humo y conversaciones acerca de algo que habría sido preferible olvidar y Luis Miguel tenía un pésimo aspecto. En sus mejores momentos resultaba una mezcla de Don Juan y un buen Hamlet, pero en aquella ruidosa tarde se lo veía ojeroso, exhausto y rendido.

Luis Miguel seguía retirado pero pensaba aceptar unas cuantas corridas en Francia, y lo acompañé al campo un par de veces, hacia El Escorial, al socaire del Guadarrama, donde se entrenaba con vaquillas para comprobar cuánto tardaría en ponerse en forma. Me gustaba verlo trabajar y lo mucho que trabajaba sin descanso ni tregua, y cómo al sentirse cansado o que se le acababa el resuello se esforzaba aún más hasta agotar al animal. Entonces iniciaba el entrenamiento con otro, sudando copiosamente y respirando muy deprisa para recuperar el aliento mientras esperaba a que apareciese la nueva vaquilla. Admiré su gracia, su facilidad y su estilo, que se basaba en sus facultades físicas, sus magníficas piernas, sus reflejos, su enorme repertorio de pases y su conocimiento enciclopédico de los toros. Resultó un gran placer verlo entrenarse al aire libre, y el campo estaba espléndido en primavera cuando habían concluido las lluvias. Solo encontré un defecto: su estilo no me emocionó lo más mínimo.

No me parecía bien su manejo de la capa. Por suerte, había visto a todos los grandes maestros de la capa desde que Belmonte comenzó el toreo moderno, e incluso en pleno campo podía afirmar que Luis Miguel no figuraba entre ellos. Eso, sin embargo, no era más que un detalle y yo gozaba mucho en su compañía. Tenía un talante burlón, era bastante cínico y aprendí mucho de él acerca de diversas cosas cuando tuvimos la fortuna de que pasara una temporada con nosotros en la *Finca* de Cuba. A diario, al concluir yo mi trabajo, sosteníamos largas conversaciones junto a la piscina. En esa época Luis Miguel no tenía intención de volver a los toros. Estaba soltero y divirtiéndose mucho y un día pensaba en ser una cosa y al siguiente algo distinto. Acostumbraba salir por las noches con el poeta Agustín de Foxá, que era secretario de la embajada española. Agustín gozaba mucho de la vida y durante esta etapa Foxá, cuando Luis Miguel y nuestro chófer Juan regresaban a la *Finca* poco antes o poco después de amanecer, Luis Miguel pensó muy en serio en dedicarse a la diplomacia.

También quiso escribir. Si Ernesto era capaz de escribir, imagino que razonó, debía de ser fácil. Le aseguré que no presentaba problemas en caso de hacerlo bien y le expliqué cómo procedía yo. Así que durante un par de días los dos escribíamos por las mañanas y luego Luis Miguel me llevaba sus cuartillas a la piscina.

Él era un magnífico compañero, el perfecto invitado, y me contó algunas de las cosas más extrañas que he oído acerca de la vida y de los toros.

Eso fue una de las causas por las que la temporada de 1959 resultó tan terrible. Si Luis Miguel hubiera sido un enemigo en lugar de ser un amigo, el hermano de Carmen y el cuñado de Antonio, habría sido fácil. Fácil quizá no, pero no me habría importado más que como ser humano.

Capítulo 2

Desde finales de junio de 1954 hasta agosto de 1956 estuvimos en Cuba trabajando. Me encontraba en muy mal estado a causa de haberme resentido mucho la espalda en varios accidentes de aviación en África e intentaba recuperarme. Nadie tenía la menor idea de cómo iba a responderme la espalda hasta que tuvimos que ponerla a prueba a la altura de Cabo Blanco, en Perú, donde fuimos a pescar un pez espada de gran tamaño para la película *El viejo y el mar*. Lo hizo muy bien y, cuando nuestro trabajo en ese filme concluyó para bien o para mal, pasamos el mes de agosto en Nueva York.

Zarpamos de allí el primero de septiembre, con el propósito de ir a España desde París para ver torear a Antonio en Logroño y Zaragoza y luego dirigirnos a África, donde teníamos que concluir unos asuntos pendientes.

Desembarcamos en El Havre en medio de una aglomeración de periodistas y fotógrafos y encontramos esperándonos a Mario Casamassima con un moderno Lancia. Gianfranco lo había enviado desde Údine para reemplazar a Adamo, que se había convertido en un personaje tan importante en las pompas fúnebres de la ciudad y sus alrededores que le resultaba tan difícil abandonar a sus clientes como a un popular especialista de obstetricia.

Se sentía muy desolado, nos escribió, de no podernos acompañar de nuevo a España, pero estaba seguro de que Mario se mostraría digno de su ciudad natal, que tiene más Lancia *per capita* que ninguna otra en todo el mundo. Mario tomaba parte en carreras de coches, se iniciaba como director de televisión, sabía cargar la baca del coche como si fuera una acémila, atarla bien y con ese impedimento ir adelantando cualquier modelo que la casa Mercedes decidiese poner en la carretera. También era lo que los franceses llaman *débrouillard*, lo que significa que si se decidía a hacer algo lo desempeñaba bien y que si uno necesitaba cualquier cosa él la conseguía, pero no a un buen precio sino como préstamo de algún reciente y devoto amigo.

Establecía estas amistades cada noche y en todos los garajes y hoteles. No sabía una palabra de castellano pero se desenvolvía muy bien.

Llegamos a Logroño justo a tiempo de ver la *corrida*. Fue excelente. Los toros eran bravos, grandes, rápidos y no les habían alterado los cuernos, y los *matadores* se arrimaban mucho, muchísimo, lo máximo posible y daban de sí todo lo que eran capaces.

Antonio casi hizo que me atragantase al verlo actuar con la capa. No era la impresión que provoca el llanto como en la ya clásica fotografía de aquel francés ante la derrota de Francia, sino la que hace que el cuello y el pecho se pongan en tensión y los ojos se empañen al ver que algo que uno creía muerto y concluido vuelve a la vida en la propia presencia. Antonio lo hacía del modo más puro, más bello, más cercano al toro y más peligroso que puede hacerse y controlaba el peligro y lo medía en proporciones micrométricas. Con una simple capa de percal dominaba media tonelada de animal agresivo equipado de un arma mortal a cada lado de la cabeza, obligándolo a pasar una y otra vez junto a su cintura y sus rodillas, y formaba con él una escultura, pues la relación entre los dos protagonistas y los lentos movimientos de la capa con los que guiaba al toro los fundían en una escultura tan bella como las mejores que he visto.

Cuando concluyó la primera serie de *verónicas*, Rupert Belville, nuestro amigo inglés y un *aficionado* desde hacía años, Juanito Quintana y yo nos miramos y afirmamos con la cabeza. Nada podíamos decir. Mary me apretaba fuertemente la mano.

Finalizada aquella exhibición, Antonio iba a hacer lo que más convenía al toro, lo que él consideraba apropiado, y realizar una gran *faena* para luego matarlo de un modo que a mí me satisficiera. Le agradaban los secretos y entonces yo no sabía lo que me preparaba. El secreto es que iba a matar *recibiendo*, que consiste en provocar la embestida doblando al frente la rodilla izquierda al tiempo que, balanceando la *muleta*, se la adelanta y, cuando el toro ataca, esperar a pie firme a que baje la cabeza, momento en que descubre la ranura entre las paletillas, para clavarle la espada con la palma de la mano y la muñeca rígida e inclinarse de modo que hombre y bestia constituyan una sola figura conforme el acero se hunde hasta que ambos quedan unidos; mientras, la mano izquierda con la *muleta* mantiene la testuz baja, muy baja, y la va apartando para evitar el choque definitivo. Es la más bella forma de matar y al toro se lo debe ir preparando a lo largo de toda la *faena*. También es la forma más peligrosa ya que, si la bestia no está perfectamente dominada por la mano izquierda y alza la cabeza, le clavará al torero el cuerno en el

pecho. Antonio había matado de esta forma en todas sus corridas a lo largo del otoño de 1956 por satisfacción personal, para mostrar al público de lo que era capaz, por el orgullo de hacer algo que los otros no sabían o no querían hacer y, también, para complacerme.

Esto último yo lo ignoré hasta el día en que me brindó un toro con estas palabras:

—Ernesto, tú y yo sabemos que este animal no vale nada pero vamos a ver si puedo matarlo como a ti te gusta.

Lo hizo. Pero antes de concluir la temporada el doctor Tamames, que era su cirujano particular así como el de Luis Miguel y un viejo amigo, me pidió:

—Si tienes alguna influencia sobre él, dile que no abuse de esa suerte. Sabes muy bien dónde pueden darle la cornada, y yo soy su cirujano.

Después de la última corrida en Zaragoza me sentí disgustado y decidí que ya tenía bastantes toros para una temporada. Me constaba que Antonio era capaz de enfrentarse a cualquier animal y que podía llegar a ser uno de los grandes *matadores* de todos los tiempos, y no quería que le negasen su puesto en la historia o que se lo escamotearan por medio de las muchas maniobras que se estaban desarrollando. Me constaba que el actual toreo, la moderna manera de lidia, resultaba mucho más peligrosa, había que acercarse más y actuar con mayor pureza que antaño y comprendía que para eso necesitasen «medios toros». Me parecía bien. Que tengan medios toros mientras sean lo bastante grandes para inspirar respeto y no simples novillos o descaradamente de tres años, y conserven los cuernos intactos y no los hayan manipulado. Pero en algún momento y en algunas ciudades Antonio debería enfrentarse a auténticos toros, y yo sabía que podía hacerlo y lidiarlos tan bien como los más grandes matadores.

Luis Miguel se había casado con una mujer encantadora, tras lo cual abandonó su retiro. Sin embargo, entonces toreaba en Francia y en África del Norte. Me habían informado de que en Francia les afeitaban los cuernos a todos los animales y no tuve interés en ir allí. Decidí esperar a ver a Luis Miguel cuando torease en España.

Por tanto regresamos a Cuba y trabajé durante todo 1957 y todo 1958, tanto en la isla como en Ketchum, Idaho. Mary me cuidó de manera extraordinaria a lo largo de aquella mala temporada, y con mucho trabajo y mucho ejercicio me recuperé por completo.

Antonio tuvo un año magnífico en 1958. En dos ocasiones estuvimos a punto de ir a verlo, pero no podía interrumpir la novela que estaba escribiendo.

Enviamos una tarjeta de Navidad a Antonio y Carmen y les dije que habíamos perdido la temporada de 1958 pero no íbamos a perdernos la siguiente pasara lo que pasara y que llegaríamos a tiempo de asistir a la *feria* de San Isidro de Madrid, a mediados de mayo.

Cuando llegó el momento me dolió abandonar Estados Unidos, lo mismo que me dolió abandonar Cuba. La corriente del Golfo se dirigía a la orilla y los grandes peces voladores de negras aletas comenzaban a aparecer en el último día de mi viaje en *El Pilar* costeando hacia La Habana antes de emprender vuelo para Nueva York, donde nos embarcaríamos rumbo a Algeciras. Me dolía desperdiciar una primavera en el Golfo pero en Navidades había dado mi palabra de que iría a España. Me había hecho el propósito de que si las *corridas* estaban manipuladas o eran malas regresaría a Cuba, explicándole a Antonio el motivo de que no pudiera quedarme. No le revelaría a nadie más mis razones pero sabía que él lo iba a comprender. Tal como fueron las cosas, no habría cambiado aquella primavera, el verano y el otoño por nada del mundo. Habría sido trágico perderlo, y fue trágico presenciarlo. Pero era algo que no se podía dejar pasar.

Capítulo 3

El viaje en el *Constitution* empezó con tiempo bueno y soleado que solo duró un día, pero luego nos encontramos con lluvia, cielo encapotado, mar revuelto y fuertes vientos que continuaron casi hasta el estrecho de Gibraltar. El *Constitution* era un buque grande y acogedor con mucha gente agradable y amistosa a bordo. Lo llamábamos el Constitution Hilton por ser el medio de transporte menos náutico en el que ninguno de nosotros había viajado. Quizá el Sheraton-Constitution habría sido más apropiado, pero podemos llamarlo así en otra ocasión. Comparado con una travesía en el viejo *Normandie*, el *Île de France* o el *Liberté* era como vivir en cualquier hotel Hilton en vez de tener un apartamento en el Paris Ritz, del lado del jardín.

Tras desembarcar en Algeciras nos dirigimos a casa de la familia Davis, Bill, Annie y sus dos pequeños, en una villa llamada La Cónsula situada en las montañas que rodean Málaga. Había una verja ante la que montaba guardia un hombre cuando no estaba cerrada. Luego venía un largo camino de grava rodeado de cipreses. Tenía un jardín tan precioso como el Botánico de Madrid. La casa era enorme, magnífica y fresca, de habitaciones espaciosas y alfombras de *esparto* en cada una de ellas y en los corredores; en todas partes se encontraban muchos libros, viejos mapas y buenos cuadros adornando las paredes. Disponían de chimeneas para cuando hiciera frío.

Había una piscina que llenaban con agua proveniente de un manantial de la montaña y no tenían teléfono. Se podía ir descalzo pero en mayo hacía frío y los mocasines resultaban más apropiados para las escaleras de mármol. Comíamos estupendamente y bebíamos bien. Nos dejábamos en paz unos a otros y, cuando al levantarme por la mañana salía al balcón que recorría toda la fachada del segundo piso y miraba por encima de los pinos del jardín hacia las montañas y el mar al tiempo que se oía silbar al viento entre los árboles, entonces comprendía que nunca había estado en un sitio más hermoso. Era ideal para trabajar y comencé a escribir enseguida.

Terminaba en Andalucía la temporada primaveral de toros. Ya había concluido la *feria* de Sevilla. Luis Miguel debía torear en la feria de Jerez de la Frontera como su primera corrida del año el mismo día en que el *Constitution* atracó en Algeciras, pero había presentado un certificado médico conforme le era imposible a causa de una intoxicación. No me pareció un buen augurio y consideré que lo mejor era quedarme en La Cónsula para escribir y nadar y solo ver toros cuando se celebrasen a una distancia adecuada. Sin embargo, le había prometido a Antonio ir a verlo a Madrid por San Isidro y, además, necesitaba reunir más material para terminar un apéndice de *Muerte en la tarde*.

Todos nos habían esperado en Jerez cuando el 3 de mayo toreó Antonio, según explicaba Rupert Belville, que vino a vernos tras la corrida en un Volkswagen gris que cuadraba mejor a su metro ochenta de estatura que la carlinga de un caza. Ordóñez le había dicho:

—Ernesto ha de trabajar y yo también. Nos encontraremos en Madrid a mediados de mes.

Juanito Quintana acompañaba a Rupert y les pregunté qué tal había estado Antonio.

—Mejor que nunca —respondió Juanito—. Tiene mayor confianza en sí mismo y se muestra más seguro. Acosa al toro de continuo. Espera a verlo.

—¿Advertiste algún error?

—No. Ninguno.

—¿Qué tal mata?

—Va por alto, doblándose impecablemente con la *muleta* muy baja. De dar en hueso, la segunda vez desvía ligeramente el estoque. No lo aparta. Lo desvía un poco para pinchar la arteria. Sabe el sitio exacto en que está a flor de piel y hace lo que debe aceptando todos los riesgos. Ha aprendido a evitar el hueso.

—¿Sigues creyendo que lo juzgamos bien?

—Sí, *hombre*, sí. Es tan bueno como lo imaginábamos y las heridas le han dado mayores bríos. No lo han disminuido en lo más mínimo.

—¿Cómo está Luis Miguel?

—Ernesto, no sé cómo acabará. El año pasado en Vitoria intervino en una *corrida* con auténticos toros, miuras, no de la talla que habíamos conocido. Eran buenos y verdaderos toros y Luis Miguel no fue capaz de hacerles frente. Lo dominaron cuando él es un dominador.

—¿Ha actuado en algún sitio en que no manipularan los cuernos?

—Quizá. Alguna vez. No muchas.

—¿Está en buena forma?

—Dicen que excelente.

—Va a necesitarlo.

—Sí —convino Juanito—, Antonio es un león. Ha recibido once heridas y cada vez se supera.

—Sale a una por año —comenté.

—Una al año —asintió Juanito.

Golpeé por tres veces el tronco del enorme pino del jardín junto al que nos encontrábamos. El viento soplaba con fuerza a través de las copas de los árboles y se mantuvo así a lo largo de la primavera y del verano en todas las tardes de corrida. Yo no recordaba haber visto en España un tiempo similar y nadie recordaba tanta sangre y tantas cogidas en una misma temporada.

A mi juicio el gran número de *matadores* heridos a lo largo de 1959, y algunos por segunda vez, se debía en primer lugar al viento, que puede hacer que queden al descubierto e inermes cuando lidian con la capa o *muleta* y dejarlos así a merced del toro, y en segundo lugar a que todos competían con Ordóñez e intentaban hacer lo que él hacía con viento o sin él.

El toreo pierde todo interés cuando no hay rivalidad. Pero con dos grandes matadores se convierte en una rivalidad mortal. Cuando uno de ellos hace algo que ningún otro es capaz de hacer, y suele hacerlo de manera habitual, sin trucos, a base de nervios templados, ánimo sereno, coraje y arte, a lo que paulatinamente va añadiendo riesgo, entonces si el otro intenta igualarlo o superarlo en un momento en que le fallan los nervios y la serenidad, acabará por recibir una grave cornada o por encontrar la muerte. Va a tener que recurrir a los trucos y, cuando el público aprenda a distinguirlos de los pases auténticos, habrá perdido la contienda y podrá considerarse afortunado si sale vivo o continúa en los ruedos.

Me unía a Juanito Quintana una amistad de treinta y cuatro años pero hacía dos que no nos habíamos visto, por lo que tuvimos mucho de que hablar aquella mañana mientras paseábamos por el jardín. Hablamos de lo que iba mal en las corridas, lo que se estaba haciendo para evitar los abusos y qué medidas considerábamos que iban a resultar útiles y cuáles creíamos impracticables. Ambos habíamos visto cómo los abusos casi ponían fin a la fiesta de los toros, a causa de los *picadores* que desangraban al animal hasta dejarlo medio muerto, que hundían por segunda vez la punta acerada de la puya en la misma herida y la retorcían con fuerza, que la clavaban en la espina dorsal, en las costillas, en cualquier sitio que lo inutilizase, en vez de picarlo de modo que lo cansaran, restándole bríos, y bajase la cabeza para que

se lo pudiera matar adecuadamente. Ambos sabíamos que cualquier falta que pueda cometer el *picador* es culpa del diestro y, si este es muy joven y carece de autoridad, del peón de confianza o del apoderado. A este último se deben casi todos los abusos que se cometen en la plaza, pero el *matador* puede evitarlos en caso de que no los apruebe.

Comentamos el hecho de que los apoderados de Ordóñez y de Luis Miguel fuesen los hermanos del segundo, Domingo y Pepe Dominguín. Convinimos en que iba a causar problemas monetarios pues Luis Miguel se consideraría mejor baza que Antonio en taquilla, en razón de su larga fama y experiencia, y Antonio, absolutamente seguro de su superioridad, querría demostrarla en todo momento. Las perspectivas eran malas para la paz familiar pero buenas para el toreo. También entrañaban mucho peligro.

Los primeros días de mayo pasaron muy deprisa. Me levantaba temprano para trabajar y luego nadaba como distracción, pero asimismo de una manera disciplinada que me mantuviese en forma; comíamos tarde y a veces íbamos a Málaga a recoger el correo y los periódicos, deteniéndonos en La Boîte, un local nocturno situado en el centro de la ciudad, a cuyos empleados conocíamos, y por último regresábamos a las montañas, para cenar tarde en La Cónsula. El 13 de mayo partimos hacia Madrid y sus corridas.

Al recorrer una zona del país que no se conoce, las distancias parecen más largas de lo que en realidad son, los tramos difíciles peores de lo que son, las curvas peligrosas más peligrosas aún y las cuestas empinadas con mayor grado de elevación. Es como volver a la infancia o a la primera juventud. Subir en coche desde Málaga, junto al mar, hasta la cadena de montañas que sigue la costa resulta duro incluso conociendo cada curva y el mejor modo de desenvolverse. Este primer viaje de Málaga a Jaén vía Granada con un chófer que le habían recomendado a Bill resultó espantoso. Tomaba mal todas las curvas. Fiaba en el claxon para protegerse de los supercargados camiones que venían en dirección contraria, que nada habrían podido hacer para evitarlo de ir por el carril equivocado, y a mí me producía escalofríos y terrores tanto al subir como al descender. Intenté distraerme contemplando los valles, las aldeas de casas de piedra y las granjas que quedaban abajo mientras ascendíamos y me volvía a mirar el accidentado terreno que se extiende hasta el mar. Examiné los oscuros y desnudos troncos de alcornoque a los que un mes antes habían quitado la corteza, el profundo despeñadero junto a una curva y los campos de aulaga en los que sobresalían rocas de piedra caliza,

que luego iban ascendiendo hasta los altos picos, mientras aceptaba con resignación a nuestro estúpido chófer, limitándome a procurar que no llegara al suicidio por medio de amables sugerencias o simples órdenes acerca de la velocidad o de los adelantos.

En Jaén el chófer casi atropelló a un hombre en plena calle al circular muy rápido y sin respeto por los peatones. Esto lo dejó más receptivo a mis sugerencias y, puesto que ahora teníamos una buena carretera, aceleramos para cruzar la cuenca del Guadalquivir por Bailén y subir a una nueva meseta y otra vez a terreno montañoso, con la misteriosa Sierra Morena a nuestra izquierda. Nos internamos en los montes de las Navas de Tolosa donde los reyes cristianos de Castilla, Navarra y Aragón habían derrotado a los moros. Constituía un buen campo de batalla, lo mismo para defenderse que para atacar, una vez forzado el paso, y mientras recorríamos aquellos lugares me resultó algo extraño pensar en lo que debía de haberles costado desenvolverse en ese mismo terreno el 16 de julio de 1212 y en el aspecto que en dicha ocasión tendrían esas mismas desnudas laderas.

Luego, siempre hacia arriba y con muchas curvas, cruzamos Despeñaperros, que separa Andalucía de Castilla. Los andaluces afirman que al norte de ese paso no ha nacido ningún buen torero. La carretera estaba bien construida y era segura para cualquier conductor experimentado; la bordeaban además varios paradores y posadas que durante el verano llegamos a conocer muy bien. Luego descendimos rápido, pues la ruta no ofrecía dificultades, y nos detuvimos en el primer pueblo, donde dos cigüeñas anidaban en el techo de una casa situada junto a una pronunciada curva. El nido se hallaba a medio construir, la hembra aún no había puesto los huevos y la pareja se hacía el amor. El macho le acariciaba el cuello con el pico, ella lo miraba con toda la devoción de que es capaz una cigüeña para luego apartar la vista, con lo que él volvía a acariciarla. Mary tomó unas fotos pero la luz era mala.

Cuando llegamos a la llanura vinícola de Valdepeñas las cepas no alcanzaban un palmo de altura y la enorme superficie que cubrían se extendía hasta las ennegrecidas montañas. Seguimos por aquella magnífica carretera que cruza la tierra del vino, siempre atentos a si algunas perdices acudían al camino de carro paralelo al que seguíamos, y fuimos a pasar la noche en el Parador Oficial de Manzanares. Madrid estaba solo a 174 kilómetros pero queríamos viajar de día y, además, los toros no comenzaban hasta las seis de la tarde siguiente.

A primera hora de la mañana, antes de que nadie se hubiera levantado, en compañía de Bill Davis anduve tres kilómetros por el camino lateral hasta el

centro de aquella antigua población de La Mancha, pasada la baja y enjalbegada plaza de toros en que hirieron mortalmente a Ignacio Sánchez Mejía y por las estrechas callejuelas que conducen a la catedral para luego seguir a los primeros compradores vestidos de negro que volvían del mercado. Este era limpio, con buena organización y muy bien provisto, pero los clientes se quejaban de los precios, especialmente del pescado y de la carne. Después de Málaga, cuyo dialecto no conocía, resultaba en extremo agradable oír un castellano claro y armonioso y comprender lo que decían.

En una taberna desayunamos café con leche, en el que mojamos pan tierno, bebimos varios vasos de vino y nos sirvieron unas raciones de queso manchego. La nueva carretera no pasaba por la población y el dueño del local nos explicó que pocos viajeros se detenían en su establecimiento.

—La ciudad está muerta —comentó—, excepto los días de mercado.

—¿Qué tal será este año la cosecha de vino?

—Aún es pronto para decirlo —respondió—. Sabe usted lo mismo que yo. Siempre es bueno y siempre es igual. Las cepas crecen como la mala hierba.

—A mí me gusta mucho.

—A mí también —convino—. Por eso hablo mal de él. Nunca se habla mal de algo que a uno no le gusta. Por lo menos ahora.

Volvimos deprisa al parador. Fue un bueno y saludable ejercicio, y no nos costó abandonar aquella población triste.

Una vez cargado el equipaje, en el momento en que salíamos del patio a la carretera, el chófer se persignó fervorosamente.

—¿Algún problema? —indagué.

Le había visto hacerlo en la noche de nuestra llegada, al dirigirnos de Algeciras a Málaga, y creí que pasábamos ante un sitio en que debía de haber ocurrido algo horrible, por lo que guardaba un respetuoso silencio. Pero en esta ocasión la mañana era espléndida e iniciábamos por una excelente carretera un corto viaje a la capital y, además, por las conversaciones que con él había tenido me constaba que no era en exceso devoto.

—No, ninguno —respondió el chófer—. Es para que lleguemos sin dificultades a Madrid.

«No te contraté para que conduzcas gracias a los milagros —me dije—, ni tan solo por la intervención divina. Un chófer debe conducir con cierta dosis de profesionalismo, seguridad y precisión antes de invitar a Dios a que sea su copiloto.» Pero reflexioné y, pensando en las mujeres y en los niños que nos acompañaban y en lo muy necesaria que es la solidaridad en este efímero mundo, imité su ademán. Luego, para justificar esta preocupación por nuestra

seguridad, quizá excesiva, que resultaba prematura pues íbamos a pasarnos tres meses por las carreteras españolas, con sus días y sus noches, e incluso egoísta, ya que ese tiempo lo compartiríamos con toreros, recé por todos los desheredados de la Fortuna, por todos mis amigos que padecían cáncer y por todas las muchachas vivas y muertas y, también, para que a Ordóñez aquella tarde le tocaran buenos toros. No fue así, pero, en cambio, llegamos sin novedad a Madrid después de un azaroso viaje por La Mancha y las estepas de Castilla la Nueva. Al chófer lo devolvimos a Málaga sin dilaciones cuando descubrimos a la puerta del hotel Suecia que no sabía aparcar un coche en la ciudad. Bill Davis lo hizo por él y fue quien condujo el vehículo durante el resto del año.

El Suecia era un hotel nuevo y agradable, situado detrás de las Cortes a poca distancia del viejo Madrid. Por Rupert Belville y Juanito Quintana, que llegaron antes, supimos que Antonio había pasado la noche en el hotel Wellington, en el nuevo y elegante barrio en el que se levantan la mayoría de los hoteles modernos. Quiso dormir y vestirse fuera de su casa para evitar que la llenasen los periodistas, los admiradores y los empresarios. Además, el Wellington no está lejos de la plaza y, tal como se complica el tráfico en las fiestas de San Isidro, el trayecto hasta allí debía ser corto. A Ordóñez le agrada llegar con tiempo de sobra, y verse detenido en un embotellamiento de coches es malo para los nervios. Constituye la peor forma de irse preparando para la corrida.

La suite del hotel estaba llena de gente. Conocía a algunos, pero no a la mayoría. En el salón había un grupo de íntimos admiradores. Casi todos eran viejos. Dos, jóvenes. Todos se mostraban muy serios. Se reunía allí mucha gente relacionada con el negocio de los toros y, también, varios periodistas, dos de ellos de un par de publicaciones francesas con sus fotógrafos. Los únicos que no estaban serios eran Cayetano, el hermano mayor de Antonio, y Miguelillo, su mozo de estoques.

Cayetano quiso saber si llevaba mi frasco de plata con vodka.

—Sí —dije—, para una emergencia.

—Esto es una emergencia, Ernesto —me respondió—. Salgamos al pasillo.

Salimos, brindamos mutuamente a nuestra salud, regresamos y fui a ver a Antonio. Se estaba vistiendo.

Era el mismo de siempre aunque algo más maduro y muy bronceado por la vida en la hacienda. No parecía ni nervioso ni serio. Iba a torear al cabo de una hora y quince minutos, sabía exactamente lo que eso significaba, lo que

debía hacer y lo que se proponía hacer. Nos alegramos mucho de vernos y lo que fuera que antes nos unía continuaba como siempre.

Me gusta irme pronto de los vestidores, por lo que, una vez que me hubo preguntado por Mary, yo por Carmen y él dijo que cenaríamos juntos aquella noche, me despedí.

—Ahora te dejo.

—¿Vendrás después?

—Desde luego —aseguré.

—Hasta entonces —dijo y sonrió con su sonrisa de pícaro que le era natural, fácil y sin que la forzase, pese a ser inminente su primera corrida de la temporada en Madrid. Pensaba en ella pero no estaba preocupado.

La corrida fue mala y los graderíos aparecían repletos. Los toros se mostraban irresolutos y eran peligrosos. Embestían con escaso empuje para detenerse a mitad del ataque, y dudaban en cargar sobre los caballos. Evidentemente, los habían sobrealimentado con grano y tenían un peso excesivo para su tamaño, y aquellos que se decidían a lanzarse contra los *picadores* perdían pronto el aliento a causa de sus malas patas traseras.

Victoriano Valencia, que recibía en Madrid su alternativa, demostró que aún no era más que un aprendiz con ciertas actuaciones brillantes en el pasado y un futuro incierto. Julio Aparicio, un auténtico *matador* de mucha habilidad, llevó a cabo la *lidia* de una manera estúpida. No hizo nada por corregir los defectos de los toros y se limitó a demostrarle al público que no querían atacar, en vez de obligarlos a que lo hicieran. Padecía la deformación del diestro que ha ganado mucho dinero al principio de su carrera y ya no desea más que un toro sin dificultades y que no ofrezca peligro, en lugar de obtener de cada uno lo que es capaz de dar. Aparicio no hizo nada destacado con los animales que le tocaron en suerte, más que matarlos con presteza y sin estilo para demostrarse a sí mismo y a quien le importase que sabía hacer algo con eficacia. No le importó a nadie.

Antonio evitó que la *corrida* fuera un completo desastre y dio en Madrid la primera demostración de lo que era capaz. Su primer toro no valía nada. Se mostraba indeciso ante los caballos y no parecía dispuesto a embestir abiertamente, pero Antonio lo acogió con su capa de manera delicada y suave, lo corrigió, fue enseñándole y animándolo mientras lo hacía pasar cada vez más cerca de su cuerpo. Ante nuestros ojos lo convirtió en un toro bravo. Para divertirse y gracias a su conocimiento de la lidia, Antonio parecía influir en la mente del animal hasta que este comprendió lo que se esperaba de él. Si el

toro tenía ideas poco apropiadas, Antonio supo cambiarlas sutilmente pero con firmeza.

Desde la última vez que lo había visto, Ordóñez había depurado su manejo de la capa hasta ser perfecto. No se trataba simplemente de que diese bellos pases en torno a sí mismo con un toro que ataca en línea recta, lo que constituye el ideal de todos los diestros. Cada uno de sus pases controlaba y dirigía a la bestia, cuyo cuerpo se deslizaba junto al del hombre que lo dominaba con la capa y lo obligaba a volver y a embestir de nuevo, siempre con los cuernos a unos centímetros del torero mientras el trapo se movía con tal lentitud que parecía hacerlo a cámara lenta o ser producto de un sueño.

No efectuó trucos con la *muleta*. El toro ya era suyo. Prácticamente lo había construido él mismo, perfeccionándolo y animándolo, sin siquiera herirlo, doblegarlo o castigarlo en un solo momento. Lo citó de frente con la *muleta* en la mano izquierda, obligándolo a rozarse repetidamente con su cuerpo para luego atraer los cuernos y todo su volumen a nivel del torso en un auténtico *pase de pecho* y, con un simple movimiento de la muñeca, lo cuadró para matarlo.

Se lanzó enseguida, apuntando con cuidado a lo alto, entre las paletillas, dio en hueso y golpeó los cuernos. La segunda vez apuntó al mismo sitio y la espada se hundió hasta la cruz de la empuñadura. Cuando la sangre empapó los dedos de Antonio, el toro estaba ya muerto pero aún no se había dado cuenta. Ordóñez lo contempló con la mano alzada, guiándolo en la muerte como lo había guiado en la única actuación pública de su corta vida y, de súbito, el animal, estremeciéndose, se desplomó.

El segundo toro había salido con bríos pero, tras agotarse con el caballo, se desorientó y, además, se le doblaban las patas traseras a mitad de las embestidas. Era malo por ambos costados y golpeaba de manera irracional con ambos cuernos pero especialmente con el derecho. No había norma en su modo de defenderse. Estaba nervioso y casi histérico y no se serenaba en ninguno de los lugares a los que Antonio lo conducía ni por mucho que lo lidiase. Cada toro adquiere seguridad en diferentes partes del ruedo; pero, aunque a este Antonio lo citaba moviendo la capa rítmicamente y lo castigaba con pases bajos, atrayéndolo hacia sí para intentar dominarlo de modo que cesara en sus indecisos ataques, sus carreras e indiscriminados golpes de cuernos, el animal continuó medio acobardado e histérico. No se podía hacer con él una *faena* al estilo moderno sin acabar en el hospital. Desde que comenzó el toreo, con esa clase de animales no hay más que una solución: liquidarlos cuanto antes. Que es lo que hizo Ordóñez.

Más tarde, sentado en la cama de su habitación del Wellington, después de ducharse, Antonio me dijo:

—*Ernesto*, ¿*contento* con el primero?

—Lo sabes muy bien —respondí—. Y todos lo saben. Tuviste que crearlo. Casi lo inventaste.

—Sí —reconoció—. Pero al fin resultó bueno.

Por la noche, cuando cenábamos en el Coto, un restaurante que tiene un jardín sombreado por árboles, muy próximo al viejo Ritz y frente al Museo del Prado, nos sentíamos todos muy alegres porque Ordóñez había quedado muy bien en su primer toro y no debía torear al día siguiente, que es el lapso de tiempo ideal para dos corridas; además, en los corrales de la plaza aguardaban reses de buen aspecto, y nadie imaginaba que el tiempo iba a ser malo. Estaba todo mi séquito, así como el doctor Manuel Tamames, cirujano particular de Ordóñez y de Luis Miguel, y un viejo amigo, su esposa, un par de ganaderos, Carmen y Antonio. Era agradable estar de nuevo juntos, y hablamos y bromeamos acerca de muchas cosas. Como todos los auténticos valientes, Antonio es alegre y le gusta mofarse de los asuntos más serios. En un momento en que se burlaba de alguien pero en un tono en extremo bondadoso, le dije:

—¡Qué bueno y generoso eres! ¿Qué hay de lo que esta tarde le hiciste a tu gran amigo?

Ordóñez tenía una antigua amistad con Aparicio. Este, en la primera corrida de la *feria*, había estado muy atareado mostrando al público que era imposible lidiar con la capa a uno de los toros que le había tocado. Al siguiente *quite*, Antonio apartó a la bestia del caballo y realizó seis hermosas y lentas *verónicas* que le malograron la tarde a su amigo al demostrar a los espectadores lo que se puede hacer con cualquier toro si el torero quiere arrimarse y arriesgar algunas de sus posibilidades de seguir viviendo.

—Le dije que lo sentía —me respondió Ordóñez.

Luis Miguel había celebrado su primera corrida en España en Oviedo el 7 de mayo y cortado orejas en sus dos toros. La segunda fue en Talavera de la Reina el 16, el mismo día en que Antonio lidiaba unos débiles toros de Pedro Romero en Madrid. En Talavera, Luis Miguel se enfrentó a reses de Salamanca, obtuvo un gran triunfo y cortó las dos orejas y el rabo en su primer toro y dos orejas en el segundo. Luis Miguel se encontraba en

espléndidas condiciones e iba a torear en Barcelona dos días después. En aquella corrida no llenaron la plaza de Talavera.

Hasta entonces Dominguín había actuado dos veces en España y tres en Francia: en Arles, Toulouse y Marsella. Su trabajo fue brillante. Mis informadores me aseguraron que en todas esas ocasiones a las reses les habían manipulado los cuernos. Al día siguiente Luis Miguel debía torear en Nimes, y al otro Antonio lo haría en el mismo circo romano. Me gustaba mucho Nimes; pero, recién llegado a Madrid, no tenía deseos de abandonar la ciudad y emprender un largo viaje para ver cómo lidiaban toros afeitados, de modo que decidí quedarme.

Antes o después Antonio y Luis Miguel deberían actuar juntos en abierta competición, pues las finanzas del toreo se encontraban en pésimas condiciones a causa de las exageradas cantidades que imponían los apoderados y solo aquellos dos diestros eran capaces de llenar plazas con los elevados precios exigidos. Conocía bien a ambos, aunque mucho mejor a Antonio, y sabía que iba a cobrar bastante menos que Luis Miguel, por lo que tenía la certeza de que el enfrentamiento sería mortal.

Antonio regresó de Francia, donde tanto él como Luis Miguel habían triunfado en días sucesivos. Dominguín había cortado el 17 en Nimes una oreja de cada uno de sus toros, y el 18 Ordóñez había cortado una oreja de los suyos y las dos orejas y el rabo del último que lidió y mató en sustitución de El Trianero, herido gravemente en el brazo izquierdo al intentar un pase de rodillas cuando el toro salía al ruedo.

El público se había entusiasmado con Antonio en una parte del país en la que Luis Miguel tenía muchos admiradores y siempre se lo había considerado el número uno. La rivalidad entre ambos alcanzaba un nivel internacional, y muchos periodistas y fotógrafos de Francia y de otras publicaciones llegaban a Madrid para asistir a la siguiente corrida.

Capítulo 4

Mary padecía un fuerte resfriado, contraído cuando nos empapó la lluvia después del tercer toro durante la feria de San Isidro en Madrid. Hizo lo que pudo para librarse de él, pero había tal lío en las fiestas, con un horario de locura, y las corridas comenzaban tan tarde que el viento de la Sierra, que aseguran que mata a un hombre pero no apaga una vela, tuvo muchas oportunidades de afectarla. Mary intentó curárselo descansando mucho y acostándose temprano, e incluso comimos un par de veces en cama, por lo que el 25 de mayo creyó encontrarse ya en condiciones para viajar hasta Córdoba. Rupert Belville nos había dejado su Volkswagen cuando regresó a Londres, con el encargo de que se lo lleváramos a Málaga, así que partimos hacia Córdoba, Mary y Annie Davis en ese vehículo y Bill Davis y yo en el Ford inglés y pasamos por los mismos lugares de La Mancha y de Castilla que habíamos recorrido anteriormente, lo cual nos permitió comprobar lo altas que estaban las cepas y lo muy dañados que habían resultado los trigales por las tormentas que habían deslucido las *ferias* de Madrid.

Córdoba es, entre otras cosas, una ciudad ganadera, y la gente que llenaba el Palace Hotel era alegre, cordial y ruidosa. El establecimiento estaba lleno. Mary y Annie llegaron algo más tarde que nosotros y un amigo le prestó su habitación a mi esposa para que descansara hasta la hora de la corrida.

Esta resultó muy extraña. Pepe Luis Vázquez, que antes de retirarse había sido un excelente matador, con un estilo muy delicado, volvía a los ruedos para, con unas cuantas corridas, comprarse cierta enorme finca que le interesaba. Era una gran persona y un compañero leal pero, al haberse mantenido tanto tiempo alejado de las plazas, tenía malos reflejos y no podía dominar los nervios si el toro se mostraba difícil hasta resultar peligroso. Había engordado y, con su peso y falta de interés, las habilidades y adornos de su estilo resultaban ahora tristes y lamentables, aparte de que no podía contener el miedo. Estuvo mal con sus dos toros.

Jaime Ostos, un muchacho de Écija, una bonita ciudad muy blanca situada al oeste de Córdoba, en el camino de Sevilla, se mostró tan valiente como los jabalíes de aquellas sierras. Lo mismo que este animal, su valor llegaba casi a la locura al enfurecerse o recibir una herida y aún parecía resentirse de la conmoción cerebral que había sufrido en su última corrida con Luis Miguel en Barcelona. Me gustó mucho y me mantuvo angustiado toda la tarde conforme se iba arriesgando hasta casi parecer suicida. Ostos actuaba entonces ante sus convecinos y yo sabía que, tras un altercado a principios de temporada, había dicho que nunca figuraría en el mismo cartel que Antonio. Con esos antecedentes, parecía una apuesta segura afirmar que no viviría mucho. Pero, excepto por heridas menores, acabó el año indemne. Aquel día en Córdoba su traje albo y plata se tiñó con la sangre de la res por lo mucho que se arrimaba. Ningún diestro le había pedido jamás a un toro con tanta insistencia que lo matara como lo hizo Jaime Ostos y tampoco ninguno supo evitarlo con tanta suerte, coraje y habilidad. Cortó orejas con el primer animal y también lo habría hecho en el segundo de no ser por lo mal que clavó la espada.

El primer toro de Antonio fue bueno, corpulento sin ser verdaderamente grande y con la cornamenta adecuada. Antonio estuvo perfecto con la capa, dominando al animal y dándole magníficos y lentos pases con mucho estilo. A la misma altura se mostró con la *muleta* y a la hora de matar. Aparecieron pañuelos por toda la plaza, pero el presidente no quiso concederle la oreja. La única explicación que pude darle a Mary fue que sin duda deseaban ver algo sobrenatural.

El segundo que le tocó no era ni un medio toro. En el mejor de los casos parecía de tres años; pequeño, de poco peso y mal armado. El público protestó a gritos y, cuando el presidente autorizó a que actuaran los *picadores*, la protesta se hizo mucho más fuerte. Yo también me sentía enfurecido y me preguntaba en qué estaría pensando el apoderado de Antonio al elegir aquella res. Ni los veterinarios deberían haberla aceptado ni se la tendría que haber incluido en una *corrida* seria.

Antonio solicitó permiso al presidente para matar aquel toro, pagar por el sobrero y lidiarlo al final de la *corrida*. Concedida su petición, Ordóñez dio a aquella pobre bestia un par de pases con la *muleta*, lo cuadró y le dio muerte de una sola estocada.

La res que Antonio había adquirido para compensar el lamentable quinto animal salió del oscuro toril enfilando los cuernos más largos, más gruesos y más afilados que había visto en un toro de lidia desde nuestro regreso a

España en 1953. Era enorme, sin un átomo de grasa, y persiguió a uno de los *banderilleros* por encima de la *barrera*, sobre la que pasó el cuerno derecho en su busca. Entonces avanzó Antonio, lo citó y al atacar el animal movió la capa lentamente, casi con suavidad, para llevarlo a donde quería, ejerciendo sobre él un total dominio y ofreciéndonos una lección de cómo deben darse pases a un auténtico toro, de enormes cuernos, arrimándose más y entreteniéndose más que cualquier otro con un medio toro al que previamente hubiesen manipulado. Pidió al presidente que no le diesen más que una vara, de modo que el animal no recibiera el menor daño, e indicó a los *banderilleros* cómo quería que las clavaran y en qué terreno.

Lo contemplé mientras esperaba impaciente, sin apartar la vista del toro, estudiándolo y preparando su actuación. Indicó a Juan dónde quería que le situasen el animal y luego se acercó para dominarlo con cuatro pases muy bajos; con la rodilla izquierda en tierra, adelantando la derecha, iba formando un trenzado con la magia de su *muleta*, animando a la res, ofreciéndole un objetivo, y con suavidad y dulzura le demostraba que en aquella fase de un juego mortal no iba a resultar herido ni castigado.

Tras aquellos pases tenía al toro a su merced, y Ordóñez continuó demostrando al público lo que un gran artista, valiente y que conoce las reses, puede hacer con un animal auténtico, armado de cuernos largos y fuertes. Realizó todos los pases clásicos pero sin trucos ni simulaciones, arrimándose al toro tanto como Jaime Ostos y sin perder el control un solo momento. Concluida su exhibición de la pureza y lentitud con que puede llevarse a cabo la lidia, arrimándose mucho, puso punto final con un *pase de pecho*, para luego cuadrar al toro y despedirse de él alzando la *muleta*, que enseguida enrolló, y, apuntando alto, se lanzó por encima de los enormes cuernos; el toro murió al instante mientras el público enloquecía de entusiasmo. El presidente le concedió ambas orejas en el momento en que los espectadores de sol saltaban sobre la barrera para pasear en hombros a Antonio y a Jaime. Ordóñez intentó resistirse pero acabaron alzándolo, y resultaba evidente que nada de aquello se había preparado de antemano. Había demasiada gente y estaba demasiado excitada.

Aquella noche dormimos en casa del marqués del Mérito, en las montañas que rodean Córdoba. Era el antiguo Real Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, uno de los muchos lugares interesantes de España. Resultó magnífico dirigirnos allí; recorrer la habitual carretera pésima que en España conduce a los mejores lugares, contemplar la medieval austeridad del edificio en plena noche y despertarnos en una celda monástica convertida en

dormitorio para ver la llanura cordobesa y, luego, ir explorando a la luz del día el jardín, las capillas y las habitaciones llenas de historia.

No había nadie en la casa. Peps Mérito insistió en que nos hospedáramos en ella puesto que los hoteles se reservan con mucha antelación y telefoneó a su administrador desde Madrid para que nos atendiese. Nuestro propósito era dormir allí una sola noche, pero Mary tuvo fiebre y al día siguiente estaba demasiado enferma para viajar. Avisamos a un médico de la ciudad y no pudimos marcharnos hasta mediado el otro día. Peps seguía telefoneando desde Madrid para saber si todo estaba en orden y si nos encontrábamos a gusto. Era un sitio extraordinario y, sin la servidumbre, resultaba lo mismo que acampar en un palacio; algo que raramente ocurre en la vida civil.

Partimos para Sevilla entre chubascos poco después de mediado el día siguiente, nos inscribimos en el hotel Alfonso XIII, con su poco confortable magnificencia, y fuimos a comer a Casa Luis camino de la plaza. La comida fue buena y la corrida muy mala.

Los toros tenían poca calidad, dudaban en embestir y casi los asesinaron con las varas. No fue culpa de los *picadores*. No hubo nada ilegal en el modo de usarlas. Las situaron bien y con fuerza en el lugar adecuado, conteniendo el ataque del animal pero sin retorcerlas. Sin embargo había algún error en su fabricación que hacía que toda la acerada puya, e incluso parte de la madera, se clavara en el lomo de las reses. El redondel metálico, que debe impedir que la punta entre más de una decena de centímetros, también desaparecía en la espalda de los toros. Las reses estaban recibiendo *medias estocadas* de los *picadores* y nadie imaginaba qué podrían hacer los diestros al encontrarlas medio muertas y sangrando. Las autoridades revisan y sellan las varas y un funcionario del gobierno las entrega a los *picadores*, por lo que de nada podía culparse a estos ni al *matador* a cuyas órdenes trabajaban. No había visto esa clase de varas desde hacía años, en Francia, cuando los empresarios, en caso de haber adquirido toros de buen tamaño con fuertes cuernos, cambiaban el redondel metálico por uno de goma pintado con purpurina de aluminio. Esta clase de redondeles eran tan incapaces de impedir que toda la puya y parte de la pica se le clavase al animal, como una daga de goma de penetrar en la carne, y los toros llegaban a manos del *matador* deshechos por las cuchilladas de los *picadores*. Algunos de nosotros desatamos una activa campaña contra esto, lo mismo que contra otros abusos, así que conocía bien esta clase de trampas.

Aquel día en Sevilla no estuve en el pasillo ni tampoco en el *patio de caballos* antes de la corrida puesto que atendía a Mary que, si bien ya no tenía fiebre, aún se encontraba enferma y cansada, de modo que no pude examinar las varas. Supuse que debían de ser correctas ya que se las había inspeccionado y habían recibido la aprobación oficial. Sin embargo, destrozaron las reses.

Tras la corrida, Antonio me dijo que a su segundo toro lo habían pinchado en una vena. Era cierto. La vara se hundió lo bastante para dañar varias y, de no retirarla a tiempo el *picador*, habría cortado alguna arteria principal. A pesar de todo, la sangre manaba a borbotones de la herida, manchándole la espalda y las patas al toro y dejando un reguero de cuajarones en la arena.

Me constaba lo grande que era Antonio con cualquier res que pudiera lidiarse. En Navidad le había anunciado que iría a verlo actuar para escribir la verdad, la absoluta verdad, acerca de su trabajo y del puesto que ocupaba en el toreo de manera que quedara un testimonio permanente; algo que perdurase cuando ambos hubiésemos muerto. Él deseaba que yo lo hiciese y también se sabía capaz de enfrentarse a todo lo que saliera de un *toril*. En los dos últimos días no había recibido más que reses pequeñas y sin madurar, de lo que alguien era responsable. En cada ocasión se sintió disgustado, y el enorme toro de grandes cuernos de Córdoba le costó cuarenta mil pesetas. Nadie estaba satisfecho al concluir la corrida de Sevilla.

Bill y yo nos levantamos con las primeras luces del alba para trasladarnos a Madrid en coche. Las mujeres dormirían hasta tarde e irían a Málaga en el Volkswagen por la hermosa ruta de Antequera. Nos encontraríamos todos en Granada, donde toreaba Luis Miguel y Antonio lo haría a la tarde siguiente. Mary no tenía fiebre cuando se acostó y yo confiaba en que un día de descanso al sol de La Cónsula la curaría por completo. El programa era muy duro pero, después de la de Granada, las corridas a las que pensábamos asistir se celebraban cerca de Málaga, donde teníamos nuestra base.

Camino de Madrid, con nubes bajas y densas, no pudimos contemplar el paisaje más que durante momentáneos claros. Ambos estábamos tan tristes como el tiempo a causa de los pobres e inmaduros toros que alguien había procurado colar en la corrida, y mi acompañante se mostraba pesimista acerca de la temporada. A ninguno de los dos nos impresionaba Sevilla, lo cual resulta una herejía con respecto a Andalucía y al toreo. Se supone que los verdaderos aficionados tienen un sentimiento místico hacia la ciudad. Pero la

experiencia de varios años me hizo llegar a la conclusión de que proporcionalmente se dan allí peores corridas que en ninguna otra población.

Vimos bandadas de cigüeñas que delicadamente buscaban comida bajo la lluvia y también, en ciertas zonas más agrestes, halcones de diferentes clases. Siempre me alegra ver halcones, y aquellos tenían dificultades para alimentarse en aquel temporal, pues sus posibles víctimas habían corrido a ocultarse. Desde Bailén, la carretera que tan bien íbamos a conocer ascendía hasta la meseta central, y en los escasos claros veíamos castillos y pequeñas aldeas enjabelgadas abiertas al viento —no hay manera de protegerlas a causa de los muchos vientos que se encuentran al viajar hacia el norte— que resaltaban bajo la lluvia entre los asolados trigales y las viñas, cuyas cepas habían crecido más de un palmo desde que tres días antes habíamos pasado por allí camino del sur.

Nos detuvimos para poner gasolina y tomar un vaso de vino y café con un poco de queso o unas aceitunas en la cantina de la estación de servicio. Bill nunca bebía alcohol cuando conducía, pero yo guardé una botella de *rosado* de Campañas en la nevera portátil y de vez en cuando mordisqueaba pan y queso manchego. Me encantaba ese país en cualquier época del año y siempre me sentía dichoso al internarme en las asperezas de La Mancha y Castilla.

Bill no quería comer hasta que llegáramos a Madrid. Afirmaba que la comida le producía somnolencia e intentaba prepararse para los continuos viajes, tanto de día como de noche, que nos constaba que deberíamos realizar. Le encantaba la buena cocina y sabía dónde encontrarla en el país que fuera, mejor que cuantas personas he tratado. Al llegar por primera vez a España se había instalado en Madrid y junto con Annie fue recorriendo todas las provincias. No había un solo lugar que no conociera, lo mismo que conocía sus vinos, la cocina local, lo que debía comerse y los mejores restaurantes y fondas en todas las poblaciones grandes o pequeñas. Resultó un excelente compañero de viaje y un conductor de hierro una vez puesto al volante.

Llegamos a Madrid a tiempo de que nos improvisaran una comida en el Callejón, un restaurante pequeño y siempre atestado de la calle de Becerra al que íbamos cuando estábamos solos considerando que, día tras día, servían los mejores platos de la ciudad. A diario ofrecía una distinta especialidad regional pero invariablemente disponía de los mejores vegetales, pescados, carnes y frutas que se encontraban en el mercado y también de los mejores cocineros. Tenían vino *tinto*, *clarete* y Valdepeñas en jarras pequeñas, medianas o grandes, pero siempre todo excelente.

Bill hizo gala de su apetito después de beber unos cuantos vasos de Valdepeñas servidos directamente de la barrica en la taberna de la entrada mientras esperábamos a que hubiera una mesa libre. En el menú una nota indicaba que uno cualquiera de los platos que allí figuraban bastaría para dejarte lleno. Bill pidió lenguado a la plancha seguido por una especialidad asturiana, lo cual, según indicaba el menú, era suficiente por lo menos para dos personas. Bill dio cuenta rápidamente de sus platos y luego dijo:

—La comida es excelente.

Después de la segunda jarra comentó:

—Igual que el vino.

Yo había pedido una ración de angulas al ajillo que parecían tallos de bambú ligeramente tostados pero mucho más sustanciosos. Las sirvieron en un plato amplio y profundo y resultaban una delicia para quien las comiese pero un infierno para su interlocutor, tanto en una habitación como en la calle.

—Las angulas son excelentes —comenté—. Pero nada puedo decir del vino. ¿Quieres probar las angulas?

—Quizá una sola ración —respondió Bill—. Prueba el vino. Creo que te gustará.

—Otra jarra grande, por favor —indiqué al camarero.

—Sí, don Ernesto. Aquí está. La tenía preparada.

Se acercó el propietario.

—¿Qué les parece un filete? —indagó—. Hoy son muy buenos.

—Guárdelo para más tarde. ¿Y unos espárragos?

—Muy buenos —me aseguró—. De Aranjuez.

—Mañana habrá toros en Aranjuez —recordé.

—¿Cómo está Antonio?

—Muy bien. Llegó anoche de Sevilla. Nosotros hace poco.

—¿Qué tal fue en Sevilla?

—Así, así. Los toros no valían nada.

—¿Cenarán hoy aquí?

—No lo creo.

—Si lo desean les tendré a punto el reservado. ¿Han quedado satisfechos?

Hubo muy mala suerte en Aranjuez, pero no tuve ni presentimientos ni presagios.

El día anterior, en que Antonio toreaba en Sevilla, Luis Miguel lo hizo en Toledo con Antonio Bienvenida y Jaime Ostos. Se habían agotado las

entradas. El tiempo era pésimo y llovía y las reses tenían buen tamaño pero desigual brío. Según todos los informes que recibí, les habían afeitado mucho los cuernos. Luis Miguel estuvo bien con su primer toro y muy bien con el segundo. Con este obtuvo una oreja y habría conseguido las dos de tener más suerte con el estoque.

Lamenté no haberlo visto lidiar, sobre todo porque también nos perderíamos su corrida en Granada. Pero las fechas eran incompatibles y, además, sabía que pronto tendríamos ocasión. Disponía de una lista de sus compromisos y de los de Antonio según la cual en breve coincidirían en las mismas ferias y en las mismas ciudades. Luego se los incluiría en el mismo cartel y por último torearían los dos solos. Mientras, seguí las actuaciones de Dominguín lo mejor que pude a través de personas de mi confianza que asistían a sus corridas.

Capítulo 5

El 13 de mayo el tiempo se mostraba excelente para la corrida de Aranjuez. Había cesado la lluvia y la ciudad aparecía recién lavada bajo el sol. Los árboles estaban verdes y las empedradas calles limpias de polvo. Había muchos campesinos con las blusas negras y los pantalones grises a rayas propios de la región y un buen número de madrileños. Nos dirigimos a un viejo café restaurante a la sombra de los árboles y contemplamos el río y las barcas de recreo. Las aguas bajaban pardas y crecidas por las lluvias.

Luego, nuestras dos invitadas fueron a ver los jardines reales en la parte alta del río, y Bill y yo cruzamos el puente hacia el hotel Delicias para ver a Antonio y recoger las entradas de Miguelillo. Le pagué a este las *barreras* y aconsejé a un joven periodista español que estaba escribiendo unos artículos acerca de Antonio para un periódico de Madrid que no lo molestara entonces, dejándolo descansar, y le expliqué la razón. Luego me acerqué al lecho para hablar con Antonio y di ejemplo a sus seguidores marchándome enseguida.

—¿Te dirigirás directamente a Granada o piensas dormir en el camino? —me preguntó el torero.

—Iba a hacerlo en Manzanares.

—Es mejor en Bailén —me indicó—. Conduciré tu coche y podemos hablar y comer en Bailén. Luego me iré a Granada en el Mercedes y descansaré en ruta.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Aquí, después de la corrida.

—De acuerdo. Hasta entonces.

Sonrió y pude comprobar que se sentía bien y seguro. Hice que el joven redactor de *Pueblo* saliera de la habitación. Miguelillo comenzaba a disponer los objetos religiosos que siempre llevaban consigo. La pesada funda de cuero que contenía los estoques estaba apoyada contra la pared, junto a un tocador

en que se colocarían los escapularios y la lamparilla de aceite que iba a arder ante la estampa de la Virgen.

Comenzaba a secarse el barro en torno a la plaza pequeña, vieja, incómoda y ruinosa a la vez que bella, y se iba formando polvo. Buscamos nuestros asientos y contemplamos la arena.

A Antonio le tocó el primero de los toros de Sánchez Cobaleda. Era grande, negro, de buena estampa, con enormes cuernos muy afilados. Antonio lo acogió con unas seguras y elegantes *verónicas*, animándolo todo lo que pudo y dominando sus movimientos de modo que pasara junto a él muy lentamente, con las astas tan cerca como era posible. El público no se entusiasmó, al revés de lo que habría ocurrido en Madrid, por lo que su siguiente *quite* fueron unas *chicuelinas* menos peligrosas y menos clásicas pero que constituyen una buena muestra del bordado con la capa de la escuela sevillana. Mostró el trapo al toro manteniéndolo a la altura del pecho. Luego se volvió sin prisas, envolviéndose en él, girando para exponerse a la res y apartarse cada vez que embestía. Es bonito pero en realidad resulta un truco en lugar de un pase. El animal inicia la carga y el diestro, con una vuelta, se aleja en cuanto penetra en su territorio. Repito que es bonito, pero no emociona.

El toro acudió a la *muleta* en actitud peligrosa tanto a la derecha como a la izquierda pero Ordóñez lo lidió muy bajo, lo mismo que había hecho en Córdoba para enderezarlo y darle confianza. Algo pasaba por la mente del animal; puede que las *chicuelinas* lo hubiesen desilusionado. He visto cómo ocurría en otras ocasiones. Ordóñez tuvo que situarse muy cerca. No se trataba de un cambio de visión, sino de lo que ocurre durante los diez minutos en que al toro se le enseña cómo debe morir.

Antonio quiso devolverle la confianza ofreciéndole la pierna y el muslo derecho como objetivo para luego mostrarle de qué forma podía seguir el engaño sin dolor y a manera de juego.

Luego actuaron juntos, a derecha e izquierda, una y otra vez. A lo alto y a lo bajo. Tómalo, toro. Dame la vuelta, toro. De nuevo, toro. Repite.

De improviso el animal se desmandó cuando Antonio lo estaba lidiando en torno a sí. Saltó a mitad de un largo pase y, al ver el cuerpo del diestro, fue en su busca. Una de las astas le pasó a Antonio a escasos milímetros y la cabeza de la res lo golpeó. Ordóñez se limitó a mirarla, la atrajo con la *muleta* y le dio un pase de pecho.

Luego reanudó la lección e hizo que por dos veces el toro realizase lo mismo que cuando había estado a punto de cogerlo. El público era ya suyo y

Ordóñez se lanzó a matar. Entró bien y la espada se clavó casi en el centro. Toda la plaza pidió la oreja con un flamear de pañuelos. Pero la res había caído vomitando sangre, como les ocurre a muchas bien estoqueadas, y el presidente se negó a la petición aunque los espectadores continuaron agitando pañuelos hasta que retiraron al toro.

Antonio tuvo que dar la vuelta al ruedo y salir dos veces a saludar. Se lo veía frío, irritado y sin interés y le dijo algo a Miguelillo cuando este le ofreció un vaso de agua. Bebió un poco con la vista perdida, luego se enjuagó la boca y escupió en la arena. Más tarde le pregunté al mozo de estoques qué le había dicho.

—¿Qué debo hacer para cortar una oreja? —me explicó—. Bien lo había demostrado.

Como segundo *matador* iba Chicuelo II. Es, o era, muy bajo, de aproximadamente metro cincuenta y cinco, con un semblante grave y triste. Lo considero más valiente que un tejón o que cualquier otro animal y que la mayoría de los hombres, y llegó a *novillero* y después a *matador* en 1953 y 1954 respectivamente desde la terrible escuela de las *capeas*. Estas son corridas bastante informales que se celebran en las plazas de los pueblos de Castilla, de La Mancha y, en menor grado, en otras provincias donde los mozos de la localidad y las cuadrillas itinerantes de aspirantes a *toreros* se enfrentan a reses que han sido lidiadas una y otra vez. En ellas han salido animales que anteriormente habían matado hasta diez hombres. Se celebran en pueblos y aldeas que no disponen de auténticas plazas, por lo que cierran con carros las salidas de la principal de la población y se venden a los espectadores largas varas de pastor con una punta afilada de modo que puedan pinchar al diestro aficionado para que vuelva a la lidia o apalearlo cuando intenta huir.

Chicuelo II fue una estrella de las capeas hasta los veinticinco años. Mientras los matadores de fama contemporáneos de Manolete o posteriores a este lidiaban toros, medios toros y toros de tres años con los cuernos afeitados, él se enfrentaba a algunos de siete años con las astas intactas. A muchos de ellos los habían lidiado anteriormente y resultaban por ello tan peligrosos como cualquier animal salvaje. Debía torear en aldeas que no contaban con enfermerías, hospitales ni médicos. Para sobrevivir, Chicuelo II tenía que entender de toros y conocer la manera de arrimarse sin que lo cogieran. Sabía cómo mantenerse vivo frente a reses que solo le buscaban el cuerpo así como realizar todos los pases trucados y todos los trucos de circo que existen. También aprendió a usar la espada de un modo más que correcto

y tenía una excelente mano izquierda que lo protegía al ir a matar y obligaba al toro a que bajase mucho la cabeza para compensar su corta estatura. Asimismo, además de ser muy valiente, tenía una suerte asombrosa.

Aquella temporada abandonó el retiro porque se aburría con todo lo que no fuese torear. Se había retirado porque sabía que tenía mucha suerte y que no puede abusarse de ella. Regresó a los ruedos porque ninguna otra cosa le interesaba. Como siempre, también estaba la cuestión monetaria.

Le tocó una res grande que, en comparación con su escasa estatura, aún parecía mayor. El animal mostraba un buen par de cuernos y Chicuelo II dio su justamente celebrada exhibición de cómo seguir vivo en la plaza y permanecer más tiempo cerca del toro que cualquier otro en su sano juicio. Actuó con serenidad, magníficos reflejos y extraordinaria suerte y realizó varios pases buenos, pases con truco y trucos circenses, que además hizo muy bien. Habría resultado más peligroso citar al toro desde lejos y lidiarlo de forma clásica. Pero no lo parecía, y Chicuelo II hizo de espaldas todo lo que era posible, mirando al público cuando el toro pasaba bajo el brazo extendido para recordarles a Manolete, quien, junto con su apoderado, redujo los toros a uno de sus niveles más bajos y, al morir, se convirtió en un semidiós, escapando así a la crítica.

A los espectadores, con toda razón, los entusiasmó Chicuelo II. Era uno de ellos, realizó aquello que les habían enseñado a creer que era la lidia y lo llevó a cabo con un verdadero toro. Necesitó mucha suerte para poder hacerlo, pero también muchos conocimientos y el coraje más puro. Al ir a matar pinchó en hueso pero luego, gracias a su maravillosa mano izquierda, hundió la espada en lo alto situándose entre las astas del animal, que murió al instante. El presidente le otorgó dos orejas y Chicuelo II tuvo que dar la vuelta al ruedo, satisfecho pero siempre con aire grave. Me agrada recordarlo tal como lo vi aquel verano ya que de nada sirve pensar en lo que le ocurrió al cambiarle la suerte.

El segundo toro de Antonio salió con buena estampa, muy negro, de grandes cuernos y brioso. Me di cuenta de que Ordóñez quería encargarse de él enseguida. Pero apenas había desplegado el trapo cuando un aspirante a torero, un muchacho bastante competente, apuesto, con gorra, una camisa clara y pantalones azules, saltó la barrera desde el tendido de sol, a nuestra izquierda, y mostró la capa a la res. Mientras Ferrer, Joni y Juan, los tres *banderilleros* de Ordóñez, corrían a capturarlo y entregarlo a la policía antes de que lo hiriese el animal y este se volviera casi imposible de lidiar, el muchacho dio tres o cuatro buenos pases. Supo aprovechar el *brío* natural de

la res para citarla mientras evitaba que tres hombres pudieran alcanzarlo y expulsarlo del ruedo.

Para el *matador* nada hay más grave que la intromisión del *espontáneo* en la lidia. La res aprende a cada pase que le dan, y un buen diestro no da uno solo que no vaya dirigido al resultado final. Si el toro coge y hiere a un hombre cuando empiezan a lidiarlo, perderá toda esa inexperiencia ante quien se le presenta a pie en la que se basa la *corrida*. Vi que Antonio contemplaba cómo el muchacho daba aquellos buenos pases y, aunque lo exponían al fracaso, no lo vi preocupado. Estudiaba al animal y lo conocía mejor a cada uno de sus movimientos.

Al fin Joni y Ferrer alcanzaron al muchacho, que condujeron hasta la *barrera*. Antonio se acercó con la capa, le dijo algo brevemente y, pasándole el brazo por los hombros, lo estrechó con fuerza. Luego se encaminó hacia el toro. Ahora lo conocía bien y lo había calibrado.

Sus primeros pases, incomparables, fueron lentos y elegantes mientras movía la capa delante de la res. El público advirtió que estaba presenciando algo que anteriormente nunca había presenciado y en lo que no había truco alguno. Jamás habían visto a un *matador* que perdonase y felicitara a alguien que había estado a punto de hacer imposible la lidia del toro, y ahora apreciaban lo que habían visto con la primera res pero no habían sabido apreciar. Antonio manejaba la capa como nadie entre los vivos la había manejado. Condujo al animal hasta uno de los hermanos Salas para que lo picase y ordenó:

—Cuídalo y haz lo que yo te diga.

El toro era valiente y fuerte y embistió con brío pese a tener la puya bien clavada. Antonio lo apartó para repetir sus bellas y lentas *verónicas*. En la segunda vara, la res derribó el caballo y lanzó a Salas contra la *barrera*. Su hermano Juan, *banderillero* de confianza, quería que el animal se enfrentase de nuevo al *picador* puesto que era muy fuerte y necesitaba otras dos varas que le cansaran los músculos del cuello para que bajase la cabeza de modo que resultara más fácil matarlo.

—No me des lecciones —le respondió Antonio—. Lo quiero tal como es.

Antonio pidió permiso al presidente para poner *banderillas*. Después de clavarle un par, volvió a pedir permiso para entrar con la *muleta*.

Tomó al toro con tanta suavidad, de modo tan sencillo y con tanta elegancia que cada pase semejaba una escultura. Realizó todos los clásicos y parecía querer elaborarlos y darles mayor pureza, así como hacerlos más peligrosos cuando a conciencia acortaba sus *naturales*, doblando el codo para

acercarse a la res mucho más de lo que lógicamente puede hacerse. Era un toro grande, entero, valiente y fuerte, con buenos cuernos, y Antonio llevó a cabo la más completa y clásica *faena* que jamás he visto.

Al concluir, y ya con la res a punto de que la estoqueasen, creí que Ordóñez se había vuelto loco. Comenzó a hacer los pases trucados de Manolete que antes había hecho Chicuelo II para demostrarle al público que, si querían aquello, iban a ver cómo debía hacerse de verdad. Lidiaba al animal en la arena en que antes se habían dado varas a tres reses y que estas habían desnivelado con las pezuñas, formando hoyos. Cuando, de espaldas, realizaba un pase llamado la *giraldilla*, el toro resbaló y, al revolverse, el cuerno derecho fue a hundirse claramente en la nalga izquierda de Antonio. No se puede recibir una herida en un sitio menos romántico ni más peligroso, herida que el propio matador había provocado y le constaba, como también le constaba su extrema gravedad; todo esto lo enfurecía lo mismo que la posibilidad de no poder matar a la bestia y así corregir aquel error. El animal lo ensartó a fondo. Vi cómo el cuerno entraba en la carne y levantaba a Antonio del suelo. Pero por fortuna volvió a caer de pie y no se desplomó.

La sangre manaba abundantemente y Ordóñez apoyó el trasero en las rojas planchas de la *barrera* igual que si pretendiese cortar la hemorragia. Yo mantenía la vista fija en el diestro y no me di cuenta de quién apartaba al toro. Miguelillo fue el primero en saltar a la arena y sostener al herido por un brazo al tiempo que acudían Domingo Dominguín, su apoderado, y su hermano Pepe. Todos se dieron cuenta de la importancia de la herida y, a la vez, su hermano, su apoderado y Miguelillo lo sujetaron, intentando llevarlo a la enfermería. Antonio se libró de ellos furioso mientras le decía a Pepe:

—¿Y tú te consideras un Ordóñez?

Se encaminó al toro sangrando y colérico. En otras ocasiones lo había visto enfurecerse en la plaza y con frecuencia lidiaba bajo una mezcla de beatitud y rabia inteligente. En esa ocasión iba a matar aquel toro del mejor modo que pudiera hacerse, y le constaba que debía hacerlo pronto o se desmayaría por la pérdida de sangre.

Cuadró la res y vi cómo colocaba la *muleta* baja, muy baja, y, apuntando a la ranura entre las paletillas, se lanzó a la perfección por entre los cuernos. Luego alzó la mano mientras contemplaba a su enemigo, ordenándole que sucumbiese a la muerte que había clavado en su interior.

Permaneció allí, sangrando, sin permitir que nadie lo tocara hasta que el toro cayó en redondo. Siguió en pie y su gente temía acercársele después de lo que les había dicho, hasta que el presidente, en respuesta al flamear de

pañuelos y a los gritos, le concedió las dos orejas, el rabo y la pata. Esperó que le entregasen sus trofeos y lo contemplé ensangrentado mientras procuraba abrirme paso entre la multitud hasta la puerta que conduce a la enfermería. Ordóñez intentó iniciar la vuelta al ruedo pero se desplomó en brazos de Ferrer y de Domingo. Conservaba el conocimiento y sabía que se estaba desangrando y, por tanto, no había nada más que pudiera hacer. Había concluido aquella tarde y tenía que irse preparando para volver a los ruedos.

En la enfermería, el doctor Tamames le examinó la cornada, se dio cuenta de su gravedad e hizo lo más urgente: cerrarla y enviar a Antonio a la clínica Ruber de Madrid para que lo operasen. A la puerta de la enfermería el espontáneo lloraba amargamente.

Antonio despertaba de la anestesia cuando llegamos a la clínica Ruber. La herida penetraba quince centímetros en el músculo glúteo de la pierna izquierda. El cuerno se había clavado junto al recto, casi rozándolo, desgarrando los músculos hasta el nervio ciático. El doctor Tamames me explicó que unos milímetros más a la derecha habría penetrado en el recto y llegado al intestino. Unos pocos milímetros más de profundidad, y habría herido el nervio ciático. Tamames le lavó la cornada, reparó el daño y después la cosió, dejando un drenaje que trabajaba por succión con un aparato de relojería. Se oía su tictac semejante al de un metrónomo.

Antonio lo había escuchado anteriormente. Aquella era su duodécima cogida peligrosa. Estaba muy serio pero me sonrió con los ojos.

—Ernesto —dijo con marcado acento andaluz.

—¿Duele mucho?

—Aún no —respondió—. Más tarde.

—No hables —le aconsejé—. Descansa tanto como puedas. Manolo dice que va bien. Si tenían que herirte, no podías recibirla en mejor sitio. Te repetiré todo lo que el médico me diga. Ahora me voy. Tómalo con tanta calma como puedas.

—¿Cuándo volverás?

—Mañana, cuando despiertes.

Carmen, sentada junto a la cama, le sostenía la mano. Lo besó y él cerró los ojos. No estaba totalmente despierto y el verdadero dolor aún no había comenzado. Carmen salió de la habitación conmigo y le expliqué lo que me había dicho Tamames. El padre de Carmen era *matador*. Tenía tres hermanos *matadores* y estaba casada con otro. Era muy bonita, encantadora y cariñosa y se mostraba serena en los momentos más dramáticos. Ya había pasado la peor

parte y le constaba que iba a comenzar su verdadero trabajo. Este se presentaba una vez al año desde su matrimonio con Ordóñez.

—¿Cómo ocurrió? —quiso saber.

—No había razón para que ocurriese. En realidad, no debió ocurrir. Antonio no tiene por qué torear de espaldas.

—Díselo.

—Lo sabe. No tengo necesidad de explicárselo.

—De todos modos, díselo, Ernesto.

—No tiene que competir con Chicuelo II —añadí—. Está compitiendo con la historia.

—Lo sé —comentó, y comprendí que se daba cuenta de que pronto su esposo iba a enfrentarse a su hermano preferido y que la historia lo estaría presenciando.

Recordé que tres años antes, durante una comida en su piso, alguien había comentado lo estupendo que sería y el mucho dinero que ganarían si Luis Miguel volvía a los ruedos y toreaba un *mano a mano* con Ordóñez.

—No habléis de eso —había dicho Carmen—. Se matarán uno a otro.

Aquella noche me dijo:

—Adiós, Ernesto. Espero que Antonio pueda dormir.

Bill Davis y yo nos quedamos en Madrid hasta que Ordóñez estuvo fuera de peligro. Tras la primera noche, los dolores crecieron hasta llegar más allá del límite de tolerancia. El drenaje mantenía la herida limpia pero se la veía hinchada y dura bajo las vendas. Me desesperaba ver sufrir a Antonio y no quería ser testigo de su atroz padecimiento ni de cómo intentaba que el dolor no lo venciese conforme este iba aumentando lo mismo que un vendaval que asciende en la escala Beaufort. Yo diría que estaba en una fuerza diez o quizá en plena tempestad, según medimos el dolor en nuestra familia, el día que esperábamos a que Tamames le cambiase las vendas. Este es el momento cuando, aparte de posibles complicaciones, queda claro si la cura ha sido un éxito. Lo es en caso de no presentarse gangrena y estar limpia la herida; con esta clase de cornadas el diestro puede volver a los ruedos al cabo de unos veinte días e incluso menos, según su estado moral y su entrenamiento.

—¿Y Tamames? —indagó Antonio—. Dijo que vendría a las once.

—En otro piso —le aclaré.

—Si pudieran acallar el tictac del drenaje… —se lamentó el diestro—. Es lo único que no soporto.

A los *matadores* heridos que pretenden volver a torear lo más pronto posible les dan el mínimo de sedantes. Se basan en que no deben tomar nada que afecte a sus nervios o a sus reflejos. En un hospital norteamericano podrían haberle eliminado los dolores drogándolo. En España consideran que el dolor es algo que un hombre debe soportar. No tienen en cuenta si este es peor para los nervios que la misma droga.

—¿No puedes darle algo que lo alivie? —le había pedido yo antes a Manolo Tamames.

—Se lo di anoche —me respondió—. Recuerda que es un *matador*.

Lo era indudablemente y Manolo Tamames un gran cirujano y un verdadero amigo, pero esos puntos de vista resultan duros cuando uno los ve poner en práctica.

Antonio quería que me quedase a su lado.

—¿Vas mejor?

—Voy mal, Ernesto, muy mal. Quizá Tamames pueda quitarme el tubo del drenaje. ¿Dónde crees que está ahora?

—Enviaré a buscarlo.

En la calle el día era claro y fresco, con una ligera brisa del Guadarrama, y en la habitación en penumbra de la clínica la atmósfera también era fresca y agradable, pero Antonio sudaba mucho a causa del dolor y apretaba los grisáceos labios. No quería abrirlos pero con los ojos no hacía más que preguntar por Tamames. La antesala estaba llena de gente que permanecía sentada en silencio o hablando en susurros. Miguelillo atendía las llamadas telefónicas. La madre de Antonio, una mujer guapa y rolliza, de tez morena, con el pelo estirado, entraba y salía de continuo de la habitación, sentándose y abanicándose o acercándose al lecho. Carmen atendía también llamadas telefónicas en otro cuarto en los momentos en que no iba a sentarse junto a la cama. Fuera, en el pasillo, los *picadores* y los *banderilleros* paseaban o permanecían sentados. Acudían muchas visitas que dejaban saludos o sus tarjetas. Miguelillo se aseguraba de que solo la familia entrase en la habitación.

Al fin llegó Tamames seguido de dos enfermeras e hizo salir a cuantos no debían ver la cura. Se mostraba brusco, con su aire gris, y jocoso como de costumbre.

—¿Y a ti qué te pasa? —le espetó a Antonio—. ¿Crees que no tengo otros pacientes? —Luego se volvió hacia mí—. Acércate, distinguido colega. Quédate junto a la cama. Dale la vuelta. Y tú date la vuelta y échate de cara. Ni Ernesto ni yo te vamos a hacer daño.

Cortó la venda y luego quitó la gasa, que olió cuidadosamente para pasármela a mí. La olí también y la dejé caer en la jofaina que sostenía una de las enfermeras. No había hedor de gangrena. Tamames me miró sonriendo. La herida estaba limpia. Parecía irritada junto a cuatro de la larga hilera de puntos de sutura, pero en general tenía buen aspecto. Tamames recortó el tubo de goma del drenaje, para reducirlo.

—No más tictac —dijo—, cálmate. —Lo limpió, le puso otra venda y me pidió que lo ayudase a sujetarla con esparadrapo—. Hablemos de tus dolores, de tus famosos dolores —añadió—. El apósito debe asegurarse con fuerza. ¿Comprendes? Entonces la herida se hincha. Es lógico. No se te puede clavar quince centímetros algo tan grueso como el mango de una azada y desgarrar el músculo sin causar una herida que duela y se hinche. El vendaje la oprime y eso aumenta los efectos. Pero ahora estás más cómodo, ¿verdad?

—Sí —reconoció Antonio.

—Pues no hablemos más de eso.

—No sufriste tú, doctor —advertí.

—Ni tú tampoco —repuso Tamames—. Por fortuna.

Nos fuimos a un rincón y la familia regresó junto al lecho.

—¿Hasta cuándo, Manolo? —indagué.

—Puede torear dentro de unas tres semanas si no se presentan complicaciones. La herida era muy grande, Ernesto, y hubo muchos destrozos. Lamento que sufriera tanto.

—Sufrió mucho.

—¿Irá contigo a Málaga a reponerse?

—Sí.

—Bien. Te lo enviaré tan pronto como esté en condiciones de viajar.

—Me iré mañana por la noche si Antonio está bien y no tiene fiebre. Me queda mucho por hacer.

—Bien. Ya te diré si puedes marcharte.

Advertí que volveríamos por la tarde. Se congregaban allí muchos familiares y viejos amigos y quería salir con Bill al aire libre y a la calle. Sabíamos que todo iría bien y no deseaba entrometerme. Aún tenía tiempo de ir al Prado con buena luz. A ciertas horas la iluminación es de calidad.

Cuando Antonio y Carmen descendieron del avión en el pequeño y alegre aeropuerto de Málaga, él se apoyaba con fuerza en un bastón y tuve que ayudarlo a atravesar la sala de espera hasta el coche. Hacía una semana que

nos habíamos despedido en la clínica. Tanto Ordóñez como su esposa estaban agotados por el viaje, de modo que, tras una cena ligera, lo acompañé a su dormitorio.

—Te levantas muy temprano, ¿verdad, Ernesto? —me dijo.

Yo sabía que solía dormir hasta el mediodía cuando viajaba de una corrida a otra, y a veces aún más.

—Sí, pero tú lo haces tarde. Descansa todo lo que puedas.

—Quiero salir contigo. Siempre madrugo en la finca.

A primeras horas de la mañana, antes de que se secara el rocío en los jardines, Ordóñez subió la escalera con ayuda del bastón y se dirigió a mi cuarto.

—¿Quieres pasear? —me preguntó.

—Claro.

—Pues vamos. —Dejó el bastón junto al lecho—. Eso se ha acabado. Quédatelo.

Anduvimos durante una media hora, sujetándolo yo por el brazo para que no cayera.

—¡Qué jardín! —comentó—. Es más grande que el Botánico de Madrid.

—La casa es algo más pequeña que El Escorial. Pero, en cambio, no hay reyes enterrados, se puede beber vino y está permitido cantar.

En casi todos los bares y bodegas de España hay un cartel que advierte que lo último está prohibido.

—Pues cantaremos —exclamó.

Anduvimos hasta que supuse que él ya no podría soportarlo. Entonces, Ordóñez me dijo:

—Tengo una carta de Tamames para ti, donde te explica el tratamiento que debo seguir.

Confié en que tuviéramos los necesarios medicamentos y vitaminas y que, en caso contrario, pudiera adquirirlos en Málaga o en Gibraltar.

—Volvamos a casa que te la entregaré. No hay que perder tiempo.

Lo dejé en el recibidor y él se encaminó a su habitación, apoyando una mano en la pared pero con paso firme. Regresó con un sobre de tarjeta dirigido a mí. Lo abrí, saqué el contenido y leí:

«Distinguido colega: por la presente te hago entrega del enfermo Antonio Ordóñez. Si es necesario, actúa *con mano dura*. Firmado, Manolo Tamames».

—Ernesto, ¿comenzamos el tratamiento?

—Creo que antes deberíamos tomar un vaso de Campañas *rosado* —repliqué.

—¿Te parece aconsejable? —indagó Antonio.

—Por lo general no lo es a estas horas de la mañana, pero lo beberemos a manera de laxante suave.

—¿Podremos nadar?

—No hasta el mediodía, en que el agua estará caliente.

—Quizá me convenga más fría.

—Quizá te diese dolor de garganta.

—Ya me ha pasado. Vamos a nadar ahora mismo.

—Lo haremos cuando el sol caliente el agua.

—De acuerdo. Andemos un poco más. Cuéntame cómo han ido las cosas. ¿Escribiste bien?

—Unos días muy bien. Otros no tanto.

—Me ocurre lo mismo. Hay días en que no puedo escribir en absoluto. Pero el público ha pagado para verme hacerlo y, por tanto, lo hago.

—Últimamente vas muy bien.

—Sí. Pero sabes lo que quiero decir. Hay días en que no está en ti.

—Cierto. Pero yo me fuerzo y uso la cabeza.

—Yo también. Sin embargo, resulta estupendo cuando uno escribe de verdad. No hay nada mejor.

Le divertía mucho calificar de escribir a sus *faenas*. Hablamos de muchas cosas: de las diferentes dificultades que se le presentan a un artista en el mundo en que Antonio vivía, de cuestiones técnicas y de secretos de la profesión, de finanzas, a veces de economía y de política. A veces de mujeres, con frecuencia de ellas y de la mejor manera de ser buenos maridos; luego, quizá de mujeres de nuevo, las mujeres de los otros, y de nuestra vida cotidiana y de nuestras preocupaciones. Hablamos durante todo el verano y todo el otoño, al dirigirnos de una corrida a otra, mientras comíamos y a horas intempestivas cuando él descansaba. Como diversión, y a modo de entretenimiento, juzgábamos a la gente igual que si fuesen toros. Pero eso fue más adelante.

Aquel primer día en La Cónsula hablamos y bromeamos, contentos de que hubiese pasado el peligro de la herida y comenzase la recuperación. Antonio nadó un poco. La herida aún estaba hinchada y yo le cambié el vendaje. El segundo día anduvo con cuidado pero sin cojear y muy seguro. A diario estaba más fuerte y mejoraba su situación. Hacíamos ejercicio, nadábamos, tirábamos al plato en el campo de olivos que se extendía detrás de las cuadras, nos entrenábamos mucho, comíamos y bebíamos bien y nos divertíamos. Cierta mañana, Antonio se excedió y fue a bañarse a la playa con el mar muy

picado y las olas sucias de arena le abrieron parte de la herida, pero pude ver que cicatrizaba bien; se la limpié y vendé de nuevo.

Todo el mundo se sentía feliz y parecía como si Carmen y Antonio estuviesen de luna de miel. La necesidad de convalecer de aquella herida les dio la oportunidad de llevar una vida de matrimonio normal y, si bien se pagó cara en sangre y en pérdida de ingresos, la estaban aprovechando al máximo. Carmen parecía más bonita cada día.

Al fin se fueron a la finca que poseían, y que aún estaban pagando, en Valcargado, junto a los montes de la zona de Medina Sidonia, en Cádiz. Vendé la herida para el viaje en la furgoneta Chevrolet que habían convertido en autocar para que cupiese toda la cuadrilla y los equipajes. Los despedimos y cruzaron la verja con Antonio al volante.

Capítulo 6

Luis Miguel había toreado cuatro veces desde que a Antonio lo habían herido en Aranjuez y según todos los informes había estado magnífico. Hablé con Dominguín cuando, después de su gran éxito en Granada, visitó a Antonio en la clínica. Yo tenía grandes deseos de verlo actuar y le prometí que iríamos a Algeciras, donde torearía por dos veces.

Fue muy bonito el viaje a esa ciudad por la carretera de la costa en un día de sol con mucho viento. Me preocupaba el efecto que este podía tener en la plaza, pero la de Algeciras se construyó de modo que quedase protegida del fuerte Levante. Este viento constituye la maldición de la Andalucía costeña lo mismo que el Mistral lo es de la Provenza, pero no molestó en absoluto a los toreros aunque la bandera en el asta se agitaba de continuo.

Luis Miguel estuvo a la altura de todos los informes que me habían dado. Se mostró orgulloso sin ser arrogante, tranquilo, a sus anchas en el ruedo y con pleno dominio de todas las faenas. Era un placer verlo dirigir la lidia y comprobar con cuánta inteligencia lo estaba haciendo. Poseía la absoluta y respetuosa concentración en su trabajo que señala al gran artista. Con la capa estuvo mejor de lo que yo recordaba, pero sus *verónicas* no me impresionaron. Sin embargo, el variado repertorio de sus pases resultaba sorprendente. Eran todos muy hábiles y estaban perfectamente realizados.

Demostró ser un excelente *banderillero* y clavó tres pares dignos de los mejores que he visto. No eran espectáculos de circo ni hizo posturas. No corrió ante el toro sino que llamó su atención y lo atrajo hacia sí en lo que parecía un ejercicio geométrico, hasta que el cuerno estuvo a punto de alcanzarlo, instante en que alzó los brazos y clavó las banderillas en el lugar exacto en que debían clavarse.

Su trabajo con la *muleta* fue eficaz e interesante. Sabía realizar bien los pases clásicos, tenía un gran repertorio y los usaba en abundancia. Mató con habilidad pero sin exponerse demasiado. Comprendí que lo podía hacer de

manera extraordinaria en caso de proponérselo. También me di cuenta de por qué durante tantos años había sido el número uno de los toreros de España y del mundo, que es el modo como los españoles clasifican los puestos. Asimismo previ lo peligroso que como rival iba a ser para Antonio y, después de ver a Luis Miguel en sus dos reses —estuvo aún mejor en la segunda—, no me quedó la menor duda acerca de cómo iba a acabar la competición entre ambos. Me convencí al ver a Dominguín realizar un truco con el toro cuando, tras prepararlo con la *muleta*, arrojó el trapo y el estoque para arrodillarse con cuidado dentro del ángulo de visión del animal, inerme ante sus cuernos.

Al público lo entusiasmó pero, al haberlo visto un par de veces, yo sabía cómo lo llevaban a cabo. También descubrí otra cosa. A los toros de Luis Miguel les habían recortado las puntas de los cuernos y luego los habían afeitado para que recobrasen su forma primitiva; alcancé a ver el brillo del aceite de cigüeñal que habían usado para ocultar la manipulación y que pareciesen normales. De no saber cómo observarlos, semejaban enteros.

Luis Miguel estaba en perfectas condiciones, era un gran torero, tenía una gran clase, buen conocimiento de la fiesta, un gran encanto, lo mismo fuera que dentro de los ruedos, y era un rival peligroso. Se lo veía algo cansado para estar a principios de temporada y con tantos compromisos contraídos. Supe, sin embargo, que en ese punto del duelo Antonio tenía una ventaja. Había lidiado en Madrid toros con los cuernos intactos, y yo lo había visto con aquel animal tan bien armado en Córdoba. En cambio, veía a Luis Miguel torear reses con las astas manipuladas.

Muchos espectadores sentados cerca de nosotros lo sabían, pero no les importaba. Solo acudían para ver el espectáculo. Otros estaban relacionados con el negocio taurino y tampoco les importaba. Eran parte de ese mismo negocio. La mayoría del público ni se enteró. Yo lo sabía y me importaba porque creía, al contemplarlo, que Luis Miguel tenía un gran sentido y conocimiento de los toros, y que podía enfrentarse a cualquier clase de reses y compararse a los diestros verdaderamente grandes; quizá al propio Joselito. Pero una práctica repetida con esta clase de animales, con las defensas alteradas, iba a incapacitarlo, sutil pero permanentemente, para los verdaderos toros cuando debiera enfrentarse a ellos.

Después de la *corrida* encontramos a Miguelillo, que debía guiarnos a la hacienda de Antonio. Había oscurecido cuando salíamos de la ciudad en coche para tomar la empinada carretera por la que íbamos abandonando el salvaje contrafuerte occidental de Europa, lejos del mar, hacia una tierra de ríos y lagunas secas, y nos conducía, después de pasar junto a la blanca Vejer

de la Frontera y rodeando montañas, hasta la finca de Antonio. Llegamos muy tarde, cenamos a medianoche y enseguida nos fuimos a la cama. La hacienda era amplia, de unas mil doscientas hectáreas, con buenos pastos naturales y mucha agua. Antonio tenía vacas con sus crías, dos sementales, un hato de seis novillos y otro de seis toros a punto de que los lidiasen. Los pastos y las tierras no se habían usado nunca para reses bravas, por lo que estaban intactos. En una parte de la finca Antonio cultivaba grano. Entonces lo estaban segando y a primeras horas de la mañana lo recorrimos en el Land-Rover. Al regresar al enjalbegado cortijo, con sus establos, gallineros, patios y almacenes, más o menos conectados con la vivienda, nos enteramos de que Luis Miguel, Jaime Ostos y dos ganaderos irían a comer.

Fue una comida larga, copiosa y alegre en la que los cuatro visitantes, Antonio, Rupert y yo nos sentamos a la mesa en la solana mientras las mujeres, Bill y una pareja de valencianos, muy amigos de los Ordóñez, lo hacían en el fresco comedor. En cierto modo, me recordó aquellas comidas durante la guerra cuando uno de dos generales que se odiaban ferozmente desde los días de West Point era huésped del otro en su puesto de mando y ambos se mostraban aparentemente muy amigos mientras se examinaban con la esperanza de ver en el otro signos de decadencia, de descubrir nuevos defectos, nerviosismo o agotamiento. Fue una comida cordial en la que todo el mundo se burló de todo el mundo pero con cuidado y sin aguijones. Luis Miguel y yo estuvimos algo duros uno con otro pero dentro de un límite. Estábamos entre amigos. Yo lo era suyo y él mío. Pero entre Dominguín y Antonio la hostilidad existía desde hacía tiempo. Fue un buen gesto de Luis Miguel visitar por primera vez la finca de los Ordóñez, y Carmen lo apreciaba en su justo valor y se sentía feliz.

Regresamos a La Cónsula a los tres días. Lo habíamos pasado muy bien y me constaba que la herida no había afectado la mente de Antonio, que dormía bien y se recuperaba muy deprisa. Nos reuniríamos cuatro días más tarde en Algeciras, donde Luis Miguel volvía a torear. El lunes después de la corrida visitaríamos Ronda. Luego Antonio regresaría a su finca para entrenarse con las reses que criaba y nosotros cruzaríamos las montañas hacia La Cónsula, donde yo trabajaría hasta que Ordóñez volviese a los ruedos.

Los toros de Pablo Romero que le tocaron a Luis Miguel en Algeciras estaban en tan buenas condiciones, y eran tan recios de patas y pezuñas y tan rápidos, como gordos, torpes y medio lisiados eran los de la misma ganadería a los que

Antonio se habían enfrentado en Madrid. Luis Miguel estuvo soberbio toda la tarde. No parecía tan cansado como la semana anterior, quizá por haber tenido varios días de reposo. Recibió a la primera res de rodillas y dio una magnífica *larga*. Su trabajo con la capa fue excelente y sus *verónicas* las mejores que le había visto hacer. Nos dedicó un toro a Mary y a mí, gritando su nombre con fuerza para que ella supiese a quién se refería y se pusiera en pie. Teníamos asientos en la tercera fila de *barrera*, sobre una de las entradas y, de pie, no entendíamos lo que Dominguín estaba diciendo. Únicamente veíamos su atezado rostro y sus labios que se movían. Mary estaba sonrojada por la excitación. Después, Luis Miguel lanzó la pesada montera lo mismo que un jugador de pelota base. La atrapé, se la pasé a Mary y nos sentamos para verlo realizar una extraordinaria *faena* con la *muleta* casi a nuestros pies, adaptándose a las características y velocidad del toro para darle lenta y bellamente todo su gran repertorio de pases. Al ir a matar pinchó dos veces en hueso pero entró tan bien que cada uno valía por una *estocada*. A la tercera vez hundió totalmente el acero. El público quiso que le concedieran la oreja por la elegancia de sus dos intentos con la espada pero el presidente se negó. Los espectadores se indignaron y exigieron que diese dos vueltas al ruedo.

En su segundo toro Luis Miguel estuvo incluso mejor. El animal era perfecto. No tenía una sola tara y Luis Miguel, dándose cuenta al instante, hizo seis *verónicas* sin cambiar la posición de los pies. Le puso tres pares de *banderillas* de *poder a poder*, de igual manera que con la res anterior, citándola y atrayéndola hacia sí mientras iba a su encuentro para de pronto esquivar los cuernos con un ágil movimiento y elevarlas verticalmente donde deben clavarse. Era maestro en esta suerte y a mí me impresionaron y emocionaron su habilidad, sus conocimientos y su arte. Lo realizaba todo con una gracia fácil y con una gran confianza, y parecía a la vez feliz y enteramente seguro en cuanto hacía.

Luego hipnotizó a la res balanceándole la *muleta* ante los ojos tal como ya le había visto hacer con anterioridad. Mareó al toro y lo dejó temporalmente inmóvil. Se puede conseguir lo mismo con una gallina colocándole la cabeza bajo el ala y meciéndola unas seis veces. Puede dejarse el ave en el suelo, siempre con la cabeza bajo el ala, y permanecerá quieta, dormida, durante una hora o incluso más, o hasta que se la despierte. Es un juego de salón que obtuvo mucho éxito en África oriental. En ocasiones llegué a disponer de una docena de gallinas dormidas a la entrada de una choza indígena a la sombra del Kilimanjaro cuando necesitábamos algo con urgencia y se requería la magia para obtenerlo.

Luis Miguel hipnotizó al toro con el lento vaivén y, luego, se arrodilló dentro de su ángulo de visión y, arrojando la espada y la *muleta*, le volvió la espalda. Esto era lo que Antonio y yo llamábamos un *truco*. Era un buen truco pero no pasaba de ser eso. El trabajo de Luis Miguel había sido tan extraordinario y tan brillante que no lo necesitaba. Pero lo llevó a cabo para asegurarse el favor del presidente y del público.

Tras despertar al animal y cuadrarlo, Dominguín entró bien con la espada y le cortó la médula espinal con el estoque de *descabello*. El toro se derrumbó lo mismo que si le hubiesen desconectado la corriente. El *banderillero* de Luis Miguel cortó las dos orejas a indicación de la presidencia, que obedeció lo que pedían los infinitos pañuelos. El público aún quería más.

Concluida la *corrida* nos dirigimos a la placentera algarabía del hotel María Cristina de Algeciras. Estuvimos un buen rato con Dominguín y entonces mi esposa se enteró de lo que había dicho al dedicarnos el toro:

—Mary y Ernesto: dedico la muerte de este animal a nuestra eterna amistad.

Nos emocionó a los dos y vino a complicar más las cosas. Yo intentaba mostrarme totalmente justo en mis juicios acerca de Luis Miguel y de Antonio, pero su rivalidad comenzaba a tener visos de guerra civil y la neutralidad se iba haciendo muy difícil. Al comprobar el excelente matador que era Luis Miguel y en las perfectas condiciones en que se encontraba comprendí a lo que se enfrentaría Antonio cuando ambos apareciesen en el mismo cartel.

Luis Miguel debía mantener el puesto. Afirmaba ser el número uno de los toreros y además era rico. Esto resultaba un peso muy grande una vez en el ruedo, pero le agradaba torear y olvidaba su fortuna al iniciarse la lidia. Sin embargo quería tener cierta seguridad a su favor, y eso significaba que manipulasen los cuernos. Asimismo quería cobrar más que Antonio en cada corrida, y ahí era donde residía el peligro. Antonio tenía un orgullo demoníaco. Estaba convencido de ser desde siempre mucho mejor torero que Dominguín, y le constaba que podía superarlo estuviesen como estuviesen los cuernos del animal. A Luis Miguel le pagaban más que a Antonio y yo sabía que, de ocurrir esto cuando lidiaran juntos, Ordóñez daría rienda suelta a esa especie de lava encendida que llevaba dentro para que a nadie, especialmente a Dominguín, le quedara la menor duda de quién era el más grande matador. Antonio lo conseguiría o iba a morir intentándolo y se encontraba en un estado de ánimo propicio al suicidio.

El viaje a Ronda, subiendo por los montes, fue muy bello, aleccionador y divertido. Antonio iba a recibir un capote de paseo bordado en oro regalado por el club de sus admiradores de aquella ciudad en la que nació, y previamente me dijo que quería mostrarme algo y contarme algunas cosas. Le pregunté cómo debíamos ir vestidos para recibir el regalo.

—Somos *toreros* —replicó, lo que actualmente significa un simple polo sin corbata.

Tras la entrega del capote y el acostumbrado discurso de agradecimiento, Ordóñez se volvió para decirme:

—Ahora vamos a buscar el tuyo.

—¿Mi qué…?

—La medalla de oro de la ciudad que va a entregarte el alcalde.

—¿Con esta ropa?

Yo llevaba un polo gris, por fortuna recién lavado, pero que no podía abrocharse.

—Está limpio —dijo Antonio—. Además, somos *toreros*, ¿no es cierto?

Desfilamos por la ciudad acompañados de todos los admiradores del diestro con sus mejores trajes. La medalla era en conmemoración del centenario de Pedro Romero y solo se había concedido a otras cinco personas. A Antonio le encantaron las ropas tan serias del alcalde y de los concejales en comparación con nuestro aire chulesco. *Chulo* es una palabra de doble sentido, uno de los cuales designa al hampa sevillana o a personajes de la picaresca. El otro significado es mucho más claro.

Pasamos un excelente día, aunque algo agotador, con los buenos y auténticos amigos que Antonio tenía en aquella encantadora y extraña ciudad. Luego abandonamos la cuna del toreo y el baluarte de la usura y, tras muchas vueltas, fuimos descendiendo por los montes hacia un camino que, siguiendo una corriente de agua, iba a desembocar en la playa, más abajo de Marbella, y, desde allí, la carretera de la costa nos condujo a Málaga. En esta recogimos el correo en la oficina postal, sombreada por un polvoriento ramaje, lo examinamos y volvimos a salir de la población hacia las colinas por la ruta bordeada de árboles, muchos de cuyos troncos mostraban las huellas de los pedruscos que arrastraron los aguaceros del invierno, hasta las pesadas verjas de hierro, el sendero empedrado, en el que nos saludaban toda suerte de perros grandes y pequeños, y el agradable frescor de La Cónsula.

Cinco días más tarde Antonio y Luis Miguel debían torear en la misma corrida por primera vez desde que el segundo se había retirado después de que lo cogieron una tarde de enero siete años antes en Bogotá, Colombia.

Capítulo 7

La corrida con la que se iniciaba el enfrentamiento se celebró en Zaragoza. Allí se habían reunido cuantos se interesaban por el toreo y podían pagarse el viaje. También habían acudido los críticos de Madrid, y el comedor del Gran Hotel estaba atestado de ganaderos, empresarios, aristócratas, antiguos tratantes de caballos y todo el reducido grupo de admiradores de Antonio. Había muchos más de Luis Miguel, políticos, autoridades y militares. Bill y yo comimos en una tasca que él conocía y luego fuimos a las habitaciones de Antonio, al que encontramos alegre, pero algo distante. Siempre he podido advertir cuándo la gente lo pone nervioso por el modo como mueve la cabeza, lo mismo que si tuviese el cuello un tanto entumecido, y porque se hace más evidente su acento andaluz. Nos dijo que había dormido bien. Tras la corrida, comeríamos juntos en Teruel. Indiqué que Bill y yo saldríamos directamente desde la plaza, puesto que Ordóñez iría más rápido en su Mercedes. Todo esto me recordó la conversación que habíamos sostenido antes de la corrida de Aranjuez, pero así lo quiso el diestro. Al marcharse, me hizo un guiño como si compartiésemos un secreto. No estaba nervioso, aunque sí algo tenso.

Luego fui a desearle suerte a Luis Miguel. También lo encontré tenso.

Hacía calor y el sol de junio quemaba. El primer toro de Dominguín salió bien y atacó con fuerza y decisión a los *picadores*. Luis Miguel lo tomó en el primer *quite* e hizo gala de la misma excelente forma, arrogancia y dominio de la capa que en la última ocasión en que yo lo había visto. Después, en la siguiente embestida al *picador*, Antonio salió al quite. Atrajo el animal al centro de la arena, donde realizó unos pases lentos, ceñidos, con la espalda muy erguida, dando un aire de escultura a cada uno de sus movimientos, tan pausados que se eternizaban, hasta que pareció increíble su perfección con la capa. Los espectadores, y Luis Miguel, supieron que la diferencia entre ambos en esa suerte había quedado aclarada.

Dominguín puso un buen par de *banderillas* y un tercero excelente, citando al animal y esperándolo hasta la última fracción de segundo, en que lo esquivó y se las clavó, para luego alejarse. Era un magnífico *banderillero*.

Dominó al toro con la *muleta*, y lo trabajó inteligentemente y bien con pases largos. Pero había perdido toda su magia. El *quite* que Antonio le había dado a su segundo toro, que no era un animal fácil, había hecho que algo desapareciera en su interior. Entró a matar por dos veces sin suerte, pero con decisión. Volvió a intentarlo, y la mitad del estoque se hundió en la ranura entre las paletillas. Luis Miguel, hábilmente, obligó al toro a que agachara la cabeza para olfatear el trapo extendido en la arena y lo *descabelló*. El público estaba entusiasmado con él y tuvo que dar una vuelta al ruedo, apretando los labios en una media sonrisa. Ese gesto íbamos a conocerlo muy bien aquel verano.

El primer toro de Antonio salió con brío. Ordóñez se le fue acercando más y más a cada pase, adaptándose a él y manejando la capa con su antiguo e inquietante ritmo.

Hizo que los *picadores* no le rebajasen la fuerza al animal y, al ir a poner *banderillas*, reanudó la misma faena que un mes antes había tenido que interrumpir en Aranjuez. Había regresado intacto a los ruedos. La herida no lo había disminuido en absoluto. Tan solo le había dado una lección, por lo que inició una *faena* con toda la pureza de su estilo, convirtiendo a la bestia en su cómplice y ayudándola, con cariño incluso, a que aproximara los cuernos tanto como fuese posible, pero sin dejar de controlarla. Al fin, cuando la res lo había dado todo de sí, Antonio la mató de una sola estocada por entre las astas. A mi juicio fue algo bajo, pero les pareció bien a los espectadores y al presidente. Cortó una oreja.

Bill y yo nos tranquilizamos. Antonio volvía igual que si nunca se hubiese ido. Eso era lo importante. El dolor y la conmoción no lo habían afectado en absoluto. Únicamente parecía algo cansado. Eso era todo.

La segunda res de Dominguín tenía las patas flojas. El diestro intentó lidiarla bien. Tras un buen comienzo, el animal perdió una pezuña. Luis Miguel pidió permiso para comprar el sustituto después del segundo toro de Ordóñez. Se retiró entonces junto con el maltrecho animal, y el último toro de Antonio salió al ruedo.

Este toro no tenía verdadero brío, le costaba arrancar y no se prestaba a *faenas* espectaculares. Requería que lo dominasen, cuadrarlo con la *muleta* y despacharlo pronto. En vez de esto, Antonio lo comenzó a trabajar para convertirlo en un verdadero toro de lidia. Le dio bellos pases con la capa,

anticipándose a sus defectos para corregirlos con su valor y sus conocimientos. Fue magnífico pero aterrador. Todos los *banderilleros* estaban nerviosos, y vi la cara pálida y contraída de Miguelillo.

Antonio creyó que con la *muleta* lo tenía a punto; pero, cuando lo citó desde muy lejos, el animal se desmandó a la mitad del pase y fue en busca del cuerpo que se ocultaba detrás de la tela roja. Antonio lo devolvió a su puesto y lo intentó de nuevo. Pero lo mismo hizo el toro. No era animal adecuado para la clase de trabajo que el matador quería realizar. Ahora este lo sabía y también que se había mostrado en exceso confiado. Por tanto le dio los pases necesarios para prepararlo a morir, lo cuadró y por entre los cuernos le hundió el acero hasta la empuñadura, aunque un poco antes del lugar más adecuado.

Luis Miguel se enfrentó al sustituto, un toro grande y pesado de Samuel Flores, y lo lidió con su buen estilo. Le colocó cuatro pares de *banderillas*, pero no de las caras como a la primera res sino de las buenas que hay en los almacenes Macy. Con la *muleta* se mostró inteligente, seguro y sereno. Luego realizó todos los trucos que encantan al público y los llevó a cabo muy bien. La primera vez que entró a matar lo hizo sin decisión. En la segunda, apuntó más alto y clavó media estocada sobre la aorta. Contempló cómo el toro se desangraba por una coronaria y entonces lo *descabelló*. Le dieron las dos orejas y el rabo.

Bill me comentó:

—A Luis Miguel le va a costar mucho dinero este verano si es que quiere tener la última palabra con Antonio a cuarenta mil pesetas cada vez.

Era cierto que Dominguín había vencido, en teoría, pero el sorteo de los toros es pura suerte, o debiera serlo, y en sus dos reses había destacado más Antonio. El sustituto, sin embargo, hizo que la ventaja fuese para Luis Miguel.

—Hoy ha sido aleccionador —comenté—. Luis Miguel es muy inteligente, pero lo desmoralizó el *quite* de Antonio a su segundo toro. No lo olvidará. Vas a verlo. Es lo mismo que Antonio le hizo a Aparicio en Madrid.

—Antonio siempre toreará después de Luis Miguel, recuérdalo —dijo Bill —. Es una terrible ventaja.

—Deberemos fijarnos en los sustitutos —aseguré—. Puede que haya muchos.

—No creo que dure tanto —indicó Bill.

—Ni yo tampoco —convine.

Me sentía agotado por el espectáculo, tanto por lo que había visto como por lo que había experimentado. No me gusta conducir después de una

corrida, pero al día siguiente había otra en Alicante, en la costa mediterránea, al otro una más en Barcelona a las seis en punto y la última en Burgos a las cinco. Han de comprobarse esas distancias en un mapa y saber el estado de las carreteras para comprender lo que significan tales desplazamientos. Aquel día habíamos viajado desde Madrid hasta Zaragoza y antes de Málaga a Madrid.

Una gran parte de la carretera de Teruel no se había reconstruido debidamente desde la guerra civil. Era estrecha, desigual y peligrosa de noche a cualquier velocidad pero también el camino más corto hacia el Mediterráneo. Viajamos a través de la oscuridad tan deprisa como permitía la prudencia, y puede que un poco más, y todos nos reunimos en el Parador Oficial, en la zona norte de Teruel. Era algo tarde, pero nos prepararon una buena comida de entremeses, filetes, verduras y ensaladas.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Antonio.

—Muy bien. La pierna no me molestó en absoluto. Solo hacia el final sentí cierto cansancio. ¿Y tú cómo estás?

—Siempre quedo agotado después de esa clase de corridas.

—Me cuesta bastante serenarme —me confió él—. Tomé un bocadillo de jamón y una cerveza. Pero a veces el estómago no lo admite. Esta comida es buena teniendo en cuenta la hora.

—¿Vas a poder dormir?

—Desde luego. Me tenderé en el asiento trasero y dormiré hasta Alicante. Prefiero viajar de noche y dormir de día. Si duermes de noche puedes despertarte asustado. Si despiertas de día te levantas feliz.

Se echó a reír y todos comenzamos a bromear. Por principio, nunca discutíamos acerca de la corrida durante las cenas. Nuestras bromas fueron a veces bastante duras y Charri, un vasco extremadamente grueso y muy buen bebedor, devoto de Antonio y que seguía todas sus corridas, interpretaba el papel shakespeareano del loco. Nos contó historias muy divertidas así como una serie interminable de chistes. Había muchas cosas y mucha gente de quien burlarnos, ya que aquellos que convierten el toreo en un culto no están muy cuerdos y los fanáticos de un *matador* son los más vulnerables.

Poco después de la medianoche partieron tres vehículos hacia Alicante, y Bill y yo indicamos que nos despertasen al amanecer. Nos lanzamos a la carretera a través de una fría neblina que cubría la ciudad y el cauce del río hasta que el sol naciente la quemó. Cruzamos por los mismos sitios en que había tenido lugar la batalla y no intenté explicarle a Bill las operaciones ni las incidencias del asedio, limitándome a señalarle algunos accidentes del terreno. De este modo podría comprender aquella campaña a través de algún

relato coherente. Las distancias, según es habitual, me parecían ahora menores y no había nieve ni un frío tan intenso. Pero vi muchas cosas que aún me asustaban por su absoluta desnudez.

Volver a aquella zona no me hizo recordar la batalla. Nunca la había olvidado. Pero sí me sirvió, como siempre, para purgarme de algunas cosas que en la tierra suceden y que antes tanto me habían importado, al darme cuenta de lo poco que influyeron en las secas colinas. Mientras nos dirigíamos hacia Segorbe, iba pensando en que una excavadora causa mayores destrozos en un monte que la muerte de toda una brigada y que esa brigada a la que se ordenó que defendiera aquel monte hasta que la aniquilaran puede enriquecer brevemente la tierra, añadiéndole valiosas sales minerales y cierta cantidad de metal, aunque no la suficiente para comerciarlo, y que, además, la fertilización que hayan producido desaparece de los lugares infecundos con las lluvias de primavera y con el deshielo.

Había otros sitios que deseaba ver, ya que pasaríamos por ellos; lugares que tenía la seguridad de recordar de forma incorrecta a causa de las prisas, de la inquietud o del desenfoque de visión que produce el encontrarse bajo el fuego enemigo, pero antes o después íbamos a llegar y podría corregir mis recuerdos. Otros deseaba mostrárselos a Bill a causa de lo increíbles que eran; mostrárselos igual que piezas de museo de lo imposible en la guerra. Pero también le había indicado las posiciones en la carretera sobre el pueblo de Guadarrama conforme nos dirigíamos a Ávila, y resultaban tan malas de defender que no me molestó que no me creyera. Cuando las vi, tampoco yo podía creerlo aunque mis recuerdos eran más precisos que cualquier fotografía.

Me alegré al llegar a Segorbe, una ciudad muy antigua, hermosa y sin alterar por la que había pasado muchas veces, pero en la que nunca pude detenerme. Bill había vivido allí con Annie y la conocía a fondo. Tomamos un buen desayuno de café, queso y fruta, y compramos unos bastones que los habitantes usan para ir al monte, hechos de una madera que solo había visto en África. También adquirimos cerezas, que guardé en la nevera portátil.

Descendimos de los montes hacia la vieja y gris ciudad ibérica de Sagunto, empinada y rodeada por altas murallas, con su variedad de edificios impuestos por los conquistadores romanos y moros y su hermoso barrio medieval. A distancia, Sagunto siempre parece a punto de deslizarse como las pizarras de un techo en mal estado y la parte alta de la población, desde dentro, da la impresión de estar sostenida por cactos. Me habría agradado quedarme, pasear de nuevo por sus calles y subir al castillo; pero había toros

en Alicante, de modo que seguimos hacia Valencia a través del denso tráfico dominical de coches, bicicletas y motos. Aquella tierra es una rica llanura que se extiende desde el mar hasta el pie de las montañas. Pasamos ante naranjales y limoneros de oscuro tronco y diversas tonalidades verdes y ante el plateado verdor de los olivares, entre los que se alzaban blancas casas flanqueadas por palmeras y filas de cipreses. Aquella zona es tan rica y está tan bien repartida que más semejaba ajardinada que cultivada. La carretera se veía llena de conductores domingueros y había accidentes de moto con un promedio de uno cada nueve o diez kilómetros.

Pasamos de largo por Valencia y tomamos la carretera de la costa que bordea la Albufera, teniendo a nuestra izquierda la playa salvaje y los bosques de pinos. El viento soplaba y el mar rompía violentamente sobre la arena. Botes de escaso aparejo surcaban la Albufera y los verdes arrozales se agitaban suavemente. Lejos, al otro lado de la laguna, se veían las blancas aldeas y los pardos montes. Había pescadores en las orillas y muchos de los motoristas transportaban sus cañas. Se mantenía el ritmo de accidentes. Este fue descendiendo conforme nos alejábamos de Valencia por la carretera de la costa hacia Alicante, para aumentar de nuevo al acercarse a esa ciudad.

El viaje por la carretera de la costa fue más espectacular y la costa más escarpada que al sur de Málaga, pero el denso tráfico dominical nos impidió ver cómo las olas rompían, deshaciéndose sobre las rocas, y resultó agradable entrar en la bella y próspera ciudad de Alicante. Había un excelente hotel nuevo, el Carlton, donde nos dieron una habitación fresca con un balcón amplio, pese a que estaban en fiestas y que nosotros advertimos que nos iríamos tras la corrida.

Antonio se sentía bien y se mostraba relajado y seguro. Durmió en el coche durante el viaje y al llegar al hotel se acostó hasta el mediodía. En aquel momento se hablaba de negocios. El empresario de Valencia le preguntaba a Ordóñez qué toros deseaba y nosotros decidimos marcharnos. Esperábamos a Ed Hotchner, que había viajado en avión de Nueva York a Madrid; había llegado demasiado tarde para lo de Zaragoza y acudía a nuestro encuentro, aunque ignorábamos si por tierra o por aire.

Bill y yo comimos con Domingo, el empresario de Valencia, que era amigo mío, y los dos de Alicante. Estuvieron preparando el programa de las ferias valencianas. Debía basarse en Antonio y Luis Miguel y una de las corridas sería un *mano a mano* entre ambos.

—Va a ser una feria extraordinaria —comentó Bill.

En aquel momento apareció Hotchner, pecoso e indomable, y le conseguimos algo para comer. Su trayecto en taxi había sido duro y casi todo le había salido mal, pero lo olvidó en el instante en que le dijimos que veríamos la corrida desde el *callejón*.

—¿Qué hago si el toro salta dentro, Papa? —quiso saber.

—Saltas al ruedo.

—¿Y qué hago si salta de nuevo al ruedo?

—Vuelves al callejón.

—Elemental —convino Hotchner—. No es problema.

Aquella tarde resultaron excelentes cuatro de los cinco toros de Juan Pedro Domecq. Antonio quedó satisfecho del par que le había tocado e inauguró su demostración de cómo debía lidiarse una res con su primera *verónica* y la cerró con la última estocada. Cortó las dos orejas y el rabo en el primer toro y una oreja en el cuarto. Cada uno de sus movimientos fue perfecto y clásico. Pero no resultaron fríos. De nuevo trataba suavemente a las reses y las dirigía, dominándolas con gracia y elegancia, y entraba a matar limpia y perfectamente. Resultó magnífico verlo tan cerca desde el *callejón* y oír cuanto les decía a los toros y a su cuadrilla mientras realizaba su incomparable faena.

Habíamos convenido en reunirnos después de la corrida en Pepica, el gran restaurante al aire libre del Grao de Valencia, al norte del puerto, sobre la arena. Debíamos viajar toda la noche hasta Barcelona y un tramo de la carretera, una vez en Cataluña, era realmente malo. La gerencia del hotel no nos permitió pagar por la habitación. Encontré a amigos de viejos amigos y un par de viejos amigos aún con vida cuando nos disponíamos a subir al coche. Nos habían visto en la plaza y querían despedirnos. Les dije que regresaríamos a Alicante camino de las *ferias* de Valencia el 23 del mes siguiente.

—¿Cómo es que decidiste volver a los toros, Ernesto? —me preguntó uno de ellos.

—Por Antonio —le respondí.

—Vale la pena —convino—. Por lo demás es un lío asqueroso.

—Lo estoy comprobando —repuse—. Lo sabré con certeza cuando haya concluido.

—Pues buena suerte —me despidió—. Quizá nos veamos en Valencia. ¿Cuántas veces toreará allí Antonio?

—Seguramente cinco.

—Te veré allí —contestó.

Viajamos con las últimas horas de luz y luego a través de la noche por la carretera por la que los domingueros regresaban a sus casas. Apenas encontramos motos y no vimos ningún accidente, por lo que supuse que habrían eliminado a los menos capaces. De todos modos, no son vehículos apropiados para la noche y se retiran pronto.

Bill quería conducir durante todo el trayecto sin que lo relevasen. Le agrada el tráfico y le divierten las bicicletas y los coches sin luces traseras. No le gustan los viajes fáciles y había leído un libro bastante tonto y confuso que trataba de toreros y de lo duro y a veces terrible que resulta ir de una corrida a otra. Conocíamos al autor, al que no dábamos importancia, y habíamos supuesto erróneamente que él en persona había recorrido aquellas monstruosas distancias. Bill, por su parte, opinaba con toda razón que si ese increíble personaje era capaz de realizar esos traslados nocturnos y sobrevivir para escribir libros, a él, que era un conductor infatigable, le iba a resultar fácil superarlo. Hotch, que presentía y saboreaba una especie de carrera, opinó que era estupendo que Bill quisiera permanecer al volante hasta la muerte. Luego escribiríamos un libro.

—¿No tienes sueño? —le pregunté a nuestro chófer—. Llevamos en pie, tanto en la carretera como en el *callejón*, desde las seis de la mañana.

—Nos sentamos para comer —me respondió.

—Eso es trampa —intervino Hotch—. Lo haremos comer de pie.

—¿Quieres que nos detengamos a tomar café? —sugerí.

—Me parece poco deportivo —terció Hotch—. Si Bill es un caballo no se lo puede drogar.

—¿Crees que le harán el test de la saliva en casa de Pepica?

—No sé si tienen las instalaciones necesarias —opinó Hotch—. No he estado nunca en casa de Pepica. Pero estoy seguro de que las tienen en una ciudad tan grande como Valencia.

—Pepica está en el puerto —intervino Bill muy serio.

—Anímate —dijo Hotch—. Te haremos la prueba en Barcelona.

La cena en casa de Pepica fue excelente. El restaurante era grande, limpio y al aire libre, y todo lo cocinaban a la vista del cliente. Se podía elegir lo que uno deseara, asado o a la plancha, y el pescado y los arroces eran los mejores de la playa. Estábamos de buen humor y hambrientos y comimos bien. Pepica es un negocio familiar y todo el mundo se conocía. Se oía romper las olas y las luces relucían en la arena húmeda. Bebimos *sangría* servida en jarras grandes, y como aperitivo salchichas, atún fresco, langostinos y tentáculos de

pulpo fritos que sabían a langosta. Luego unos pidieron filetes y otros pollo asado con paella. Para los cánones valencianos fue una comida muy moderada, y la propietaria del local temía que nos hubiéramos quedado con hambre. Nadie habló de la corrida. Había 382 kilómetros hasta Barcelona, y al salir del restaurante le indiqué a Antonio que seguramente nos detendríamos a dormir en el camino y lo iríamos a ver al hotel.

Una vez en el coche, Bill estaba totalmente despierto y a punto para el viaje. La cena lo había animado en lugar de amodorrarlo. Sugerí que nos detuviésemos en Benicarló, a unos 130 kilómetros por la costa. Bill repuso que, de entrarle sueño, apartaría el coche a un lado de la carretera y que se detendría en la mencionada población si lo deseábamos, pero que no era necesario. Me dormí enseguida y al despertarme habíamos ya pasado Benicarló y nos acercábamos a Vinaroz. Faltaba una media hora para el amanecer, por lo que nos detuvimos en una taberna de camioneros abierta toda la noche, donde comimos bocadillos de queso, añadiendo en el mío cebolla picada, bebimos café y probamos el vino local con algunos de los noctámbulos que continuaban la borrachera del domingo. Detrás de la barra se veía la oreja de un toro, cortada por algún novillero, y los cuernos del animal, de buen tamaño y sin afeitar. El aire marino me despertó el apetito y quise ver la zona que había contemplado por última vez cuando los nacionales llegaron al mar y estuvieron a punto de coparnos. Por tanto, esperamos a que hubiese más luz y cruzamos el Ebro por Amposta antes de que saliera el sol.

El día se presentaba feo, con viento y niebla que venían del mar. La carretera era muy mala y el paisaje triste en aquel gris amanecer. El Ebro, que en su momento había significado para nosotros tanto como el Marne o el Aisne, resultaba ahora igualmente antihistórico. Sus aguas eran pardas y de fuerte corriente.

El día, para mí, había tenido mal comienzo, pero intenté no contagiarlo a los demás y pronto llegamos al grande y acogedor hotel de Barcelona a tiempo de dormir lo mismo que si fuésemos toreros y pudiéramos hacerlo con luz de día.

Capítulo 8

Tras la ventana, una tormenta sacudía las ramas de los plátanos y llovía ininterrumpidamente. Daba la impresión de que iba a suspenderse la corrida. Sin embargo, las entradas se habían vendido con mucha anticipación y me constaba que la celebrarían a menos que en la hora fijada la arena estuviera demasiado húmeda. Bill no quiso acostarse y salió a comprar los periódicos. Yo intenté dormir, pero no pude. No me importó, ya que lo había hecho durante el viaje. Me preocupaba Bill y su propósito de conducir a todas horas. Busqué a Miguelillo, el mozo de estoque, que me dijo que Antonio dormía profundamente.

Cuando lo vi, Ordóñez se mostraba disgustado a causa del tiempo, pero ansioso por comenzar la lidia. Deseaba tener una segunda oportunidad con Luis Miguel. Me aseguró que en Alicante la pierna no le había molestado lo más mínimo.

—¡Qué bien lo pasamos y qué bien comimos en casa de Pepica! —exclamó—. ¿Verdad, Bill?

—Verdad —respondió este.

—¿Qué tal lo aguanta Bill?

—Mi Bill es un caballo —dije.

Fue una gran corrida en un día pésimo y tanto Ordóñez como Luis Miguel estuvieron magníficos. Antonio Bienvenida, que era el *matador* más antiguo, se esforzó en realizar un buen trabajo con la capa y en exhibir su sonrisa triste que siempre parecía constar de dos movimientos: apretar los dientes y luego apartar los labios para mostrárnoslos. Sus toros, de Sepúlveda de Yeltes, resultaron difíciles y todo lo que él consiguió fue que lo pareciesen aún más.

A Luis Miguel le habían tocado las dos mejores reses del lote y estuvo soberbio con ambas. Sabía que no podía competir con Antonio en las *verónicas*, pero lo intentó y lo hizo mejor de lo que nunca le había visto. Estuvo perfecto cuando se colocó detrás de la capa y dio los airosos pases

mexicanos de Gaona. Clavó tres pares de *banderillas* en cada toro con su mejor estilo y su trabajo con la *muleta* fue hábil, valiente y bello y lo bastante ceñido para dar la sensación de una inminente tragedia a la vez que de una enorme seguridad. Mató uno de los animales bastante bien y el otro a la perfección y cortó dos orejas y el rabo. El público estaba entusiasmado con él y él merecía la ovación.

Antonio conquistó a los espectadores al demostrar su maestría con la capa en un *quite* a la primera res de Bienvenida. El toro no aceptaba los pases a menos que lo obligaran. Ordóñez consiguió que pareciera no tener un solo defecto.

Cuando Antonio lidiaba su primer animal, el tercero de la tarde, comenzó a llover inesperada e intensamente. La bestia estuvo bien al principio y el diestro se ajustó a ella con precisión; siempre cerca, manejando la empapada capa lentamente, con delicadeza y buen cálculo, de modo que se adelantara a los movimientos del toro, mientras la arena se iba encharcando. La res no era briosa, y su valor y deseos de atacar se apagaron bajo el chaparrón. Antonio la animó con la *muleta* y la dominó por completo. Pero en realidad no servía más que para algunos buenos pases con la derecha y Antonio, al darse cuenta de que la lluvia lo había privado del toro, lo cuadró para matarlo enseguida.

El aguacero concluyó en el cuarto animal. En el último de la tarde, el público se hallaba aún excitado por el triunfo de Dominguín. Se advertía en las conversaciones que, cual un rumor continuo, se mantienen hasta que, al abrirse las puertas, sale el siguiente toro.

Observé el animal. Luego miré a Antonio, que a su vez lo examinaba y hacía sus cálculos. Su hermano Juan agitó la punta de la capa ante la res, que la siguió al instante. A mí no me gustó el bicho. Tuve esa impresión aunque ignoraba el motivo. Antonio lo había medido nada más verlo y sabía a lo que se iba a enfrentar. Pero fue a su encuentro y al provocarlo lo obligó a que embistiera, para luego, ganando terreno cada vez, medir su velocidad con la capa, animándolo en sus dudas y controlándolas conforme atraía los pitones más y más cerca, hasta que lo tuvo en el lugar que le convenía. Entonces lo dejó solo y se alejó.

Al embestir la res a los *picadores* quedaron al descubierto todos sus defectos. Luis Miguel había conseguido dos buenos toros y había estado soberbio. Antonio los había conseguido aún mejores el día anterior y había estado magnífico. Ambos podían mostrarse grandes con buenos animales. Debido a su clase, eso nada significaba. Pero Ordóñez ahora tenía un toro que dudaba en atacar, al que debía lidiarse en un terreno que resultaba

extraordinariamente peligroso y al que era preciso que dominase con los movimientos del trapo de modo que nunca se apartase de él para ir en busca del hombre.

Antonio fue al encuentro de la res y la aceptó en sus propios términos. Si debía trabajar en un lugar que resultaba mortalmente peligroso, trabajaría allí; pero con conciencia de ello y no a causa de la ignorancia. Si debía entrar en el terreno del toro y dominarlo con lentos movimientos de la *muleta* de modo que los ojos del animal no pudieran apartarse de ella ni ella salir de su ángulo de visión porque el hombre quisiera reducir el momento de auténtico peligro, eso era exactamente lo que iba a hacer. Si solo podía superar a Luis Miguel por medio de una pureza de estilo digna de Bach, siempre bien medido, sin otra ayuda que aquel pobre instrumento, iba a esforzarse en lograrlo. Que lo matasen no parecía importarle en absoluto.

Por tanto, lo llevó a cabo, moldeando al toro, instruyéndolo y al fin obligándolo a que el juego le agradara y cooperase. En las gradas se alzó un murmullo que se convirtió en griterío a cada pase increíble y bello. Luego Antonio lidió al son de la música, tan puro como las matemáticas y tan cálido, emocionante y apasionado como el amor. Me constaba que quería a los toros y que los comprendía lo mismo que un científico. Fue una *faena* casi imposible con el toro que le había tocado, y yo había visto los centenares de variaciones que suelen hacer los *matadores* para desembarazarse con más o menos dignidad de un animal como aquel. Ordóñez tenía que superar a Dominguín y aquella era la res que le habían dado para lograrlo. En consecuencia, lo logró. Al fin mató al bicho, entrando a la perfección y pinchando por dos veces en hueso. Le dieron una oreja aunque el público pedía que fueran ambas. Pero había pinchado dos veces en hueso.

A los dos matadores los sacaron en hombros y así acabó la faena de Barcelona.

En el hotel, Antonio me sonrió feliz mientras reposaba en el lecho bajo la sábana, más cansado por haber sido llevado en hombros que a causa de la corrida.

—¿*Contento*, *Ernesto?* —indagó.

—*Muy contento*.

—Yo también —repuso—. ¿Te diste cuenta de cómo quedó él? ¿Lo pudiste apreciar bien?

—Creo que sí —dije.

—Comeremos en Fraga.

—Bien.

—Ten cuidado en la carretera.

—Nos veremos en Fraga —me despedí.

Dominguín se hospedaba en otro hotel y había tal multitud ante el nuestro que no pude ir a felicitarlo. La gente obstruía las puertas de ambos establecimientos y por primera vez recordaba las mejores épocas del toreo.

Al fin salimos de la ciudad frente al denso tráfico de quienes regresaban después de pasar en el campo la doble festividad del domingo y de San Pedro, y condujimos al resplandor de las luces que venían en dirección opuesta por la oscura y húmeda carretera que cruza Cataluña hacia Aragón. La cuadrilla nos alcanzó en Fraga, una ciudad antigua que parece colgada sobre el río igual que si fuese una población tibetana, y tan bella que el solo hecho de visitarla habría justificado el viaje. Sin embargo, lo único que pudimos ver fue una calle bajo la lluvia y un mostrador de zinc donde paraban los camioneros. El comedor, en el primer piso, estaba cerrado y la bebida no era muy buena. En el coche teníamos una botella de buen whisky gibraltareño y lo bebimos mezclado con agua mineral para defendernos de aquel frío tan húmedo. Bebimos dos vasos por cabeza mientras nos buscaban buenos filetes, freían unos huevos y nos servían sopa.

Antonio se sentía feliz aunque cansado. Le desagradaba que lo llevaran en hombros y, además, al hacerlo le habían abierto la herida. Comimos deprisa y muy alegres. Parecíamos un equipo que hubiera ganado un partido importante y que debiese jugar al día siguiente. Comentamos cuál sería el mejor lugar para pasar la noche y todo el mundo convino en que era Bujaraloz.

—¿Quieres que te cure la herida? —le pregunté a Antonio.

—No. Es poca cosa. Miguelillo me la ha vendado bien. Mañana puedes examinarla.

—Procura dormir.

—Lo haré. Desde aquí la carretera es buena. ¿Cómo estás?

—Formidable. *Muy contento*.

Sonrió.

—Haz que Bill duerma —dijo—. Aunque sea un caballo debes cuidarlo.

—Acabamos de darle el pienso.

—Haz que duerma —insistió—. Y duerme tú también. Os veré en Burgos.

Cuando abandonamos Zaragoza para salir a la llanura y enfilamos la carretera a buena velocidad, con el Ebro y sus blancas y peladas colinas a nuestra derecha y, más allá, los primeros montes de Navarra, el cielo comenzó a despejarse aunque los picos de la cordillera Ibérica, a nuestra izquierda, seguían envueltos en niebla.

Después de Logroño, una vez bordeada Navarra y cruzado un extremo de los viñedos de La Rioja, subimos por la sierra de la Demanda entre brezo salvaje y raquíticas encinas y desde el punto más alto contemplamos la meseta de Castilla la Vieja y a lo lejos el camino sombreado de álamos que conduce a Burgos.

Siempre sorprende entrar en Burgos. Podría ser cualquier otra ciudad al verla en la hondonada entre montes hasta que uno distingue el gris de las torres de la catedral y, de súbito, llega a ella. Habíamos ido a ver toros, por lo que contuve la impresión que me causaron sus piedras y su historia y, mientras Bill intentaba aparcar el coche en las atestadas calles de un día de *feria*, fui en busca de la cuadrilla.

Encontré a Joni, Ferrer y Juan a la puerta del hotel. Los dos últimos regresaban del *sorteo*. Comentaron que los toros tenían buen aspecto. A su juicio habían conseguido el mejor par. Todos parecían contentos aunque cansados. La cuadrilla había realizado un largo viaje desde Barcelona, pero la moral se mantenía bien alta. Los habían contratado para mostrarse duros y aquellos cuatro días no eran más que un entrenamiento para lo que les esperaba en agosto y septiembre. Antonio se encontraba en excelente forma. Había dormido en el coche y en el hotel.

La corrida fue buena aunque los toros de Cobaleda resultaron difíciles y peligrosos. Uno de los que le tocaron a Antonio únicamente podía lidiarse con la derecha. El cuerno izquierdo no cesaba de buscar al *matador*. Por tanto, Antonio lo toreó hábilmente con la diestra y lo mató bien. Su segundo toro era asimismo difícil, pero supo corregirlo igual que al de Barcelona el día antes. Estuvo a su altura acostumbrada, realizó una *faena* clásica y mató de manera excelente, clavando la espada muy alta. Le dieron ambas orejas. Su trabajo no pudo ser mejor y no permitió que se advirtiese lo difícil que era la res.

Tras la corrida nos dirigimos a Madrid y llegamos justo a tiempo de cenar en el Callejón. Bill se mantuvo al volante sin permitir que lo relevásemos. Intentamos contar el número de cordilleras que habíamos cruzado y los kilómetros cubiertos, pero a poco desistimos. En realidad no importaba. Ya estaba hecho.

La tarde del 2 de julio, Annie y Mary llegaron desde Málaga, habiendo realizado el viaje de un tirón para demostrarnos que también ellas eran capaces. Permanecimos dos días en el seno de la civilización y de la vida familiar antes de partir hacia Pamplona, vía Burgos. Ahí se hizo un alto para

ver una *corrida* de miuras. Fueron los mejores toros de la temporada y uno de ellos el más noble y completo que había visto en muchos años. Hizo cuanto estaba a su alcance menos ayudar al *puntillero* después de que lo derribaron. Dormimos en Vitoria y seguimos hacia Pamplona para asistir a la *feria* de San Fermín.

Capítulo 9

Pamplona no es un lugar adecuado para que uno vaya con su esposa. Hay muchas probabilidades de que caiga enferma, reciba una herida o, por lo menos, le den empellones, la empapen de vino e incluso de que se pierda; puede que todo a la vez. Si alguien podía ir a esa ciudad sin ningún peligro eran Carmen y Antonio, pero este no quiso que ella lo acompañase. Es una *fiesta* de hombres y las mujeres crean complicaciones, sin que se lo propongan, desde luego, pero al fin y al cabo complicaciones. Hace un tiempo escribí un libro que trataba de eso mismo. Claro que si la esposa habla castellano, por lo que comprenderá que le gastan bromas y no la insultan, si es capaz de beber vino durante todo el día y toda la noche, si acepta bailar con los desconocidos que la inviten, si no le importa que la mojen, si le encantan el escándalo continuo y la música, si se entusiasma con los petardos, especialmente aquellos que le caen a los pies o le queman la ropa, si considera razonable que a uno puedan matarlo los toros por puro gusto, si no se constipa cuando cae la lluvia, le gusta que haya mucho polvo, así como el desorden y las comidas a deshora y no necesita dormir y a pesar de todo se presenta limpia y bien arreglada sin necesidad de agua corriente, entonces puede ir. Con toda seguridad uno va a perderla ante un hombre mejor.

Pamplona estaba tan ruidosa como de costumbre, repleta de personajes raros pero, asimismo, con lo mejor que hay en la región. Durante una semana dormimos un promedio de tres horas cada noche al latir de los tambores de guerra de Navarra, acompañados de viejas melodías al son de las que saltaban y brincaban los danzarines. Describí Pamplona una vez y para siempre. La reflejo allí tal como siempre ha sido, excepto que se le han agregado unos cuarenta mil turistas. No llegaba ni a veinte la primera vez que la visité hace casi cuatro décadas. En la actualidad aseguran que algunos días llegan a cien mil.

Antonio debía torear el 5 en Toulouse, pero se presentó en Pamplona el 7 a tiempo para el primer *encierro*. Deseaba actuar en esta ciudad, mas había habido una confusión en los contratos cuando cambió de apoderado a principios de temporada y acudió con los hermanos de Dominguín. Le encantaba la *fiesta* y quería que la celebráramos juntos, lo que desde luego hicimos durante cinco días y cinco noches. Después Ordóñez se fue al Puerto de Santa María para lidiar toros de Benítez Cubero el día 12 con Luis Miguel y Mondeño. Fue la única ocasión durante todo el año en que Luis Miguel lo superó en la plaza. Más tarde se lo pregunté a Antonio. Me dijo que Dominguín había obtenido mejores toros y que él no se encontraba en la misma forma que el resto de la temporada.

—Quizá no nos entrenamos en Pamplona —opiné.

—Quizá no lo hicimos debidamente —convino.

En realidad no habíamos ido a aquella población para entrenarnos ni estaba en el programa que un toro de Pablo Romero lo hiriese en la pantorrilla a primera hora de la mañana mientras corría en un *encierro*, herida a la que no hizo caso una vez que la vendaron y le dieron la antitetánica. Estuvo bailando toda la noche para que no se endureciese y a la mañana siguiente volvió a correr ante las reses para demostrar a sus amigos pamplonicas que no se negaba a actuar en la plaza porque le disgustasen los toros. No prestó atención a la cornada ni quiso acudir al médico de la plaza, para que nadie imaginara que le daba importancia y, además, para no preocupar a Carmen. Cuando algo más tarde advertí que supuraba un poco, hice que la limpiase George Saviers, un médico de Sun Valley amigo nuestro, y la atendiera debidamente hasta que Antonio se fue a torear al Puerto de Santa María con la herida aún abierta.

Según me enteré por algunos conocidos, Luis Miguel tuvo dos reses perfectas y las lidió bellamente, realizando toda clase de trucos, incluido el besarle la cara a una de ellas. A Antonio, por el contrario, le tocaron dos animales que no valían nada y, además, el segundo muy peligroso. Le falló la suerte al matar el primero, pero al segundo, que era pésimo, consiguió lidiarlo muy bien y estoquearlo a la perfección, por lo que le dieron una oreja. No obstante, la tarde fue para Luis Miguel.

Yo me quedé en Pamplona porque por entonces Mary se había roto un dedo del pie al resbalar en una piedra mientras nos bañábamos en el Irati, y ello le causaba mucho dolor. Debía apoyarse en un bastón y andaba con dificultad y sufriendo mucho. La *fiesta* quizá había resultado algo movida. La primera noche Antonio y yo habíamos visto un elegante coche francés en el que viajaba una hermosa muchacha acompañada por un francés, según

descubrimos al saltar Ordóñez sobre el capó para detenerlo. Pepe Dominguín venía con nosotros y cuando los ocupantes del vehículo se apearon informamos al francés de que él podía seguir, pero que reteníamos prisionera a la muchacha. También nos quedábamos con el coche pues andábamos mal de transporte. El francés era muy afable. Resultó que la muchacha era norteamericana y que él se limitaba a conducirla a su alojamiento, donde la esperaba una amiga. Dijimos que nos ocuparíamos de todo y *Vive la France et les pommes de terre frites*.

Bill, que conoce cada calle de Pamplona, encontró a la amiga de la muchacha, que era aún más bonita si cabe, y todos juntos nos dirigimos en plena noche por las enlosadas y estrechas calles del barrio viejo hacia un lugar al que Antonio deseaba que fuésemos a cantar y bailar. Al fin dimos libertad condicional a las cautivas, que por la mañana se presentaron elegantes y encantadoras en el bar Choko cuando los primeros tambores y los primeros danzarines se encaminaban a la plaza y continuaron como buenas, leales y bellas prisioneras a través de las *fiestas* de Valencia a finales de mes.

Aparecer de improviso con un par de cautivas a veces se recibe mal en los círculos maritales, pero aquellas eran tan bonitas, tan buenas, alegres y bien dispuestas, que ninguna esposa dejó de aprobarlas y que incluso Carmen nos creyó al conocerlas cuando celebramos conjuntamente su cumpleaños y el mío en La Cónsula el 21 de julio.

Mientras, habíamos hallado un medio de evitar el agotamiento de la *fiesta* y de huir del escándalo que estaba erosionando los nervios de varios de los más valiosos miembros de nuestro grupo. Partíamos por la mañana siguiendo el río Irati hasta más arriba de Aoiz para descansar y nadar, y luego volver a tiempo de la corrida. Cada día íbamos más lejos por las riberas de aquella bella corriente repleta de truchas hacia sus bosques vírgenes, que no han cambiado desde la época de los druidas. Temí que los hubiesen talado, pero seguían siendo las últimas selvas medievales con sus grandes hayas y su milenaria alfombra de musgo en la que tenderse resultaba más agradable que en ningún otro sitio. Y cada día íbamos más y más lejos y regresábamos más tarde hasta que, por fin, ya no acudimos a la última corrida, una *novillada*, y alcanzamos un lugar del que no daré detalles porque quiero volver allí sin encontrarme con cincuenta coches o *jeeps* que también lo han descubierto. Por el camino que cruza el bosque se podía llegar a todos los lugares a los que debía irse a pie o en mulo cuando escribí *Fiesta*, aunque aún era preciso escalar desde el Irati hasta Roncesvalles.

Al darme cuenta de que no habían alterado el paisaje y que podía compartirlo con quienes me acompañaban, me sentí más feliz que nunca y ya no me importaban ni las aglomeraciones ni la modernización de Pamplona. En la ciudad teníamos refugios secretos como Casa Marcelino, donde íbamos por la mañana a comer y cantar después del *encierro*; Casa Marcelino, donde la madera de las mesas y de la escalera aparecía tan pulida como la cubierta de teca de un yate, si bien honorablemente manchada de vino. El vino era tan bueno como cuando uno tiene veintiún años, y la comida excelente según la costumbre. Se oían las mismas antiguas canciones y algunas nuevas al batir de los tambores y al son de las flautas. Los rostros que un día habían sido jóvenes eran ya tan viejos como el mío, pero todos recordábamos cómo habíamos sido. Los ojos no habían cambiado y nadie estaba gordo. Las bocas no tenían rictus de amargura, por muchas cosas que los ojos hubieran visto. Los rictus de amargura junto a la boca son signos de derrota. Nadie se sentía vencido.

Nuestra vida pública se desarrollaba en el bar Choko bajo las arcadas, junto al hotel que años atrás poseía Juanito Quintana. Fue en ese local donde un joven periodista norteamericano me hizo saber que le habría gustado visitar Pamplona con nosotros treinta años antes, «cuando usted viajaba por el país y conocía a la gente, cuando de veras conocía a los españoles, se preocupaba por ellos, por su tierra y por la literatura en lugar de perder el tiempo sentado en un bar esperando a que lo adulen, gastando bromas a sus admiradores y firmando autógrafos». Aún decía muchas cosas más en la carta que me envió al reprenderlo yo porque no había ido a recoger unas entradas que había adquirido para él a un amigo desollador que trabajaba en las *ferias*. Tenía poco más de veinte años y a principio de la década de los veinte habría sido tan chapado a la antigua como lo era a finales de la de los cincuenta. Ignoraba que todo está al alcance de la mano, y en su apuesto y joven rostro se veían ya líneas de amargura junto al labio superior mientras intentaba hacerme cambiar de actitud. Todo estaba allí y a él lo invitaron a que participase; pero no se dio cuenta.

—¿Por qué pierdes el tiempo con ese fantasmón? —me preguntó Hotch.

—No es un fantasmón —advertí—. Es un futuro director del *Reader's Digest*.

Lo pasamos bien en Pamplona y luego Antonio toreó por dos veces en Mont de Marsan, en Francia, donde estuvo magnífico, pero a las reses les habían

afeitado los cuernos de modo que ni siquiera quiso comentar esas corridas. Después de la última fue en avión a Málaga para asistir a la fiesta de cumpleaños que Mary nos había organizado a Carmen y a mí. Fue una gran fiesta y quizá no habría advertido que yo tenía ya sesenta años si mi esposa no lo hubiera destacado tanto y de un modo tan agradable. Pero la fiesta me convenció.

Nos habíamos ido alegrando, en el mejor sentido de la palabra, desde que comenzamos los entrenamientos, cuando Antonio abandonó su bastón tras la cornada de Aranjuez. Con frecuencia hablábamos de la muerte, pero sin morbosidad, y yo expuse mis opiniones, que muy poco valen, puesto que de ella nadie sabe nada. En ocasiones suelo mostrarme bastante irrespetuoso e incluso se lo he contagiado a otros, pero entonces no lo intenté. Antonio se arriesgaba por lo menos dos veces al día, en ocasiones durante toda la semana, recorriendo largas distancias para hacerlo. A diario provocaba deliberadamente el peligro y, a causa de su estilo en el toreo, lo prolongaba más allá de los límites que normalmente se pueden soportar. Solo podía hacerlo porque tenía nervios perfectos y no se preocupaba nunca. Pues su manera de lidiar, sin trucos, se basaba en advertir el peligro y controlarlo adaptándose a la rapidez o lentitud del toro, y en el modo como dominaba al animal por medio de las muñecas, que a su vez dirigía con los músculos, los nervios, los reflejos, los ojos, sus conocimientos, su instinto y su valor.

De no responderle los reflejos, no podría lidiar como lo estaba haciendo. Si el valor le fallaba, incluso una fracción de segundo, se quebraría la magia y a él iban a cornearlo. Además, debía luchar con el viento, que en cualquier momento podía dejarlo expuesto ante el toro y hacer que este lo matase.

Todo esto Antonio lo sabía con fría certeza, y nuestra gran preocupación era reducir al mínimo el tiempo que tenía para pensarlo mientras se preparaba para salir al ruedo. Esta era la cita de Ordóñez con la muerte a la que debíamos someternos a diario. Cualquier hombre puede enfrentarse a la muerte, pero verse obligado a atraerla tan cerca como sea posible mientras se realizan ciertos movimientos clásicos, que han de repetirse una y otra vez, para luego provocársela con un simple estoque a un animal que pesa media tonelada y al que uno quiere, representa algo más que enfrentarse a la muerte. Es enfrentarse a la propia actuación como artista creador y a la necesidad de comportarse como un *matador* hábil. Antonio debía matar rápida y compasivamente, pero, no obstante, darle al toro una oportunidad de alcanzarlo cuando se inclinaba entre los cuernos por lo menos dos veces al día.

En el toreo todo el mundo se ayuda en el ruedo. Pese a tantas rivalidades y odios no hay una hermandad más unida. Solo un torero sabe los riesgos que se corren y lo que el toro puede hacer con sus pitones al cuerpo y a la mente. Quienes carecen de verdadera vocación deben dormir con la res cada noche. Pero nadie puede ayudar a un torero antes de la corrida; por tanto, nosotros intentábamos reducir los momentos de ansiedad. Prefiero la palabra angustia, angustia controlada, a la de ansiedad.

Antonio siempre rezaba en su habitación en el último instante cuando ya se habían marchado los amigos y los admiradores. Si quedaba tiempo, casi todo el mundo se dirigía a la capilla de la plaza para recitar una oración antes del *paseo*. Antonio sabía que yo rezaba por él y nunca por mí mismo. No era yo quien salía a torear y había dejado de rezar por mí durante la guerra civil española, pues, al ver las cosas horribles que les estaban ocurriendo a otras personas, consideré que hacerlo por uno mismo era egoísta y egotista. En el caso de que mis oraciones resultaran inútiles, como muy bien podía ser, y para asegurarme de que alguien competente lo hacía, me suscribí a la Asociación de Fondos para el Seminario Jesuita de Nueva York en nombre de Carmen y de Antonio. Había todo un curso que, al ordenarse, rezaría por ellos a diario.

Así que reducíamos al mínimo el tiempo en que se puede reflexionar acerca de tantos peligros y nos mostrábamos muy alegres durante el espacio que hay entre una corrida y el instante de prepararse para la siguiente. En Pamplona estuvimos muy alegres, y en la fiesta en La Cónsula aún más. Mary hizo que montasen en el jardín una barraca de tiro al blanco que alquiló a unos feriantes. Antonio se había impresionado mucho en 1956 cuando Mario, el chófer italiano, sostenía cigarrillos en la mano en medio de un vendaval para que yo los apagase con un rifle del 22. En la fiesta, Antonio los mantenía en la boca para que les quitase la ceniza. Lo hicimos siete veces con los rifles de aire comprimido de la barraca y al final él les daba fuertes chupadas para ver hasta dónde conseguíamos llegar.

De pronto, me dijo:

—Ernesto, ya no podemos seguir. El último balín casi me ha rozado los labios.

Lo dejé cuando aún estaba a tiempo y no quise probarlo con George Saviers porque era el único médico del grupo y la fiesta estaba muy animada. Duró mucho. Tres días más tarde viajamos por la costa y llegamos a Valencia para ver la primera corrida de la *feria*.

Capítulo 10

En Valencia hacía mucho calor y los hoteles se hallaban atestados. En el Royal no pudieron proporcionarnos habitaciones, pese a que en Alicante nos habían confirmado nuestras reservas, por lo que nos fuimos alojando en el viejo y magnífico Victoria, con su frescor y su penumbra, tan pronto como había cuartos disponibles. Hicimos del bar del Royal, que tenía aire acondicionado, nuestro centro de reunión. Como el calor molestaba bastante a las chicas, les indicamos que cruzaran la ciudad por las calles más estrechas y aprovechando la sombra de los edificios.

La primera *corrida* fue un desastre disimulado. Las reses de Pablo Romero, de buena estampa y grandes como siempre, tenían patas débiles o se agotaban al poco rato. Antonio Bienvenida nada pudo hacer con su primer toro, que era trotón y se limitaba a defenderse. Bienvenida, a su vez, adoptó la misma actitud y ambos se defendieron uno del otro hasta que el diestro mató defensivamente y sacaron de allí al animal. Confié en que el general Buck Lanham, que se había desplazado exclusivamente para acudir a mi fiesta de cumpleaños y a la *feria*, no creyese que aquello era toreo. Su rostro se mantenía inexpresivo.

El primer toro de Luis Miguel salió rápido, valiente y brioso y Luis Miguel exhibió todo su repertorio, desde una *larga cambiada* a tres pares de *banderillas* junto a la barrera. Dos de estas las puso impecablemente, y vi que Buck se iba animando. Las *banderillas* es lo que el espectador puede apreciar más fácilmente, aunque quizá no las evalúe, y Dominguín las ponía lo mismo que si lo explicase paso a paso, y se podía ver cómo sus pies daban cada uno de ellos. Con la *muleta*, la res comenzó a asfixiarse a causa del calor y de su obesidad y tras algunos excelentes pases se le acabó el aliento y se mantuvo en una torpe defensiva. Luis Miguel la despachó con una buena media estocada.

Jaime Ostos se mostró muy valiente con el tercer toro, que era de una gran estupidez y carecía de temperamento, pero que tenía la suficiente tendencia a embestir con el cuerno derecho para hacerlo peligroso por ese lado. Jaime obtuvo de él cuanto era posible con la mano izquierda, pero sin suerte en dos estocadas. Al fin lo mató bien.

A Luis Miguel le tocó un segundo toro realmente bueno e hizo con él cuanto le habíamos visto hacer en Algeciras, que fue su mejor actuación. Creo que con esa res alcanzó su punto más alto en la *feria*. Sería imposible que se superase dentro de su peculiar estilo. El toro perdió media pezuña cuando se iniciaba el trabajo con la *muleta*, pero, sorprendentemente, no cojeaba, y Luis Miguel lo guió con cinco series de largos pases, cada uno de los cuales provocó entusiásticas respuestas del público. Al son de la música realizó una nueva serie tan llena de emoción como la primera. Hizo todos los artificios posibles y al final mató limpiamente, con estocada alta, de bella manera y sin trucos.

Había hecho todo lo que era capaz de hacer, y de un modo perfecto, y su triunfo fue total y absoluto. Dio dos vueltas al ruedo con la sonrisa de labios apretados que cada vez se hacía más triste. No se mostraba arrogante, sino que parecía estar pensando en otra cosa mientras blandía las dos orejas y la cuadrilla lo iba siguiendo para devolver bolsos de mujer, zapatos, flores, botas de vino y sombreros de paja. Pero conservaron los cigarros. En el tendido de sol había un gran espacio vacío que los huertanos con boina y blusa negra no habían llenado, y me pregunté si no sería eso en lo que pensaba Dominguín cuando pasó ante nosotros con su triste expresión o bien en qué más podría hacer el día en que Antonio y él toreasen juntos y debiera arriesgarlo todo de una vez.

El segundo día, con Antonio Ordóñez, Curro Girón y Jaime Ostos, aún había mayor número de lugares vacíos en el tendido de sol y únicamente se vendió poco más de media entrada. Hacía tanto calor como la víspera y soplaba un fuerte viento procedente de África. A Antonio no le preocupó que la plaza estuviera medio llena una vez que pisó la arena. Lo borró de su mente al comprobarlo. Desde que había comenzado a torear, siempre eran otras personas las que ganaban el dinero, por lo que aquello no constituía una tragedia aunque necesitase ese dinero con urgencia y le constara lo difícil que resultaba ganarlo en su oficio, lo difícil que era conservarlo y lo mucho que a Carmen y a él les hacía falta para los sencillos y dignos proyectos que habían forjado.

En aquella corrida tan solo hubo dos buenos toros. El primero de Antonio no valía nada. Estábamos detrás de la barrera cuando salió el segundo. Era excelente, rápido, de grandes cuernos, en magníficas condiciones; respondió bien cuando Juan agitó el trapo por un lado y lo mismo cuando Ferrer lo hizo desde el otro. Antonio salió con la capa y le dijo a Ferrer:

—Fuera.

Quería estar a solas con la res, a la que citó, y, cuando esta acudió a la carga, Antonio se ciñó a ella para llevar a cabo los largos, lentos e interminables pases que pueden equipararse a una delicada música que solo oyen el diestro y el toro. Con la capa, Ordóñez siempre me oprimía el corazón desde que lo había visto, seis años antes en Pamplona, y ahora se mostraba mejor que nunca. Ordóñez había estudiado a Luis Miguel el día anterior, y en esos momentos mostraba al público, a sí mismo, a nosotros y a la historia a quién debía superar Dominguín para que lo considerasen el vencedor.

Cambió a *banderillas* después de una sola vara para mantener al toro intacto y observó con atención cómo Joni y Ferrer las clavaban. Luego empuñó el estoque y se dispuso a matar al toro.

Lo dominó enseguida y le hizo bajar la cabeza con cuatro pases de rodillas para luego realizar de pie la más elegante, más completa y más clásica *faena* que hasta entonces le había visto hacer. Tenía toda la belleza que siempre acompañaba a sus movimientos, pero, además, la del agua cuando se ondula sobre una roca o en una cascada. Eran de una sola pieza y cada pase semejaba una escultura. Entre la multitud se inició un fuerte murmullo que al final fue como el estruendo de una catarata, que ahogó la música de la banda. Aquella *faena* de Antonio era semejante a todas las anteriores, pero mejor que ninguna otra. Lo más increíble es que supo realizarla con mucho viento.

Al concluir su trabajo con la *muleta*, Antonio se tiró a matar cuatro veces; en cada una de ellas apuntó alto y pinchó siempre en hueso. Al fin hundió el acero inclinándose sobre el toro y este se desplomó al empuje de su mano. Le dieron una oreja aunque tuvo que estoquear cuatro veces, porque cada una de ellas fue tan peligrosa como si efectivamente lo hubiera matado. Nadie puede saber lo que le habrían concedido de no pinchar en hueso la primera vez.

Fue una gran noche en Casa Pepica junto a la playa. Las olas rompían. Todos nos sentíamos felices y nadie se había repuesto aún de las emociones de la corrida. Parecíamos una tribu que celebrase una gran cacería o una incursión afortunada. Las jarras de sangría se vaciaban al instante y no era necesario comer deprisa como solíamos hacer a causa de Antonio. Se había ido a Tudela, en Navarra, donde al día siguiente toreaba junto a Luis Miguel y

a Ostos. Por lo general, acostábamos a Ordóñez a eso de la medianoche. Se habían reanudado los entrenamientos rigurosos después de la fiesta de cumpleaños. De nuevo teníamos costumbres y horarios regulares.

Aquel día Luis Miguel toreó en Palma de Mallorca y me alegré de que no presenciara lo que hizo Antonio. Lo habría inquietado. Yo lo apreciaba, pero después de lo que había visto aquella tarde tenía la certeza de que no iba a poder ganar en el duelo que se estaba desarrollando.

Resultaba evidente que se requerían los nombres de Antonio y de Luis Miguel para llenar la plaza con el alto precio que los empresarios se veían obligados a cobrar por las entradas. De ocurrirle algo a cualquiera de los dos espadas equivaldría a matar la gallina de los huevos de oro. Y algo iba a suceder. Nunca me había sentido tan seguro en mi vida y estaba convencido de que también lo sabía Antonio. Por la noche me pregunté cómo estaría Carmen, ya que era la mejor, la más digna, la más leal y la más inteligente de todos los que nos relacionábamos con ese negocio de dinero y muerte. Tal como iban las cosas, pasara lo que pasase, al final no saldría ganando. Me tranquilizaba pensar que había conseguido que rezara por ella gente con autoridad.

En la cuarta corrida de Valencia, Antonio y Luis Miguel se encontraron en el ruedo por quinta vez en aquella temporada. Los toros eran de Samuel Flores. Gregorio Sánchez era el tercer *matador*. El día amaneció gris con un calor opresivo. Por primera vez en la *feria* se habían vendido todas las entradas. La primera res de Dominguín era indecisa, se detenía a la mitad de las embestidas e intentaba de continuo pasar a la defensiva. Luis Miguel la trabajó con cuidado e inteligencia. El toro no hacía más que bajar el morro hacia la arena y el diestro se esforzó en que lo levantase, preparándolo para la estocada. Aquel animal era de los que hacen pasar un mal rato a cualquier torero. Pero Dominguín lo mató con limpieza y habilidad en el segundo intento. No era lo que el público había pagado para ver, pero no podía dársele otra cosa; la mayoría lo comprendió, y todos aplaudieron. Luis Miguel salió a saludar y volvió a la barrera apretando los labios.

Cuando apareció el toro de Antonio, este lo atrajo con la capa y realizó los mismos pases lentos, elegantes y largos que hizo durante toda la temporada con cualquier animal dispuesto a embestir. No era algo que hiciera solo en ocasiones ante una res de excepcionales cualidades. Era su modo de lidiar con la capa a cualquier animal al que puede incitarse a que ataque, y cada vez intentaba hacerlo mejor, más ceñido y más lento.

Luis Miguel se colocó el trapo a la espalda y realizó una serie de magníficos pases al estilo de Gaona cuando le tocó apartar al toro de los caballos.

Con la muleta, Antonio llevó a cabo una *faena* similar a la extraordinaria que había hecho en su primera noche en Valencia. Tenía mucho más mérito, ya que la res no era tan buena como la otra y tuvo que cuidarla más con la *muleta*. Desde la barrera contemplé cómo manejaba al toro, dominándolo siempre, sin permitir que los cuernos alcanzaran el trapo, que movía a la misma velocidad desplegada por el animal mientras le hacía dar una media vuelta, luego otra, hasta que lo obligó a que lo rodease totalmente al tiempo que el público gritaba a cada uno de sus pases. Me volví para mirarle la cara a Luis Miguel. No tenía expresión.

Antonio mató después de realizar, con el mejor estilo, todos los pases clásicos y verdaderamente peligrosos que pueden hacerse con un toro, y mejorándolos cada vez. La multitud lo saludó con una gran ovación y el presidente le concedió las dos orejas.

Luis Miguel, en su segundo animal, salió a ganar y lo recibió de rodillas con una *larga cambiada*, el hermoso pase que se realiza con una sola mano. Es muy bonito y espectacular, pero en modo alguno tan peligroso como los pases lentos en que se sostiene la capa con ambas manos. No obstante, a la gente le gustó, con toda razón puesto que Luis Miguel era un maestro en esa suerte.

Con las *banderillas* estuvo soberbio. Uno de los pares que puso fue increíble. El toro lo esperaba junto a la barrera, jadeando, desangrándose por una herida de puya, fija la mirada en el diestro que se acercaba lentamente, con los brazos abiertos y las banderillas rectas. Dominguín fue más allá de donde debía citar al animal para que este arrancase, más allá de donde podía poner las banderillas sin excesivo riesgo y más lejos de donde era posible hacerlo, mientras el toro lo observaba seguro de cornearlo. De pronto, la res embistió a tres pasos de Luis Miguel y este la esquivó con un leve movimiento del cuerpo para, al buscarlo el animal, clavarle las banderillas y, apoyándose en ellas, escapar por encima del otro pitón.

Citó al toro con la *muleta* muy cerca de la barrera y le dio unos pases con la mano derecha. Yo oía lo que le estaba diciendo al animal, la respiración de este y el roce de las *banderillas* con la *muleta* junto al pecho del diestro. A la res solo le habían puesto una vara, pero la herida era muy profunda. Tenía fuertes músculos en el cuello, y Luis Miguel la obligaba a alzar mucho la

cabeza para cansarla y que debiera bajarla de modo que pudiese matarla. Pero el animal sangraba mucho y estaba perdiendo fuerzas.

Luis Miguel lo trató con cuidado, ayudándolo en los pases conforme lo apartaba de la *barrera*, pero lo estaba perdiendo a toda prisa. Se acababa como un disco de gramófono y, cuando no quiso seguir el juego, Luis Miguel decidió jugar con él. Le acarició un cuerno y le apoyó el codo en la cabeza, simulando que hablaba por teléfono. Claro está que un toro no puede nunca responder, pero menos podía hacerlo aquel que estaba desangrado, sin aliento e incapaz de embestir. Luis Miguel lo condujo arrastrándolo por un cuerno a lo largo de varios pases y, al fin, lo besó.

Había hecho con el toro cuanto era posible, excepto proponerle el matrimonio, y no le quedaba más que matarlo. Lo había perdido en el momento de su triunfo con las *banderillas*. Sin embargo, de momento, no se advirtió.

El toro carecía del empuje que puede ayudar al diestro en la suerte de matar. Luis Miguel tendría que hacerlo por lo alto y clavar la espada con brío si quería competir con Antonio. No fue capaz. Lo intentó cinco veces, pero no pudo hundir el acero. No es que pinchara en hueso. Simplemente no se sintió con fuerzas para clavarlo. El público guardaba un extraño silencio. Veía cómo a aquel hombre le ocurría algo que no lograba comprender.

Imaginé que Ordóñez lo había anulado al lidiar con la capa y la *muleta*, y sentí mucha pena. Luego recordé que en Tudela había recibido un botellazo y pensé que quizá eso pesaba sobre su subconsciente, impidiéndole lanzarse a fondo lo mismo que un tirador que de súbito flaquea. Pero después de intentarlo cinco veces ya no podía entrar a matar de modo correcto a aquel toro desangrado, al que le colgaba la cabeza, por lo que le hizo bajar aún más el morro, extendiendo el trapo en la arena, y lo *descabelló*.

A Ordóñez le tocó una res con la que nada podía hacerse. Se lo demostró a sí mismo, y en ese intento cualquier otro habría resultado herido o desmoralizado; luego, la mató con rapidez.

Después de la corrida, en su habitación, tendido bajo la sábana tras ducharse, Antonio me preguntó:

—¿Qué opinas?

—Lo tenemos —dije.

—¿Quedaste contento?

—*Socio* —murmuré.

Solíamos llamarnos así para evitar emocionarnos.

—Mañana te daré una sorpresa —me advirtió.

—¿Cuál?

—Una comida en la playa, junto al mar.

—Cenemos pronto y a la cama.

Aquello que hace que la gente no se preocupe entre los combates estaba presente ese verano y no era a causa de las botellas, aunque las frescas jarras de sangría se vaciaban deprisa bajo el seco y cálido viento que no dejó de soplar durante todo el día y toda la noche. Nos sentíamos muy felices pensando que se aproximaba la gran ocasión, y comimos en abundancia deliciosos lenguados o salmonetes que acababan de pescarse y una *paella* aderezada con azafrán y salteada de pescado y marisco. Primero nos sirvieron una ensalada y de postre melón. Aunque la temporada se había retrasado, estaban en su punto y al regresar a la ciudad nos acogió la maravilla de los fuegos artificiales. Aquella noche resonaron los instrumentos de metal y batieron los tambores mientras el cielo se adornaba con sauces de luz acompañados de estampidos hasta que las estrellas del norte aparecieron sobre la avenida de la feria y todo concluyó con el susurro de los palos que caían antes de que se encendieran las farolas.

Ignoro lo que hizo Luis Miguel ni cómo durmió aquella noche antes de la primera corrida decisiva de Valencia. Me dijeron que estuvo despierto hasta muy tarde, pero siempre se cuentan esas cosas después de que ha sucedido algo. Una cosa sé con certeza: él estaba preocupado por la próxima corrida y nosotros no. Preferí no molestar a Dominguín ni hacerle preguntas, pues a él le constaba que yo formaba parte del equipo de Antonio. Seguíamos siendo buenos amigos, pero al verlo lidiar diferentes tipos de toros tuve el convencimiento de que era un gran torero y Antonio uno de los más grandes. Creía que, si Antonio no presionaba demasiado, tanto él como Dominguín podían ganar mucho dinero si rebajaban ambos sus precios y si a los dos les pagaban lo mismo. En caso contrario, Antonio apretaría el paso y, de intentar Luis Miguel imitarlo o superarlo, lo matarían o iba a recibir tal herida que no podría seguir toreando. Me constaba que Antonio era implacable, con un orgullo desmesurado, ajeno por completo al egoísmo. Había en todo aquello un gran trasfondo y un lado oscuro.

Por su parte, Luis Miguel tenía un orgullo demoníaco y un gran sentido de su superioridad, que se justificaba por muchas cosas. Hacía tanto tiempo que afirmaba ser el mejor que de veras llegó a creerlo. Necesitaba creerlo para poder seguir. No era algo que simplemente creyese. Era su gran creencia. Antonio le había dañado gravemente la confianza en sí mismo, y además después de una importante herida, lo mismo que había hecho en todas las

ocasiones en que habían lidiado juntos excepto en una sola. El único consuelo de Dominguín era que siempre había habido un tercer *matador*, por lo que las comparaciones no podían ser absolutas. Luis Miguel siempre se mostraría superior a ese tercer hombre. Pero pronto debería encontrarse en el ruedo a solas con Antonio. No era un lugar apropiado para ningún torero ante la actitud adoptada por Antonio y menos si se cobraba más dinero que él. Antonio parecía un torrente desbocado y se había estado comportando de igual forma durante todo aquel año y el anterior.

Así estaban las cosas la mañana del día antes de la corrida cuando a primera hora salí a recorrer la bella ciudad antigua. Elegimos un modo de pasar el día que dio un gran resultado. Lo pasamos en una bonita, antigua y sencilla casa de campo que era a la vez pabellón de caza a unos cincuenta kilómetros de la capital, situada en la franja de naranjos que se extiende entre el mar y los grandes arrozales de la Albufera, que en invierno es uno de los mejores lugares del mundo para disparar a los patos. Una vez que se llega a la playa por entre los naranjos y los pinares, hay unos ocho kilómetros de blanca arena sin una sola casa. Soplaba un fuerte viento que provocaba un gran oleaje.

Fue un día estupendo junto al mar y lo pasamos nadando cuando no comíamos o jugábamos al fútbol. A media tarde decidimos no ir a la *corrida* y nos propusimos hacer una hoguera ritual para quemar las entradas. Pero pensamos que podía traer mala suerte, por lo que seguimos jugando al fútbol y nadamos hasta que oscureció; nos internamos en el mar y debimos regresar contra una fuerte corriente que se dirigía a Levante. Quedamos rendidos y todos nos acostamos muy pronto, tal como hacen los salvajes.

Antonio durmió bien y se despertó feliz y reposado. Fui a verlo tras el sorteo de los toros. Tenían buen aspecto, con cuernos sin manipular, de las ganaderías de Ignacio Sánchez y de Baltasar Ibán. Los lotes eran muy similares. Se había levantado un fuerte viento y el cielo aparecía encapotado. Era un medio huracán, más próximo a una tormenta de lo que había sido la de finales de julio.

—¿Estás envarado? —pregunté a Antonio.

—En absoluto.

—¿Tienes bien los pies?

A mí se me había hinchado el derecho por chutar descalzo.

—Muy bien. Nunca me he sentido mejor en mi vida. ¿Cómo está el día?

—Mucho viento —repuse—. Demasiado.

—Quizá se aplaque —opinó él.

No fue así y, al iniciarse la corrida y salir el primer toro de Luis Miguel, el cielo se oscureció con nubes de tormenta, no había sol y soplaba un vendaval. Había ido a ver a Dominguín antes de la corrida para desearle suerte. Me había recibido sonriente y amable con el mismo encanto personal que mostraba en cada ocasión que nos veíamos. Pero tanto él como Antonio estaban muy serios al cruzar la arena durante el paseo y acercarse a la barrera para saludar al presidente.

El primer toro de Luis Miguel salió rápido y con brío. Tenía buena estampa, mucho peso sin llegar a la obesidad y grandes cuernos. Atacó con fuerza a los caballos y dio la impresión de que iba a darle un buen juego a Dominguín. Pero tras las *banderillas* comenzó a apagarse. Luis Miguel intentó trabajarlo junto a la barrera, pero al animal no le gustó el sitio. El diestro lo apartó mientras la *muleta* se agitaba con el viento. El diestro lo lidió con habilidad, animándolo en sus vacilantes embestidas y ejerciendo sobre él un inteligente dominio. Dio buenos pases y lo mató con presteza. Desde luego se lanzó a fondo, pero pude advertir que le costaba hacerlo. Aún no se había recompuesto el mecanismo interior dañado. Pero no obstante pudo matar correctamente a la res.

El primer toro de Ordóñez era más difícil que el de Dominguín. Poderoso, bien armado y constituido, tenía tendencia a detenerse de improviso en plena carga. Antonio fue a su encuentro con la capa y, sin preocuparse por el viento, comenzó a convertirlo en un verdadero animal de lidia. Con la *muleta* buscó un lugar próximo a la *barrera* e hizo que al toro le agradase aquel sitio por el modo como Antonio se exponía. La res comenzó a animarse y el diestro, que no le daba tiempo a distraerse o cansarse, la ciñó en torno a sí con la izquierda y luego realizó unos bellos *pases de pecho*. Enlazó unos con otros, manteniendo la viveza del toro y observando el mismo ritmo. Fue una excelente *faena*, lenta y llena de gracia. Luego cuadró al animal, apuntó y se lanzó a matar. La res se desplomó casi como si le hubiesen pegado un tiro. No clavó el estoque en el lugar exacto, pero así y todo le concedieron la oreja y dio una vuelta al ruedo. Había ganado el primer asalto.

El segundo toro de Luis Miguel era de la ganadería de Baltasar Ibán, que sustituía a uno de Ignacio Sánchez rechazado por los veterinarios a causa de sus defectuosos cuernos. El animal comenzó bien y Dominguín estuvo excelente con la capa. Actuaba a fondo, decidido a superar a Ordóñez. Pero al llegar el momento de las *banderillas* el público exigió que las pusiera él mismo, a lo que el diestro se negó. No pude comprenderlo, ya que, a mi juicio, era lo que mejor hacía dentro de su extenso y variado repertorio. Si se

debía a orgullo y a deseos de vencer a Antonio en su propio campo o si tenía cierta aprensión a aquel toro, que mostraba síntomas de ir fallando, era cosa que yo ignoraba. Los espectadores se sintieron muy defraudados.

Luis Miguel parecía en lo cierto, pues el toro se agotó pronto, pero no antes de que el diestro hiciese una excelente *faena* con la *muleta* que comenzó con un pase estatuario con la derecha seguido de una serie de *naturales* con la izquierda, bajos y ceñidos, que, dada la dificultad del viento y el estado del toro, resultaron admirables. Luego, unos cuantos trucos de Manolete y el público volvió a ser suyo. Solo le faltaba matar para conseguir una oreja. Pero tuvo el mismo problema para lanzarse a fondo. El mecanismo no funcionaba y debió intentarlo cuatro veces antes de acabar con el animal. Ahora había quedado atrás mientras el cielo se oscurecía y aumentaba el viento. Salió el tanque de agua para regar la arena removida y durante este intermedio nadie habló mucho en el *callejón*. Todos sufríamos por ambos *matadores* y ante la prueba a la que los sometía el viento.

—Es inhumano para los dos —me dijo Domingo, el hermano de Luis Miguel.

—Y está empeorando.

—Tendrán que encender las luces —comentó Pepe, el otro hermano—. Después de este toro, será casi de noche.

Miguelillo empapaba de agua la capa de Antonio para que fuese más pesada que el viento.

—Es bárbaro —me dijo—. Qué viento más bárbaro. Pero él es fuerte. Lo podrá hacer.

Me alejé por la barrera.

—No sé qué me pasa con el estoque —le oí decir a Luis Miguel—. Estoy pésimo.

Parecía abstraído y hablaba como si se tratara de otra persona o de algo que le intrigase.

—Aún queda un toro —añadió—. Puede que con ese me salga bien.

Algunos amigos le comentaron algo, pero Dominguín miraba al ruedo sin escucharlos. Antonio no miraba nada, atento tan solo al viento. Me acerqué pero no nos dijimos nada.

Tras el intermedio, salió el toro de Ordóñez. Era negro, bien constituido, de grandes cuernos y aire estúpido. No demostró mucho interés por las capas y cuando Antonio lo atrajo a Salas, el *picador*, atacó al caballo para alejarse en cuanto el hombre lo hirió con la puya. El *sobresaliente* o sustituto, que debía matar al toro en el caso de que algo les ocurriese a Antonio y a Luis

Miguel, pidió permiso para hacer un *quite* y el animal lo cogió enseguida, y lo revolcó. Ordóñez lo rescató con la capa. Tenía los pantalones rasgados de una cornada y había perdido una zapatilla. Juan la recogió del suelo y la lanzó por encima de la barrera.

La res empeoró después de las *banderillas* y no quiso intervenir en la lidia. Antonio tuvo que asir firmemente la *muleta*, que semejaba una vela al viento, para poder trabajar al toro y ponerlo en posición de matarlo. Le exigía un gran esfuerzo de muñecas ya que el trapo, extendido sobre el estoque, se agitaba de continuo. Me consta que Ordóñez tenía mal la derecha desde hacía años y que debían vendársela antes de cada corrida para que no le fallase. Pero entonces no lo tuvo en cuenta, por lo que se le dobló ligeramente al ir a matar y el acero no entró recto. Al regresar a la *barrera*, una vez liquidado el animal, se detuvo junto a mí. Se lo veía cansado y tenso y la muñeca le pendía como inútil. Se encendieron las luces de la plaza y descubrí en los ojos de Antonio una expresión casi salvaje que no le conocía. Fue a decirme algo, pero se contuvo.

—¿Qué ocurre? —indagué.

Negó con la cabeza y volvió la vista hacia las mulillas que retiraban el cuerpo del toro. Con la iluminación, se advertía que el viento volvía a levantar remolinos en la arena regada un cuarto de hora antes.

—Ernesto, este viento es terrible —dijo con una voz ronca que le era extraña.

Nunca se la había oído cambiar en el ruedo más que cuando se enfadaba, en que reducía el tono. Lo que me dijo no era una queja. Quería que aquello quedase muy claro. Los dos sabíamos que algo iba a ocurrir, pero ese fue el único instante en que no supimos a quién iba a ocurrirle. Duró el tiempo justo de pronunciar las cinco palabras. Antonio bebió del vaso que le tendía Miguelillo, escupió el agua y tomó la pesada capa sin preocuparse por la muñeca.

El último toro de Luis Miguel salió a la carrera bajo las luces. Era grande, de buenos cuernos y rápido. Persiguió a un *banderillero*, que tuvo que saltar la barrera, y embistió el *burladero*, del que sacó astillas con el cuerno izquierdo. Intentó a su vez saltar al callejón pero no lo consiguió. Cuando intervinieron los *picadores*, cargó con ímpetu y derribó un caballo. Luis Miguel se mostró seguro, pero discreto con la capa. El viento descubrió sus fallos en las *verónicas* y le impidió realizar sus alegres pases con el trapo sobre los hombros. El animal se iba poniendo nervioso y tenía tendencia a detenerse y doblar las patas traseras. El diestro no quiso poner *banderillas*. El

público insistió para que lo hiciese aún más que en su segundo toro, pero, no obstante, él se negó, lo que disgustó a los espectadores. Uno de los motivos por los que habían adquirido unas entradas tan caras era para ver a Luis Miguel poner las *banderillas*. Este perdía el favor del público, pero imaginaba que podría enderezar al toro con la *muleta*, realizar una buena *faena* y así recobrarlo. Eligió el lugar de la plaza en que menos fuerza tenía el viento, junto a la barrera, donde le sería más fácil lidiar la res, y salió con la capa empapada y sucia de barro. Pidió más agua y restregó en la arena el trapo rojo para darle mayor peso.

El toro entró bien y el diestro le dio dos pases estatuarios sosteniendo la *muleta* y el estoque con ambas manos. La res pasó todo el cuerpo bajo el trapo conforme Luis Miguel lo alzaba. Dominguín se dio cuenta de que no dominaba al toro, por lo que dio otros cuatro pases con la mano derecha para castigarlo y poder controlarlo. Luego lo alejó de la barrera, ya que el animal comenzaba a perder interés en la lucha. Luis Miguel le dio dos nuevos pases con la derecha, y el toro pareció rehacerse por completo. De súbito, cuando iniciaba un tercero, el viento alzó el trapo y dejó descubierto al torero, con lo que la res pasó por debajo de la *muleta* y pareció que lo alcanzaba en el vientre con el cuerno derecho. El matador saltó en el aire y el otro pitón del animal lo cogió por la entrepierna y lo lanzó de espaldas. Antonio corrió con la capa para apartar al toro, pero este, antes de que nadie pudiese intervenir, dio tres cornadas a Luis Miguel, que yacía de espaldas en la arena, y vi claramente cómo el pitón derecho se le clavaba en la ingle.

Mientras Antonio distraía al animal, Domingo, que había saltado al ruedo en el momento en que lo cogían, apartó a Luis Miguel. Domingo, Pepe y los *banderilleros* lo cargaron para transportarlo hacia la *barrera*. Entre todos lo pasamos por encima, corrimos por el *callejón* y por la puerta bajo los estrados hacia la enfermería. Yo le sostenía la cabeza. Luis Miguel apoyaba las manos en la herida y Domingo la oprimía con el pulgar. No había hemorragia, lo que indicaba que la cornada no había afectado la arteria femoral.

Luis Miguel se mostraba muy sereno, amable y cortés con todo el mundo.

—Muchas gracias, Ernesto —me dijo cuando le sostenía la cabeza mientras lo desnudaban y el doctor Tamames cortaba los calzones en torno a la herida.

Había una sola. Estaba en lo alto del muslo derecho, en la ingle. Era redonda, de unos cinco centímetros de ancho y azulada en los bordes. Así acostado Luis Miguel, la hemorragia era interna.

—Mira, Manolo —le dijo el diestro al doctor Tamames, e indicó con el dedo un punto sobre la herida—. Desde aquí llega hasta este otro sitio. —Señaló la trayectoria del cuerno en la ingle y en el bajo vientre—. Noté cómo entraba.

—*Muchas gracias* —dijo Tamames en tono áspero y seco—. Ya lo comprobaré.

La enfermería semejaba un horno. Apenas había aire y todo el mundo sudaba. Parecía llena de fotógrafos, se disparaban los flashes y los periodistas y curiosos se agolpaban en las puertas.

—Voy a operar ahora mismo —dijo Tamames—. Echa de aquí a toda esa gente, Ernesto. —Y en voz baja añadió—: Vete tú también.

Luis Miguel estaba cómodo en la mesa de operaciones y le advertí que volvería.

—Hasta luego, Ernesto —me dijo sonriendo.

Tenía el semblante grisáceo y sudaba, pero su sonrisa era amable. A la puerta había una pareja de la Guardia Civil y otra en el exterior.

—Hagan salir a todo el mundo —les indiqué—. No debe entrar nadie. Que una pareja se quede en la puerta y déjenla abierta para que pase aire.

No tenía autoridad para dar órdenes, pero ellos no lo sabían y además esperaban que alguien las diese. Saludaron y comenzaron a despejar la enfermería. Salí de allí lentamente, pero apenas me encontré bajo los estrados corrí hacia el *callejón*. Al acercarme a la barrera, bajo las amarillentas luces, oí cómo estallaban gritos de entusiasmo en las gradas y vi a Antonio que daba a un enorme toro rojo los pases más lentos, ceñidos y bellos que jamás le había visto hacer.

Ordóñez quería al toro intacto y solo permitió una vara. El animal era rápido y fuerte y mantenía alta la cabeza. Antonio deseaba lidiarlo pronto y aguantó impacientemente la suerte de *banderillas*. El toro era en verdad brioso, y el diestro estaba seguro de poder obligarlo a que abatiese la testuz. No le importaban ni el viento ni ninguna otra cosa. Por una vez en la *feria*, tenía una res valiente. Era la última de la tarde y nada le impediría realizar una buena faena. Lo que iba a hacer quedaría para el resto de su vida en la memoria de cuantos lo vieran.

Brindó el toro a Juan Luis, en cuya casa de campo nos habíamos hospedado el día anterior, y le arrojó la montera sonriendo. Luego hizo con el animal todo lo que eran capaces de realizar los grandes *matadores*, pero mejor hecho. Comenzó con el pase a dos manos de Luis Miguel, fijos los pies en el suelo, purificándolo y obligando al animal a elevar la cabeza con los suaves

movimientos de la *muleta*. Después pasó a *naturales* con la mano izquierda, lentos, elegantes, e hizo girar al toro en torno a sí. A cada uno, el público rugía de entusiasmo.

Una vez que hubo demostrado lo lenta y bellamente que sabía lidiar, se acercó al animal para que todos comprobáramos lo ceñido y peligroso que actuaba. Fue más allá de toda razón, como si estuviera imbuido de una furia controlada. Era extraordinario, pero había sobrepasado lo imposible y seguía haciendo de manera continuada lo que nadie es capaz de hacer, mostrándose dichoso y alegre. Deseé que acabara de una vez y entrase a matar. Pero estaba embriagado con su trabajo y lo realizaba en el terreno que había elegido, enlazando entre sí cada serie de pases y cada uno de estos.

Al fin cuadró al toro como si lamentara despedirse de él, enrolló la *muleta* y se lanzó a fondo. Pinchó en hueso y el estoque se dobló con el golpe. Me inquietaba el efecto que habría tenido en la muñeca del diestro, pero este cuadró de nuevo al animal, enrolló otra vez la muleta y volvió a intentarlo muy alto. La espada entró hasta la empuñadura y Antonio permaneció en pie ante la res con la mano alzada, contemplándola inexpresivo hasta que murió.

Le dieron ambas orejas y, cuando se acercó a la barrera a recoger la montera, Juan Luis le gritó en inglés:

—*Too much.*

—¿Cómo está Luis Miguel? —indagó Antonio.

Desde la enfermería informaron de que la cornada había penetrado en los músculos abdominales y dejado al descubierto el peritoneo, aunque no había llegado a los intestinos. Luis Miguel seguía anestesiado.

—Está bien —dije—. No hubo perforación. Ahora duerme.

—Me vestiré e iremos a verlo —respondió Antonio.

La multitud había invadido el ruedo para apoderarse de él y llevarlo en hombros. Ordóñez intentaba rechazarlos. Sin embargo, eran demasiados y al fin lo consiguieron.

A Luis Miguel lo trasladaron en camilla desde la enfermería, que era tan asfixiante como una celda carcelaria del Senegal, a su habitación con aire acondicionado del hotel Royal, desde donde a la mañana siguiente iría a Madrid. Antonio y yo fuimos a verlo en la plaza en cuanto aquel se hubo vestido.

—Tres *matadores* dormimos aquí cuando yo era *novillero* —me explicó Antonio—. Hacía el mismo calor que ahora.

Luis Miguel estaba débil y cansado cuando lo visitamos en la enfermería, pero con buen ánimo, y nos fuimos pronto para no agotarlo. Me gastó bromas

por el hecho de haber dado órdenes a la Guardia Civil, y Domingo me explicó que al salir de la anestesia lo primero que dijo fue:

—Qué hombre sería Ernesto si supiera escribir.

Tres días más tarde nos reuníamos todos en el sanatorio Ruber de Madrid, con Antonio en cama en el tercer piso y Luis Miguel en el primero. Dos semanas después lidiaron su segundo *mano a mano* en Málaga. Así transcurrió aquella temporada.

A la mañana siguiente se deshizo el grupo que había permanecido unido desde Pamplona. Fue triste y nadie lo deseaba. Aquel día Antonio debía torear en Palma de Mallorca y al siguiente en Málaga. Los demás nos fuimos a Alicante, luego cruzamos los palmares y las ricas y extensas vegas de Murcia, hacia Lorca, para subir a las zonas montañosas y los valles solitarios de aldeas enjalbegadas, con rebaños de corderos y de cabras que levantaban nubes de polvo a lo largo de la carretera, desde donde descendimos en la oscuridad más allá del barranco en que fusilaron a Federico García Lorca, y vimos las luces de Granada. Dormimos allí, gozamos a primeras horas del agradable frescor de la Alhambra, y llegamos a La Cónsula a tiempo de comer antes de la corrida de Málaga.

A la mañana siguiente, cuando Bill y yo fuimos a la ciudad, nos enteramos de que a Antonio lo habían herido en Palma de Mallorca. Lo alcanzaron en el muslo derecho, pero concluyó brillantemente su trabajo con la *muleta*, mató bien y le dieron una oreja. Tras la corrida, lo trasladaron a Madrid en avión.

Intentamos poner conferencia a la capital, pero había una demora de cinco horas. No había plazas en el avión a Madrid de aquella tarde ni seguridad de obtenerlas en el de la mañana. Yo tenía la impresión de que la herida era mucho más grave de lo que indicaban, por lo que Bill me dijo:

—Si tan preocupado estás, ¿por qué no vamos en coche después de comer? Al fin y al cabo, ahora conocemos bien el camino.

En consecuencia, envié un telegrama a Carmen anunciándole que llegaríamos por la mañana, con saludos de todos. La teoría de Bill era que las carreteras españolas, pese a las peligrosas curvas, los baches y las cuatro cordilleras de montañas que debíamos cruzar, eran más seguras de noche porque casi no había tráfico de carros, no pasaban rebaños ni casi ningún coche particular. Quienes conducían los grandes vehículos que cargaban

pescado del Mediterráneo a la capital y el resto de los camiones nocturnos eran muy hábiles y correctos con las luces.

Por lo general, preferíamos viajar de día porque a los dos nos gusta ver el paisaje, pero la tesis nocturna era lógica y llegamos a Madrid a tiempo de comer, dormir un poco y presentarnos en la clínica cuando Antonio ya estaba despierto. Este descansaba tranquilo. Se alegró mucho al vernos.

—Sabía que vendríais —dijo—. Lo sabía incluso antes de que Carmen recibiese el telegrama.

—¿Cómo va?

—La herida es más profunda de lo que creían y penetra más en el músculo de lo que yo supuse. Lo peor para que se cure pronto es que me dio en la cicatriz de la otra herida. Justo en el centro.

—¿Qué hacías?

—Siempre es culpa de uno mismo. Pero yo tenía razón.

—¿El viento?

—Sí, pero en distinta plaza.

No quería hablar de la faena; solo de los detalles técnicos de la herida y de su rápida curación.

—Tranquilo —dije—. Preguntaré a Manolo y a Carmen y vendré por la tarde.

—Voy a enviarle un mensaje a Luis Miguel. Lo escribiré y Carmen lo bajará con un cordel por la ventana.

Carmen estaba tan contenta y aliviada por el hecho de que Antonio tuviera una herida sencilla y que su hermano hubiera tenido suerte con la suya y se repusiera muy bien, que se mostraba tan alegre y comunicativa como en nuestra fiesta de cumpleaños.

Antonio escribió el mensaje y Carmen y Miguelillo, el mozo de estoque, lo ataron a un cordel junto con un abridor y lo dejaron caer hasta la ventana de Luis Miguel. Decía: «E. Hemingway, escritor, ruega respetuosamente a L. M. Dominguín, torero, que consienta en recibirlo». Pronto llegó la respuesta: «Sí, con gran placer, siempre que A. Ordóñez, torero, no tema contraer la urticaria de L. M. D. por contagio».

Luis Miguel estaba muy bien, muy contento y afectuoso. Su esposa era muy hermosa, encantadora y serena. Pensé que se había disipado cuanto pasaba por su mente; había tenido tiempo de reflexionar y había recobrado la antigua confianza en sí mismo. Ya no estaba preocupado y el hecho de que también hiriesen a Antonio lo había animado mucho.

Las nueve corridas de la *feria* de Málaga se basaban en Luis Miguel y en Antonio, por lo que debieron recomponer carteles lo mejor que pudieron. Pero la sombra de ambos *matadores* se extendía sobre la *feria*, y quienes los sustituyeron iban decididos a vencerlos en su ausencia. Quizá era el mejor sitio para hacerlo.

Capítulo 11

Fue agradable volver a la tranquilidad de La Cónsula al concluir las ferias de Málaga. Cada tarde después de la corrida íbamos paseando, y a veces en coche de caballos, hasta el hotel Miramar. El bar y las terrazas que daban al Mediterráneo estaban atestadas de veraneantes, de los ricos de la localidad y de un conglomerado de aficionados al toreo, toreros, apoderados, ganaderos, periodistas, turistas, vagos, pervertidos de ambos sexos, conocidos, amigos, aristócratas, tipos dudosos, contrabandistas de Tánger, gente agradable en tejanos, gente desagradable con la misma ropa, viejos amigos, ex viejos amigos, gorrones y personajes pintorescos. En nada se parecía a la vida sana aunque agotadora de Pamplona ni a la hogareña de Valencia, pero resultaba interesante y hasta cierto punto divertida. Yo solo bebía Campañas, que el encargado del mostrador mantenía frío en un cubo de hielo, y, cuando las conversaciones alcanzaban los decibelios de una pajarera de zoológico, nos íbamos a ver bailar a un par de jóvenes que conocíamos en el suelo de madera del piso inferior, donde las mesas se hallaban sobre el mar. Pero fue un alivio cuando concluyó y un gran placer que nadie volviera a preguntarme acerca de algo que había visto, pero de lo que no quería hablar.

A Antonio lo habían dado de alta en la clínica. Se fue a la finca de Luis Miguel para entrenarse en el ruedo que tenían allí. Nada más supimos, excepto que torearía el 14 de agosto si Luis Miguel estaba en forma y que vendría a La Cónsula para entrenarse.

Antonio se presentó tres días antes de la corrida con su amigo Ignacio Angulo, un vasco muy simpático al que llamaba Nacho. Ordóñez nos dijo que la pierna no le molestaba, pero que la herida había tardado más de lo normal en cicatrizarse. Estaba impaciente por realizar el siguiente *mano a mano* con Dominguín, pero no quería pensar en eso ni en los toros ni hablar de ello. Sabía lo bien que le había sentado aquel día de playa en Valencia antes de la corrida, por lo que lo repetimos. Luego, tras alegres y descuidadas comidas, agradables cenas y el profundo descanso que proviene de la natación, nos

encontramos de pronto en la víspera de la corrida. Nadie lo había mencionado hasta que Antonio dijo:

—Mañana me vestiré en el hotel.

Fue una de las mejores corridas que he visto; Luis Miguel y Ordóñez actuaron como si fuese lo más serio de su vida. Dominguín había soportado el percance de Valencia y este, por un golpe de fortuna, le devolvió la confianza en sí mismo que le habían quitado la increíble perfección del trabajo de Antonio con la capa, su coraje y decisión. Que a este lo cogieran en Palma de Mallorca le demostró que no era invulnerable, y fue una suerte que Luis Miguel no pudiese ver lo que Ordóñez hizo con el último toro de Valencia. Sinceramente creo que, de haberlo presenciado, no habría querido torear más con él. Luis Miguel no necesitaba dinero, aunque le gustaba mucho lo que este podía proporcionar. Lo que más le importaba era poder seguir creyéndose el más grande *matador* vivo. Ya no lo era, pero se mantenía en el segundo puesto y aquel día estuvo verdaderamente grande.

Antonio conservaba toda la confianza y seguridad en sí mismo que había mostrado en Valencia. Lo ocurrido en Mallorca no significaba nada. Había cometido un pequeño error que no quiso comentar conmigo y no iba a repetirlo. Hacía tiempo que se consideraba mejor *matador* que Luis Miguel. Lo había demostrado en Valencia y estaba impaciente por demostrarlo de nuevo.

Las reses eran de la ganadería de Juan Pedro Domecq y, excepto una, todas se parecían. Sin embargo, dos de ellas habrían resultado difíciles para cualquier *matador* que no fuese Dominguín o Antonio. Luis Miguel estaba pálido y macilento y parecía cansado cuando se enfrentó al primer toro. Este era peligroso y corneaba a derecha e izquierda. Dominguín lo dominó con una laxa gracia. No era un animal con el que se pudiese actuar de una manera brillante, pero lo lidió con inteligencia e hizo cuanto la condición del toro permitía. Entró con fuerza al matar, mas el estoque resbaló y la punta sobresalió tras los hombros de la bestia. Un *banderillero* arrancó la espada con un movimiento de la capa, y Luis Miguel mató al toro con el *descabello* en el primer intento. Al verlo desde la barrera, me inquietó el aspecto de Dominguín y confié en que pronto recobraría su habilidad con el estoque. Aquello fue un simple accidente pero me inquietó.

Otra cosa que me inquietaba era la gran cantidad de fotógrafos y gente de cine sin experiencia de los toros. Cualquier movimiento puede distraer a la res mientras la lidian y hacerla embestir, rompiendo así el dominio que sobre ella tiene el *matador* con el trapo sin que este sepa lo que ocurre. En el *callejón*

todos lo saben y tienen buen cuidado en bajar la cabeza cuando se mueven y en permanecer inmóviles cuando el toro está frente a ellos. Un diestro irresponsable o de instintos criminales que esté junto al burladero puede atraer la atención del animal con un movimiento de la capa que parezca involuntario y lanzarlo contra un compañero que va a entrar a matar.

Antonio tomó con la capa a su primer toro igual que si fuera a inventar la lidia, y desde el primer instante se vio que iba a ser perfecto. Fue así como había toreado durante todo el verano. Aquel día en Málaga se superó a sí mismo, y todos sus movimientos ante la masa agresiva y violenta de la res semejaban poesía. Con la *muleta* parecía esculpir sus pases y toda su acción fue un verdadero poema. Mató en el primer intento y el punto en que clavó el acero estaba solo a un par de centímetros del lugar adecuado. Le dieron las dos orejas y el público pedía también el rabo.

El segundo animal de Luis Miguel salió trotando y yo me dije que la suerte le había cambiado en mal. Resultó difícil obligar a la res a permanecer quieta el tiempo suficiente para atacar a los caballos, y las varas que tomó no lo calmaron. Me sentí más y más angustiado por Luis Miguel, que lo aguantaba todo sin quejarse. No podía correr para poner *banderillas*, pero indicó el lugar exacto donde quería que las pusieran. Serenaron un poco al toro.

Entonces Dominguín lo tomó con pases lentos, bajos y a dos manos, comenzando su educación con la *muleta*. Hizo que el toro perdiese su tendencia a trotar y lo retuvo de modo que embistiese desde el mismo sitio y siguiera el trapo al ritmo que había decidido. Lo pasó alto y luego comenzó a trabajarlo con bajos, suaves *naturales*, con la espada en la diestra al sesgo de la cadera.

Alto, erecto, sin sonreír, inmóvil en el terreno que había elegido para lidiar al animal, Luis Miguel ajustó la *muleta* a la altura de los ojos de este de modo que no le diesen calambres en el cuello y comenzó a hacerle girar en torno a sí con la clase de *naturales* que el propio Joselito hubiera firmado. Concluyó con un bello *pase de pecho* con la izquierda que hizo que los pitones casi lo rozaran y que el trapo acariciase el cuerpo de la res desde la testuz al rabo. Cuadró al toro, enrolló la *muleta* en el palo y se lanzó a fondo con todas sus fuerzas. Fue el tercer animal de la tarde que murió de una sola estocada. Luis Miguel lo lidió con gran belleza y tuvo que reconstruirlo para poder hacerlo. Había recobrado la habilidad con la espada y con ella toda su confianza. Con una sonrisa algo forzada, aceptó modestamente las dos orejas y el rabo y dio la vuelta al ruedo. Advertí que se resentía del pie derecho,

donde lo había pisado el primer toro, y que no pretendía disimularlo. Me constaba que aún le dolía la pierna y que no se sentía seguro. Se estaba comportando de manera extraordinaria y nunca lo había admirado tanto.

No creí que Antonio pudiera mostrarse mejor con la capa de lo que había sido con el primer toro. Pero, sin embargo, lo fue. Mientras lo contemplaba desde la barrera intenté comprender cómo podía hacerlo y repetirlo siempre de manera tan bella y emocionante. Era a causa de lo mucho que se ceñía y de aquella lentitud que convertía su imagen en una escultura hasta hacer que cada pase pareciera eterno. Pero lo que le daba tanta emoción era su completa naturalidad y su sencillo clasicismo al contemplar cómo lo rozaba la muerte, lo mismo que si la guiara y dominase con un ritmo ascendente hasta hacerla su compañera.

Con la *muleta*, esta vez, comenzó con los cuatro grandes pases que realizaba con la rodilla y la pierna extendida en la arena y que usaba para dominar al toro. Cada uno de ellos era un modelo de realización, pero en modo alguno un trabajo frío. Se ceñía tanto que cada vez los cuernos le pasaban a milímetros de los muslos o del pecho. No se apoyaba en el cuerpo del animal una vez que hubieran pasado los pitones. No había trucos y cada uno de los pases obligaba a contener la respiración a quienes estaban contemplando al hombre y a la res. Nunca temí por Antonio cuando manejaba la capa y no me inquieté lo más mínimo durante su maravillosa *faena*, aunque cada uno de los pases era de los más difíciles y peligrosos que se pueden hacer en una corrida. La res era buena, mucho mejor que la de Luis Miguel. Antonio se sentía feliz con ella y llevó a cabo un trabajo perfecto, elegante y muy lleno de emoción. No lo extendió demasiado y mató a su amigo de una excelente estocada.

Cuatro toros habían muerto de igual modo y la corrida era un largo *crescendo*. Le dieron a Antonio las dos orejas, el rabo y una pata. Dio la vuelta al ruedo tan contento y despreocupado como si estuviésemos junto a la piscina. El público quería que recibiese una ovación y Ordóñez pidió a Luis Miguel y a don Juan Pedro Domecq, que había criado las reses, que lo acompañaran.

Le tocaba ahora el turno a Dominguín. Recibió al animal de rodillas con una *larga cambiada*, permitiéndole que casi lo alcanzara con el cuerno antes de apartarlo con la capa. La res era buena y Luis Miguel le sacó todo el partido posible. Picaron bien al animal y Dominguín hizo que le pusieran *banderillas* con presteza. En la barrera me dije que se lo veía más cansado, pero que no prestaba la menor atención a sus condiciones físicas; evitaba por

completo cojear y toreaba con el mismo entusiasmo que si fuese un muchacho hambriento que actúa por primera vez.

Con la *muleta* apartó al toro de la barrera y, sentado en el *estribo*, le dio cinco pases extendiendo el brazo derecho e indicándole el camino por medio del trapo rojo. La res obedeció en cada ocasión, respirando fuerte, golpeando entre sí las *banderillas*, firmes las pezuñas en la arena y los cuernos muy cerca del brazo de Luis Miguel. Parecía suicida, pero con un buen toro, que ataque de frente, no es más que un truco medianamente peligroso.

Luego Luis Miguel lo condujo al centro del ruedo e inició una serie de pases clásicos con la mano izquierda. Tenía aire cansado pero trabajaba bien. Realizó dos series de ocho *naturales* con excelente estilo y, después, en uno hecho con la derecha, el toro, que venía por la espalda, lo cogió. Desde donde yo lo presenciaba, en la barrera, dio la impresión de que el pitón entrase en su cuerpo y, luego, el animal lo lanzó a unos dos metros por el aire. Luis Miguel cayó de cabeza, abierto de brazos y piernas y perdidos el estoque y la *muleta*. El toro se le echó encima intentando cornearlo y por dos veces falló. Para entonces ya todo el mundo acudía con las capas extendidas pero esta vez fue su hermano Pepe, que había saltado la *barrera*, quien apartó a Dominguín.

Luis Miguel se puso en pie enseguida. El cuerno no se le había clavado; había pasado entre las piernas para levantarlo, pero sin herirlo.

Sin dejarse impresionar por lo ocurrido con el toro, Dominguín apartó a todo el mundo con un ademán y continuó con su *faena*. Repitió el pase en el que la res lo había cogido y volvió a repetirlo como para dar una lección al animal y a sí mismo. Siguió con otros pases matemáticamente ceñidos y correctos, sin darle importancia a lo que le había hecho el toro. Realizó mejor sus pases aunque algo trucados. Al público le gustaron más. Pero lidió con limpieza y sin recurrir a trucos como el del teléfono. Luego mató bien, lanzándose a fondo como si jamás hubiese tenido problemas con el estoque. Le dieron lo mismo que a Antonio y lo merecía. Después de dar la vuelta al ruedo, sin poder disimular la cojera por habérsele entumecido la pierna, llamó a Antonio para que ambos saludaran desde el centro de la plaza. El presidente ordenó que al toro le diesen también la vuelta al ruedo.

Habían ya muerto cinco reses de cinco estocadas cuando la última salió del toril y los espectadores callaron al ver a Antonio dirigirse a su encuentro para comenzar sus largos y lentos pases llenos de magia. El público le jaleaba cada uno de ellos.

El toro pareció cojear tras las varas aunque las situaron bien. A mi juicio, se lesionó ligeramente la pezuña cuando intentaba vencer al *picador* para

alcanzar al caballo a través de su pesada coraza. La cojera desapareció o, por lo menos, disminuyó al ponerle las *banderillas* Joni y Ferrer, pero cuando Antonio lo tomó con la *muleta* se mostraba receloso, con una gran tendencia a clavar en el suelo las patas delanteras en lugar de lanzarse con decisión.

Acodado en la barrera, contemplé cómo Antonio lo lidiaba. Desde muy cerca animó al toro a que lo atacase y, luego, fue apartándose lentamente. Con su suave balanceo de la *muleta* obligó a que el animal se arrancase y, reteniéndolo con el engaño, hizo que embistiese desde más lejos hasta que al fin buscaba la roja tela desde conveniente distancia y pasando bien. Nada de esto lo advirtió el público. Tan solo vieron que una res que dudaba en atacar se convertía en otra que se lanzaba a fondo y parecía extraordinariamente brava. Ignoraban que si Ordóñez se hubiese limitado a lidiarla de cara, de modo que se viese que era incapaz de atacar, como hacen muchos *matadores*, el toro no habría seguido el engaño y el diestro habría tenido que darle pases muy cortos. En vez de eso, Antonio le enseñó a embestir bien y a pasar totalmente por su lado. Le enseñó a hacer lo que era verdaderamente peligroso y, luego, lo dominó y mantuvo ese control con la magia de sus brazos y muñecas hasta que pudo realizar con aquella res los mismos bellos pases esculturales que había hecho con los dos anteriores, que eran más fáciles de lidiar. Nada de eso se advertía y, una vez que Antonio hubo concluido su serie de grandes pases, hechos con idéntica pureza y emoción a causa de lo ceñido y de su seguridad ante el riesgo, el público creyó que simplemente le había tocado otro animal noble y bueno.

Llevó a cabo una perfecta y emotiva *faena*, dominando siempre con sus lentos pases, en cualquiera de los cuales, de haberse él apresurado o mostrado ligeramente brusco, el toro habría olvidado el trapo para cogerlo. Este modo de lidiar es el más peligroso que existe y en su última res Antonio dio todo un curso de cómo debe realizarse.

Tan solo una cosa le quedaba por hacer. Debía matar con toda perfección, sin darse ventajas, sin desviar el estoque ni un punto o siquiera moverlo hacia un lado, donde aún se acepta pero hay menos riesgo de pinchar en hueso. Por tanto, cuando enrolló la *muleta* y alzó la espada, apuntaba al centro de la hendidura entre las paletillas y la clavó por encima de los cuernos, manteniendo la izquierda baja de modo que el engaño atrajese al animal. El diestro y el toro formaron un solo cuerpo y, cuando el primero se apartó, el otro tenía dentro la larga y mortal hoja de acero hasta la empuñadura y la aorta cortada. Antonio contempló cómo la res intentaba aferrarse a la arena

con las pezuñas e iba dando tumbos hasta caer pesadamente, y así concluyó el segundo *mano a mano.*

Quedaba la histeria de la multitud, las orejas, el rabo y la pata, la vuelta al ruedo del toro, el trayecto hasta el hotel Miramar de los dos *matadores* y el capataz de Domecq, que había conducido los animales de la ganadería a la plaza, a hombros de los entusiastas. Luego siguieron los comentarios, el enorme vacío que se siente tras una gran corrida, lo que hablamos, la cena en La Cónsula y, a primera hora de la mañana, embarcamos en un vuelo chárter para repetirlo todo, con un poco de suerte, en Bayona, Francia. Las noticias nos habían precedido por radio o telegrama; diez orejas, cuatro rabos, dos patas. Pero esto no significaba nada. Lo importante era que los dos cuñados habían lidiado una corrida casi perfecta, que no había quedado deslucida por trucos de los diestros ni por sucias maniobras de los apoderados o los empresarios.

Capítulo 12

El vuelo desde Málaga sobre los montes y mesetas de La Mancha y Castilla a primeras horas de la mañana resultó muy bonito, y al contemplar las empinadas y escarpadas cordilleras comprendí con qué clase de carretera se enfrentaban los conductores. Antes de que aterrizásemos en Madrid, y seguir el vuelo hasta Francia, hubo un momento en que no me fue posible apreciar como era debido el paisaje amarillento surcado de carreteras y moteado de pueblos pardos porque el piloto y el copiloto permitieron que Luis Miguel y Antonio ocuparan sus puestos. Que yo sepa, ninguno de los dos tenía título de piloto e ignoro en qué otro país hubiera podido suceder esto. Por lo visto, existe la teoría de que un torero es capaz de hacer cualquier cosa, y yo sudé durante las diferentes variaciones en altitud y las súbitas excentricidades del aparato mientras miraba hacia el suelo, que ahora me parecía hostil, hasta que el piloto tomó nuevamente los mandos.

El aeropuerto de Biarritz era nuevo, bien planeado, verde y atendido con esmero. Había caído una fuerte lluvia procedente del golfo de Vizcaya y Bayona olía a fresca y recién lavada cuando el sol salió a primera hora de la tarde. La ciudad estaba repleta de aficionados y solo encontramos una habitación en el hotel, que compartimos Antonio y yo, y que reservé para mí cuando él se fuese tras la corrida. Debía torear en Santander al día siguiente y dirigirse luego a Ciudad Real, donde el 17 de agosto tenía otro *mano a mano* con Luis Miguel. Yo pensaba quedarme en Bayona para ver a Dominguín, que actuaba el 16, y luego regresar con él en avión a Madrid para dirigirnos enseguida a Ciudad Real.

Las entradas estaban vendidas desde hacía tiempo. La arena aparecía húmeda y espesa aunque brillaba el sol en aquel día gris. Los toros eran pequeños comparados con los de primera clase y a algunos de ellos les habían recortado los cuernos y luego los habían afilado y pintado de modo que

parecieran normales, por lo que no pude tomarme la *corrida* como una auténtica competición entre dos hombres.

Luis Miguel tenía mala una rodilla a consecuencia del percance de Málaga. Casi se le había anquilosado por la noche y el viaje en avión no lo había beneficiado. No tenía confianza en las piernas, había perdido toda su seguridad y lo sabía. Tan solo podría simular que mataba bien. Dos de sus toros eran difíciles y su dominio de los animales ya no existía. Su segunda res era excepcionalmente buena y Luis Miguel se esforzó en superar la inseguridad y el dolor; trabajó bien con la capa y luego realizó una excelente *faena*, a la que puso fin con los trucos que tanto gustaban al público y que siempre se esperaban de él. Tenía buen aspecto al realizarlo con la *muleta*. Se iba convirtiendo en una figura trágica, aunque pocos lo advirtieran, y él procuraba no cojear ni buscar subterfugios con los toros. Luis Miguel mató a la res buena con una estocada que hizo entrar el acero perpendicularmente cuando arqueó el brazo. Se clavó en el sitio adecuado y le dieron las dos orejas. Con el segundo animal nada hizo excepto sufrir valientemente e intentar ocultarlo. Lo lamenté mucho por él, ya que a mi juicio en Málaga había llegado a una calidad que nunca más volvería a alcanzar.

En sus tres toros Antonio destruyó a Dominguín despiadadamente. Dos de ellos eran mejores que los de su cuñado; pero, después de la triste actuación primera de este último con un animal inferior, Ordóñez forzó la marcha, igual que si fuese un piloto que adelanta a un rival tullido, y realizó una faena brillante con la capa, la *muleta* y el estoque. Cortó dos orejas. Puesto que Luis Miguel respondió a esta buena faena con un excelente trabajo en su siguiente toro y también cortó dos orejas, Antonio se lanzó aún más a fondo y deslució lo que había hecho Dominguín con una actuación que nadie en los ruedos podía igualar. Dio cuatro veces más de lo necesario para vencer a Luis Miguel. Tras una sola *estocada*, cortó otras dos orejas y otro rabo. Desde la barrera pude ver cómo clavaba el acero con cuidado para mayor seguridad. Pero estaba muy cerca, respirando con la boca abierta, y se lanzó por encima de los cuernos en pos de la espada.

Por último, cuando Luis Miguel tuvo mala suerte con su última res, Antonio se mostró despiadado. Mejoró su anterior actuación, le dio mayor calidad y riesgo, añadiéndole algunos toques que sabía que iban a gustarle al público, y apuntó a la hendidura entre las paletillas. Pinchó en hueso, lo intentó de nuevo y lo consiguió, matando al toro como al último del día anterior. Cortó las dos orejas y se había ido a Santander cuando llegué a la

habitación, dejando en el suelo del cuarto de baño un par de sucias zapatillas de torero.

A la tarde siguiente nos sentamos a tomar unas bebidas bajo la larga penumbra del aeropuerto de Biarritz con Luis Miguel y sus viejos amigos y luego tomamos el avión chárter para Madrid. Al día siguiente Antonio y Dominguín debían enfrentarse en un nuevo *mano a mano* en Ciudad Real, a 196 kilómetros al sur de la capital, en la frontera de La Mancha. Todas las corridas habían sido muy duras, pero esta última iba a ser la peor y sería el tercer *mano a mano* en cuatro días. Al otro, Antonio iba a torear en el norte de España, en Bilbao, y Luis lo haría en el siguiente. Todos estábamos muy cansados y dormimos hasta advertir que el avión tomaba tierra en Barajas.

Desde Pamplona, Hotch y Antonio habían estado cambiando sus identidades. Ordóñez estaba muy satisfecho de tener dos muy distintas. Una de ellas era el hombre y la otra el *torero*. Cuando quería descansar en privado cambiaba de identidad con Hotch, al que llamaba Pecas o el Pecas. Lo admiraba y apreciaba mucho.

—Pecas —solía decir—, ahora eres Antonio.

—Bien, Pecas —respondería Hotch—. Más vale que te pongas a trabajar en el guión sobre la vida de Papa.

—Dile que estoy en ello. Voy por la mitad —me diría Antonio—. ¡Qué día he pasado escribiendo y jugando al béisbol!

A medianoche en la víspera de la corrida, Antonio solía decirle:

—Vuelves a ser Pecas. Y yo Antonio. ¿Te gustaría ser Antonio desde ahora?

—Dile que puede ser Antonio —me advertía Hotch—. Me parece excelente. Pero quizá deberíamos sincronizar los relojes para estar seguros.

Era en la medianoche de la víspera del *mano a mano* de Ciudad Real. Antonio iba a hacer que Hotch, en su misma habitación, se vistiera con uno de sus trajes de luces para salir con él en la plaza como *sobresaliente*, encargado de matar los toros en caso de que tanto Ordóñez como Luis Miguel resultaran heridos. Quería que Hotch fuese Antonio el día de la corrida y durante la corrida. Era ilegal por completo e ignoro cuál sería el castigo si alguien llegaba a descubrirlo. Como es lógico, no iba a serlo de verdad. Pero Antonio quería que lo creyese. Hotch figuraría como un *banderillero* más, pero todos lo tomarían por el sobresaliente.

—¿Quieres hacerlo, Pecas? —le preguntó Antonio.

—Naturalmente —respondió Hotch—. ¿Quién no?

—Ese es mi Pecas. ¿Ves por qué me gusta ser Pecas? Quién no.

En aquel viejo y oscuro hotel, de estrechas escaleras y habitaciones, que no tenía ni ducha ni baño, nos sirvieron un buen menú campesino en el atestado y ruidoso comedor. Ciudad Real se veía repleta de gente de los pueblos vecinos. Está al borde de una tierra vinícola y había mucha bebida y mucho entusiasmo. Hotch y Antonio se vistieron en el cuarto de este último y fue la más despreocupada preparación para una corrida de cuantas he visto. Miguelillo los ayudaba a ambos.

—Exactamente, ¿qué debo hacer? —indagó Hotch.

—Haz exactamente lo que yo haga cuando esperemos a salir. Juan te dirá dónde debes ponerte y se asegurará de que vas bien. Luego, síguenos y haz lo que nosotros hagamos. Después, vete detrás de la barrera junto a Papa y haz exactamente lo que él te diga.

—¿Y qué hago si he de matar a los toros?

—¿Qué actitud es esa?

—Quiero saberlo.

—Papa te dirá exactamente lo que debes hacer. ¿Cómo vas a tener dificultades? Papa advierte enseguida lo que yo hago mal o lo que Luis Miguel hace mal. Ese es su oficio. Así gana dinero. Te dirá lo que hemos hecho mal, lo escuchas con atención y no lo haces. Luego te indicará cómo debes matar el toro y tú le obedeces.

—Recuerda que en tu primera aparición no debes dejar en mal lugar a los *matadores*, Pecas —le advertí—. Sería de mal compañero. Espera al menos haberte inscrito en el sindicato.

—¿Puedo inscribirme ahora? —preguntó Hotch—. Tengo dinero en la cartera.

—No pienses en el dinero —contestó Antonio cuando lo hube traducido —. No te preocupes por el sindicato ni por cuestiones comerciales. Piensa tan solo en lo bien que vas a quedar, en la confianza que tenemos en ti y en lo mucho que vamos a enorgullecernos.

Los dejé con sus devociones y bajé para reunirme con los demás. Cuando ellos, a su vez, lo hicieron, Antonio mostraba el rostro sombrío y concentrado que solía tener antes de las corridas, sin mirar a nadie. La pecosa cara de Hotch y su aire de segundón eran los de un novillero veterano ante su primera gran oportunidad. Nadie podía adivinar que no era torero, y el traje de Antonio le caía a la perfección.

Al poco rato estábamos en la plaza esperando bajo el arco de las gradas y junto a la enjalbegada pared de ladrillos frente al portón rojo. A Hotch se lo veía perfecto apoyado en el muro entre Antonio y Luis Miguel. Al primero lo alcanzaba ya la realidad de la corrida y se había sumido en el gran vacío habitual antes de que se abriera el portón. La realidad del toreo dominaba a Luis Miguel desde hacía tiempo. Estaba mucho más tenso que en Málaga.

Di una vuelta para ver qué clase de monturas tenían los *picadores* y supe que debía salir de allí para irme al *callejón* a reunirme con Miguelillo, que estaba disponiendo los pertrechos, y esperar a Antonio y Hotch cuando concluyese el paseo. Hablé con los *banderilleros*, con Luis Miguel y con Antonio.

Alguien se me acercó para preguntarme:

—¿Quién es el *sobresaliente*?

—El Pecas —respondí.

Asintió con la cabeza.

—*Suerte*, Pecas —le dije a Hotch.

Asintió brevemente. También él intentaba sumirse en la nada. Me dirigí al lugar en el que Miguelillo y su ayudante desplegaban las capas, los estoques en sus fundas y apretaban los tornillos en los palos de las *muletas*. Bebí del cántaro y vi que las gradas no estaban llenas.

—¿Cómo se encuentra Pecas? —quiso saber el mozo de estoques.

—Ahora reza en la capilla por la salud de los otros toreros —respondí.

—Cuídalo —me advirtió Domingo Dominguín—. Puede saltar un toro.

Comenzó el *paseo*. Todos contemplábamos a Pecas. Andaba con la cantidad justa de modestia y tranquila confianza. Volví la vista para comprobar si Luis Miguel cojeaba. No lo hacía. Tenía buen aspecto y parecía seguro de sí mismo, pero estaba triste al ver los lugares vacíos en las gradas. Antonio salió con aires de conquistador. También vio los lugares vacíos pero los borró de su mente.

Hotch entró en el *callejón* y se detuvo junto a mí.

—¿Qué hago ahora? —indagó en voz baja.

—Quédate a mi lado y pon mirada inteligente y decidida, pero sin excesiva ansiedad.

—¿Se supone que te conozco?

—No muy bien. Te he visto torear. No eres un amigo.

Salió a la arena el primer toro de Luis Miguel. Había elegido aquel animal de mediana talla entre un lote de uno pequeño, uno medio y uno grande. Lo estaba lidiando con la capa y no parecía resentirse de la pierna. El público lo

jaleaba a cada pase. Trabajaba a la res frente a nosotros con la *muleta*. Comenzó bien, con buen estilo, mejoró y, cuando llegaba a ser excelente, el toro se apagó a causa del abuso de varas y de la pérdida de sangre. Le habían hecho mucho daño, pero sin cansarle los músculos del cuello. Luis Miguel se tiró a matar siete veces, pero solo lo consiguió con el segundo *descabello*.

—¿Qué le pasa? —indagó Hotch.

—Mucho —dije—. En parte es culpa del toro y en parte suya.

—¿Se va a quedar así de nuevo, sin poder matar?

—No lo sé. El animal no puso nada de su parte, pero él no podía mantener baja la mano izquierda y lanzarse a fondo.

—¿Por qué cuesta tanto bajar la izquierda?

—Peligro de muerte.

—Comprendo —dijo Hotch.

Había salido el primer toro de Antonio y lo estaba trabajando con la capa lenta y bellamente. Sin embargo, había elegido para comenzar la tarde un animal pequeño y el público no se lo tomó en serio. Las reses eran de Gamero Cívico, de Salamanca, y constituían un lote muy desigual. Dos pequeñas, una bastante grande y tres de media talla. Cuando Antonio advirtió que, mientras realizaba un trabajo clásico con la *muleta* y daba auténticos pases, los espectadores no se tomaban en serio al toro, cambió a los de Manolete, que hacen que cualquier animal parezca bueno, y llevó a cabo todo el repertorio de ese diestro mirando al tendido. Mató de una sola estocada, algo baja y a un lado, y le dieron una oreja.

El siguiente toro de Luis Miguel era grande y potente. Derribó un caballo en su primera embestida y los *picadores* hicieron todo lo posible para rebajarle el brío y la agresividad. Quedó tan mal parado que solo le pusieron un par de *banderillas*.

Luis Miguel recibió la res medio destruida e intentó realizar con ella una buena *faena*. Dio algunos pases excelentes pero no podía unirlos, excepto aquellos que daba en torno a sí mismo, en los que parecía buscar apoyo en el animal mientras lo guiaba.

Dominguín acabó bien, hundiendo el acero hasta la empuñadura, y cortó la médula con el *descabello* en el primer intento. Obtuvo una oreja. Dio con ella una vuelta al ruedo y luego saludó desde el centro. Una parte del público no estaba entusiasmada y lo demostraba.

En la arena, Antonio inició su lenta magia con la capa. El toro atacaba rápido y recto y el engaño, sostenido con delicadeza, se hinchaba moviéndose ante él a su misma velocidad y solo a milímetros de sus cuernos. Antonio lo

cuidó mucho, lo mismo con los *picadores* que con las *banderillas*. Con la *muleta* comenzó con cuatro pases, quieto como una estatua y con los pies juntos, sin moverlos un solo instante desde la primera embestida hasta que la res pasó bajo la *muleta* por cuarta vez con los pitones rozando el pecho del diestro. Se inició la música y Ordóñez comenzó a hacer que el animal girase en torno a sí, primero en cuarto de círculo, luego medio y por último lo obligó a dar una vuelta completa.

—¡Nadie puede hacer eso! —dijo Hotch.

—Puede hacerle dar vuelta y media.

—No va a quedar mucho de Luis Miguel.

—Dominguín estará bien en cuanto le mejore la pierna —opiné, confiando en que sería verdad.

—Luis Miguel está afectado —insistió Hotch—. Mírale la cara.

—Es un toro muy bueno —dije.

—Hay algo más —respondió Hotch—. Antonio no es humano. Hace cosas que ningún ser humano podría hacer. Mírale la cara a Luis Miguel.

Lo miré y parecía triste y profundamente preocupado.

—Está terriblemente pálido —comentó Hotch.

Antonio, que había concluido, cuadró la res y apuntó para, tras respirar hondo, lanzarse por encima de los cuernos con la *muleta* casi en el suelo. Mató de una sola estocada, que se hundió hasta la empuñadura y derribó al animal. Cortaron las dos orejas y el rabo para dárselos. Se acercó a nosotros sonriéndome y miró a Hotch como si no lo viese. Me dirigí a él para hablarle.

—Dile a Pecas que tiene un gran aspecto. —Dijo en inglés las últimas palabras—. ¿Le has indicado cómo debe matar?

—Aún no.

—Díselo.

Regresé junto a Hotch y vimos cómo salía el toro de Luis Miguel. Era el pequeño.

—¿Qué te dijo Antonio?

—Que tienes un gran aspecto.

—Eso es fácil —respondió Hotch—. ¿Qué más?

—Que te diga cómo debes matar.

—Sería útil saberlo. ¿Crees que tendré que hacerlo?

—No lo creo, a menos que quieras pagar por el de reserva.

—¿Cuánto costaría?

—Cuarenta mil pesetas.

—¿Puedo usar la tarjeta del Diners Club?

—No en Ciudad Real.

—Entonces lo mejor es que lo deje correr —dijo Hotch—. Nunca llevo más de veinte dólares en el bolsillo. Lo aprendí en la costa.

—Pero puedo prestártelo.

—No hace falta, Papa. Solo mataré si debo hacerlo por Antonio.

Luis Miguel trabajaba el toro a pocos pasos de nosotros. Ambos hacían cuanto estaba a su alcance; pero, después de la faena de Ordóñez, ninguno de los dos podía interesar más que a sus amigos íntimos, y los amigos íntimos del torero no estaban presentes. Este último mostraba cómo debe comportarse una res salmantina hecha por encargo, y el diestro mostraba cómo él y Manolete emocionaban al público con animales hechos por encargo hasta que un miura alargó demasiado el cuello y se llevó a Manolete. El toro se cansó y dejó su mediocridad para caer en el agotamiento y la desesperación. Le colgaba la lengua. Había cumplido su parte del compromiso y necesitaba el estoque casi a manera de regalo para ponerle fin. Pero Luis Miguel consiguió sacarle otras cuatro *manoletinas* antes de entrar a matar. No se lanzó con mucho entusiasmo y arrastraba la pierna. Se le cayó la espada. Se rehízo, atacó bien y el animal se desplomó de cansancio, de un trozo de acero que, como novedad, tenía en su interior, y de desesperanza. Había hecho cuanto se esperaba de él y desilusionó a todo el mundo.

—Luis Miguel tiene mal aspecto —dijo Hotch—. ¡Estuvo tan extraordinario en Málaga!

—No debería torear —opiné—. Pero quiere curarse toreando. Por poco lo matan en Valencia. Lo mismo en Málaga. El toro grande casi lo pudo hoy. Comienza a preocuparse.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—La muerte —expliqué. No importaba decirlo en inglés si se hablaba en voz baja—. Antonio se la trae en el bolsillo.

Ordóñez había reservado para lo último su toro de mayor tamaño y se mostraba tan despiadado con Dominguín como de costumbre. Su manejo de la capa tenía el toque mágico habitual y era más ceñido, lento e increíble. El público no lo comprendía, pero le impresionaba y ya ningún otro trabajo de capa iba a significar lo mismo para ellos. Antonio reservó el animal en buena forma para la *muleta*. Luego dio una exhibición de grandes pases y de cómo debían hacerse, ciñéndose más y más hasta que pareció que nadie podía atraer los pitones tan cerca de su cuerpo. Hizo que el toro girase en torno a él, empapándose de sangre conforme el animal pasaba por su lado bajo el control del brazo extendido. Realizó los mismos pases que había hecho Luis Miguel y

revivió todo el peligro y la emoción que había muerto con Manolete en Linares. Le constaba a Antonio que en realidad no eran tan arriesgados como los viejos pases, pero les dio cuanto antes tenían y aún más.

Ordóñez enrolló la *muleta* sin prisas frente al toro. Apuntó con la espada al lugar más alto entre las paletillas, abrió los apretados labios para respirar y se lanzó a fondo por encima de los cuernos. El animal estaba ya muerto cuando Antonio le tocó la espalda con la palma de la mano y, mientras este lo miraba con la mano alta, la bestia dobló las patas y se desplomó pesadamente.

—Bien, no tendrás que matar —le dije a Hotch.

Luis Miguel miraba al ruedo sin ver nada. Había despertado en el público la habitual histeria y cuantos fueron presos de ella estuvieron agitando pañuelos hasta que se cortaron las dos orejas, luego el rabo y por último una pata. Una oreja significaba antaño que el presidente otorgaba el animal al *matador* para que vendiera la carne, y el resto de los trofeos es un medio de juzgar la magnitud del triunfo. Hace mucho tiempo que se estableció junto con otras cosas que no benefician en absoluto el toreo.

Antonio hizo una seña a Hotch.

—Únete a la cuadrilla —le indiqué.

Hotch saltó la barrera y dio la vuelta al ruedo con Joni, Ferrer y Juan, siguiendo modesta y decorosamente a Antonio. Era algo irregular, pero el diestro lo había invitado. Hotch mantuvo la dignidad de *sobresaliente* sin devolver los sombreros ni guardarse los cigarros. Pocos de los que lo vieron pudieron dudar de que él, el Pecas, habría sido capaz de encargarse de la *corrida* en caso necesario. Se traslucía en su rudo y franco semblante y quedaba evidente en el modo como se movía. En toda la plaza tan solo Luis Miguel advirtió que no lucía coleta. Pero, de enfrentarse al toro, tampoco lo habría advertido nadie después de que el animal embistiese. Habrían supuesto que se le había desprendido al ser lanzado por los aires.

Cuando Bill y yo subimos a la pequeña habitación del hotel, Antonio seguía empapado en sangre. Miguelillo le quitaba los pantalones y la larga camisa de lino, que estaba tan húmeda que se le pegaba con fuerza al vientre y a los muslos.

—No es bueno para las camisas, Papa —me dijo Ordóñez.

Aquella noche se iría a Bilbao, después de cenar en Madrid, para dormir en esa ciudad y torear por la tarde. Nos encontraríamos en el Carlton de la capital vasca.

Antonio deseaba actuar en Bilbao, la plaza más difícil de España, donde los toros son más grandes y el público más severo y exigente, de modo que

nadie pudiera decir jamás que hubo algo dudoso o turbio en la temporada de 1959, en la que lidió como nadie lo había hecho desde Joselito y Belmonte. No le importaba que Dominguín también fuese. Pero iba a resultarle un viaje lleno de peligros. Si a Luis Miguel lo hubiera representado su padre, que era listo y algo cínico y entendía el negocio, en vez de sus dos simpáticos hermanos, que necesitaban el diez por ciento de cada corrida suya y de Antonio, nunca habría ido a Bilbao para que acabasen de destruirlo.

Capítulo 13

Salimos tarde de Madrid, pero el Lancia, que habíamos bautizado como La Barata, era muy rápido y se comió los kilómetros de la conocida carretera que conduce al norte. Nos detuvimos en la vieja taberna de Burgos para que nuestro antiguo conductor, Mario, que había conducido el Lancia desde Údine antes del *mano a mano* de Ciudad Real, pudiese probar las truchas de los ríos que surcan la alta serranía castellana. Brillantes y moteadas, eran rollizas, frescas y de carnes firmes y en la cocina se podía escoger la que uno deseaba, lo mismo que las perdices. Servían el vino en jarras de barro y comimos del delicioso queso burgalés que solía regalarle a Gertrude Stein en París al regresar de España en los días en que viajaba en vagones de tercera.

Mario fue muy deprisa de Burgos a Bilbao. Era piloto de carreras, por lo que no había peligro, por lo menos en teoría, pero me entraban sudores cada vez que consultaba el cuentarrevoluciones. Teníamos tres clases de cláxones en La Barata. Uno de ellos significaba que se apartasen porque llegábamos. Nos fue muy útil, pero una vez que habíamos pasado veía asnos, cabras y pastores que esperaban el tren.

Bilbao es una ciudad industrial y naviera situada en una hondonada entre montañas, junto a un río. Es rica, grande, sólida y o bien cálida y húmeda, o bien fría y húmeda. El paisaje que la rodea es muy bonito y resultan encantadores los pequeños ríos que cruzan el país. Es una ciudad con mucho dinero y de grandes deportistas en la que tengo numerosos amigos. En agosto puede ser más calurosa que ningún otro sitio de España, excepto Córdoba. Aquel día no lo fue mucho y en las amplias calles se veía mucha animación.

Teníamos buenas habitaciones en el Carlton, que es un hotel excelente. La *feria* de Bilbao es seria, lujosa y sólida como ninguna otra en España y los toreros deben vestir chaqueta y corbata. Bill y yo llevábamos tanto tiempo en la carretera que nos sentíamos desplazados en el elegante vestíbulo, pero La Barata salvó nuestro rango social. Era el mejor coche de la ciudad.

Antonio se mostraba tan contento como cuando nos habíamos separado. Le gustaba Bilbao, sin darle importancia a su conservadurismo y a su riqueza. Allí nadie puede quedarse en el *callejón*. Incluso obligan a salir a los toreros que han lidiado la víspera y van a hacerlo al día siguiente. Había más ley y orden que en ningún otro lugar de España, y la policía nos hizo recorrer todo el ruedo antes de dejarnos entrar por el lugar más lógico y que siempre habíamos usado.

Al fin llegamos a nuestras localidades y nos resultaba extraño ver la corrida desde las gradas en vez de hacerlo desde la *barrera*. Antonio lo dio todo de sí, lo mismo que había hecho a lo largo de la temporada, y se mostró soberbio con sus dos toros. Cortó ambas orejas de cada uno de ellos, que es cuanto se permite en Bilbao. Todo parecía fácil y sencillo por la perfección y naturalidad con que él actuaba y mató con la misma soltura y decisión.

Ordóñez encantó y emocionó profundamente al público. Un espectador vecino nuestro comentaba:

—Me ha devuelto la afición a los toros que había perdido totalmente.

Antonio estaba satisfecho con sus toros y pudo comunicar ese sentimiento al público, que a su vez estaba plenamente satisfecho con él. Era lo mismo que si todo se hubiera convertido en bello y simple para cuantos lo veían.

La actuación de Luis Miguel al día siguiente fue una desilusión completa. Comenzó bien y dio magníficas *verónicas* en su primer toro después de unos pases con la capa que eran más que aceptables. En la pugna que sostenía con Antonio había mejorado su manejo del capote, y durante la primera parte de la corrida parecía seguro y en buenas condiciones. La res era de mediana talla; no mala para lidiarla pero, sin duda, en absoluto un regalo. Dominguín no parecía satisfecho, pero tampoco se lo veía incomodado. Pinchó un par de veces al entrar a matar bien y luego pudo clavar tres cuartos de acero, con lo que el animal murió.

Su segundo toro era grande y con potentes cuernos. Luis Miguel mantuvo su buen trabajo con la capa, pero la res era difícil y potencialmente peligrosa. Dudó en embestir a los caballos y, a su vez, los *picadores* dudaban en ponerle varas. Dio la impresión de que Luis Miguel recobraría el animal con el cuello alto, difícil y sin que le hubiesen castigado. Por tanto, el último de los picadores se apoyó materialmente en él, retorciendo la puya e hiriéndolo cuanto pudo. Eso no se hace más que obedeciendo órdenes.

La res volvió a Dominguín más difícil que cuando se había enfrentado por primera vez a los caballos y el diestro la trabajó con inteligencia, pero preocupado por la pierna, para intentar dominarla de modo que la pudiese

cuadrar y librarse de ella. El toro no cesaba de buscar el cuerpo por debajo del trapo. Dominguín se lanzó a fondo por dos veces con precaución y sin fe. En aquel toro no se podía confiar y Luis Miguel arrastraba la pierna al tirarse a matar. En el tercer intento logró darle algo más de media estocada, pero lo hizo en un sitio vital y la res se derrumbó. El público estaba defraudado y lo demostraba.

Todos nos sentimos mal a causa de Dominguín, pero Tamames, su médico, era el que se sentía peor. La herida de Valencia seguía molestando a Luis Miguel y su dolor sordo y esporádico hizo que tanto la cornada como las circunstancias en que la había recibido se le fijasen en la mente. Tenía dañado el menisco. Es el tipo de lesión que recibe un futbolista al que golpean de costado o un jugador de béisbol que cae al suelo al atrapar un tiro fuerte. Tamames intentaba reducir la inflamación del menisco con rayos ultrasónicos. De no conseguirlo y aumentar dicha inflamación, la rodilla podía inmovilizársele de improviso. Eso podía representar la muerte de Luis Miguel. De extirparle el menisco, no iba a podar moverse durante tres a seis semanas y siempre cabía la posibilidad, aunque no fuese probable, de que pusiera fin a su carrera de torero. Hasta entonces, no había empeorado lo suficiente ni tampoco causado el suficiente daño a los dos huesos principales de la pierna para que hubiese un inmediato peligro de que se le inmovilizase la rodilla; pero resultaba doloroso y minaba la confianza de Dominguín en sí mismo.

Luis Miguel me tenía muy preocupado. Insistía en continuar el duelo con Antonio. Después de verlo torear esta última vez y recordando lo que le había ido ocurriendo en todas las corridas desde Valencia, tenía la seguridad de que ese duelo solo podría concluir con Dominguín muerto o anulado como *matador*. Por la manera de torear de Antonio y por su absoluta seguridad y maestría no me parecía posible que volviesen a cogerlo. Yo siempre temía por él. Pero era absurdo que lo corneasen, ya que casi todas las cornadas se anuncian con anterioridad y no había habido ningún anuncio, ni mental, ni físico ni táctico. Se encontraba en una etapa de abundancia, de exceso. Pero ese era entonces su estado normal y lo hacía dentro de las leyes que indican cómo debe hacerse. Lidiar con absoluta perfección, esto es, con lentitud y belleza, es siempre extremadamente peligroso. Sin embargo, poseía tal dominio de las reses que todo parecía resultarle fácil y, al haberse desprendido del temor a la muerte, había obtenido una especie de coraza.

No obstante, la *feria* de Bilbao le resultó muy peligrosa a Ordóñez ya que tenía demasiados amigos ricos y había excesiva vida social. No era la siniestra

de Madrid. Se acostaba muy tarde y no realizábamos los ejercicios que proporcionaban un saludable cansancio ni tampoco los agotadores viajes en coche que los sustituían y que permitían dormir al diestro.

Todo esto se advirtió la víspera de su última corrida con Luis Miguel. Ninguno de sus toros era bueno y uno de ellos quedó ciego durante su actuación, aunque ya no veía mucho al salir a la arena. Ninguna de las reses servía para realizar un brillante trabajo con la capa ni para una correcta *faena* con la *muleta*. La primera resultó peligrosa, con tendencia a trotar, y buscaba de continuo al hombre por debajo del trapo. No se podía confiar en ella cuando se la lidiaba con la capa. Había mayor distancia entre Antonio y el animal al darle los pases de la que habría habido de haberse acostado a medianoche.

Durante dos días había estado lloviendo sobre Bilbao y luego se aclaraba el cielo a tiempo para la corrida. Su plaza tiene buenos desagües y al construirla sabían la clase de arena que necesitaban. Aquella tarde la superficie estaba empapada, pero no resbaladiza, aunque al mediodía semejaba que los chaparrones impedirían el espectáculo. Pero al fin salió el sol, reinaba un calor húmedo y pasaban densas nubes.

Luis Miguel se encontraba mejor a causa del tratamiento al que le sometía Tamames, pero se lo veía triste y preocupado. Aquel mismo día, un año antes, moría su padre de cáncer en medio de atroces sufrimientos y Luis Miguel pensaba en eso y en otros asuntos. Mostraba la cortesía de costumbre, pero en la adversidad se había hecho más amable. Sabía lo cerca que había estado de que lo matasen la última vez que había toreado con Ordóñez. También sabía que los Palha de ahora no eran los de antes, considerados como supermiuras, y que aquella ciudad no era Linares. Pero se acumulaban muchas preocupaciones y parecía acabársele la buena suerte. Una cosa era vivir para ser el número uno de su profesión en todo el mundo y tener esa creencia de su superioridad como la principal de su vida. Pero otra era que casi lo mataran cada vez que salía a demostrarlo y, además, saber que solo seguían creyéndolo sus más ricos y poderosos amigos, un buen número de mujeres hermosas y Pablo Picasso, que no había visto una corrida en España desde hacía veinticinco años. Lo importante era que él mismo lo creyese. Los demás recobrarían su fe en él si él lo creía y lo demostraba. Herido y cansado como entonces se encontraba no era la ocasión más apropiada para lograrlo. Pero lo iba a intentar y quizá se repitiese el milagro de Málaga.

En su habitación, Antonio estaba tranquilo y relajado como un leopardo descansando bajo las sábanas. Solo estuvimos un instante porque quería que reposara. Pero él se sentía tan alegre como lo había estado durante todo el verano.

En la planta baja, el bar y el comedor se hallaban repletos de gente que esperaba mesa. Al fin pudimos comer en una grande en compañía de viejos y nuevos amigos. Domingo Dominguín me dijo que creía que los Palha serían mejores que en Valencia. Dos de ellos tenían poco peso pero semejaban más grandes de lo que en realidad eran. Los dividieron en lotes bastante iguales. Luis Miguel había elegido como primero a uno de los pequeños. Se habían agotado las entradas y asistían a la corrida muchos dignatarios del gobierno. Doña Carmen Polo de Franco, esposa del jefe del Estado, se hallaba en el palco de la presidencia con un grupo de San Sebastián.

El primer toro de Luis Miguel salió muy rápido. Tenía magnífica estampa y potentes cuernos y parecía mayor de lo que en realidad era. Dominguín lo tomó con la capa e hizo algunos buenos pases. Su primer *quite* fue excelente. No parecía molestarle la pierna en lo más mínimo, pero le advertí un aire triste cuando se acercó a la *barrera*.

Con la *muleta* actuó muy cerca del animal y le dio muy correctos pases por la derecha. Mejoraron conforme los realizaba y el diestro fue sintiéndose más seguro con la res. No dejé de observarle los pies, que me tenían preocupado, pero en apariencia todo iba bien. Luego, Luis Miguel tomó la *muleta* con la izquierda para dar una serie de *naturales*. Habrían sido de mérito si los hubiera hecho cualquier otro *matador*, pero en modo alguno estaban a la altura de los que había realizado en Málaga y solo aplaudieron quienes ocupaban el tendido de sombra. Se pidió música y Luis Miguel llevó a cabo una serie de pases de perfil de los que había popularizado Manolete y los hizo muy bien. Luego inmovilizó al toro balanceando el trapo un par de veces para obligarlo a mantener alta la cabeza, lo hipnotizó y, por último, cayó de rodillas ante él.

A una parte del público le gustó aquello, pero no al resto. Antonio había conseguido que temporalmente no aprobaran esas cosas. Dominguín se puso de pie sin necesidad de apoyarse en el palo de la *muleta*, prueba de que la pierna respondía. Apretaba los labios y semejaba desilusionado. Se lanzó a matar bastante bien y decidido. La espada se clavó en lo alto y el animal comenzó a sangrar por la boca. Se desplomó de golpe, pero no cortaron orejas. El estoque me parecía bien colocado y es frecuente que las reses sangren por la boca cuando se corta una arteria. Hubo muchos aplausos y Luis

Miguel salió a saludar. No sonreía y tenía un aire sombrío, pero la pierna estaba en buenas condiciones, pues, de otro modo, no se habría arrodillado.

Salió el toro de Antonio. Era casi idéntico al de Dominguín y más o menos del mismo tamaño. Respondía bien por ambos lados y Antonio lo tomó donde había concluido la víspera. Fue el mismo trabajo de capa, mayestático, bello, que habíamos visto durante la temporada y podía advertirse cómo el entusiasmo volvía a la plaza por los murmullos del público que interrumpían súbitos gritos.

Tras un par de *banderillas*, Ordóñez pidió permiso para recobrar al toro y comenzó a prepararlo con la *muleta*. El animal era lento en las embestidas y el diestro tuvo que arrimarse mucho. Después de imbuirle confianza con una serie de pases por la derecha que no lo castigaron en absoluto y lo hicieron acercarse más y más hasta encontrarse casi juntos, comenzó la música y Antonio se apartó del toro para citarlo desde lejos con la *muleta* en la izquierda. Lo había animado mucho e iba ampliando la distancia desde la que podría atacar.

El toro tenía buena vista y Antonio lo dejó aproximarse y lo guió moviendo lentamente el trapo con la muñeca a la velocidad precisa para someterlo a una serie de *naturales* ceñidos, lentos y perfectos. Concluyó con un pase que hizo que los cuernos le rozasen el pecho y vi cómo la roja tela dejaba pasar los pitones y luego se deslizaba por el cuello, la espalda y el rabo del animal.

Al fin mató, hundiendo con fuerza la espada hasta la empuñadura. La clavó quizá a un par de centímetros a la izquierda del sitio adecuado, y Antonio permaneció ante el toro con la mano derecha alzada, fijos en él sus oscuros ojos de gitano; la mano alzada en señal de triunfo, el cuerpo erguido con arrogancia para mostrarse ante el público; pero sus ojos, como los de un cirujano, observaban la res, a la que pronto fallaron las patas traseras, para enseguida tambalearse e ir desmoronándose hasta caer muerta.

Luego se volvió hacia las gradas para contemplar a los espectadores, desaparecida ya su mirada de cirujano, con el rostro resplandeciente de felicidad por el trabajo recién concluido. Un torero no puede comprobar nunca la obra de arte que realiza. No tiene ocasión de corregirla como puede hacer un pintor o un novelista. Tampoco puede oírla como hace un compositor. Tan solo puede sentirla y escuchar las reacciones del público. Cuando se da cuenta de que hace algo grande, esto lo domina de modo que ninguna otra cosa en el mundo le importa. Mientras realiza su obra de arte, sabe que debe mantenerse dentro de los límites de su habilidad y de su

conocimiento de las reses. Se denomina fríos a los *matadores* que muestran con toda evidencia que están pensando en eso. Antonio no era frío y había cautivado a los espectadores. Alzó la vista hacia ellos y demostró modestamente, pero sin humildad, que tenía conciencia de lo que acababa de hacer, y al dar la vuelta al ruedo con la oreja en la mano fue contemplando cómo se iban poniendo en pie a su paso los distintos segmentos de Bilbao, ciudad a la que amaba, y se sentía dichoso de que fueran suyos. Me volví para mirar a Luis Miguel, que tenía la vista perdida, y me pregunté si aquel era el día o iba a ocurrir en cualquier otro.

Jaime Ostos se mostró soberbio con su toro, que era algo más grande que los dos anteriores y muy apropiado para realizar una buena faena. Estuvo magnífico con la capa y experto y brillante con la *muleta*. Al público le impresionó mucho su trabajo y le concedieron una oreja aunque tuvo dificultades con el estoque.

Una vez que Jaime hubo dado la vuelta al ruedo, los tres *matadores* subieron al palco presidencial para presentar sus respetos a doña Carmen Polo de Franco. Luis Miguel, que es amigo del yerno del generalísimo y va de caza con este último, había ya enviado sus saludos y sus excusas. Pero la pierna ahora estaba en condiciones de permitirle subir al palco. Y, aunque no lo estuviese, subió y luego volvió a bajar. El siguiente toro era suyo.

Era negro, algo mayor que el primero. Tenía buenos cuernos y salió con brío. Dominguín fue a su encuentro e hizo cuatro lentas y tristes *verónicas* para al final enrollar al animal en torno a su cintura con una *media verónica*.

Sin embargo, Luis Miguel no parecía triste. Una de sus mayores ventajas había sido siempre su conocimiento de cómo debía realizarse la corrida y cómo dirigir cada movimiento en la lidia de sus toros. Estaba decidido a sacar todo el partido posible de aquel animal, por lo que lo tomó con la capa y lo situó en el lugar exacto desde el que quería que embistiese a los caballos. El *picador* avanzó con la vara a punto y la res atacó. El hombre clavó la puya en el mismo momento en que el animal embestía al caballo, y varió la dirección de la pica, esperando un nuevo ataque. Luis Miguel apartó al toro para realizar otras cuatro tristes *verónicas* con su solemne final.

Luego situó a la res en posición de embestir de nuevo. Es uno de los movimientos más sencillos del toreo y Dominguín lo había hecho miles de veces. Quería fijar al animal con un golpe de capa para que quedase con las patas delanteras fuera del círculo pintado. Pero al moverse ante el caballo, de espaldas a este y al jinete, que tenía la vara en ristre, la res atacó a la cabalgadura y Dominguín estaba en la línea de ataque. El toro, sin prestar

atención a la capa, hundió el cuerno en el muslo del diestro y lo lanzó con fuerza hacia el caballo. El *picador* clavó la puya cuando Luis Miguel aún estaba en el aire, pero cuando este cayó la res lo corneó un par de veces en el suelo. Su hermano Domingo había saltado la *barrera* para recogerlo. Antonio y Jaime Ostos corrían con las capas para apartar al animal. Todos sabíamos que la herida era grande y peligrosa y parecía que le hubiera penetrado en el abdomen. La mayoría imaginó que era mortal. Lo habría sido si el toro lo hubiera aplastado contra la coraza del caballo, con lo que probablemente habría logrado hundir el cuerno por completo. Luis Miguel tenía el semblante grisáceo cuando lo trasladaban, se mordía los labios y oprimía el bajo vientre con las manos.

Desde donde estábamos sentados, en la primera grada, no había modo de dirigirse a la enfermería y la policía no permitía que nadie usara el callejón, por lo que me quedé a ver cómo Antonio se enfrentaba al toro de Luis Miguel.

Lo habitual, cuando una res hace a un diestro una herida tan grave y quizá mortal, como aquella parecía, es que el *matador* que la hereda la lidie brevemente y la despache tan deprisa como sea posible. Antonio no iba a hacerlo. Era un buen toro y no quería desperdiciarlo. El público había pagado para ver a Luis Miguel, que había sido eliminado en un accidente estúpido. Pero era su público. Si no podían tener a Dominguín, tendrían a Ordóñez.

Prefiero creerlo así, o que deseaba cumplir el contrato de Luis Miguel en su nombre. De todos modos, sin saber la exacta gravedad de la herida de Dominguín, excepto que estaba en lo alto del muslo derecho y era muy mala, Antonio salió con los nervios tan tranquilos y serenos como en su último toro y lidió al que acababa de cornear a Luis Miguel. Estalló una salva de aplausos, se oyó la música y Antonio, animando a la res, comenzó a dar pases increíblemente ceñidos. Realizó una extraordinaria *faena* y mató deprisa, lanzándose bien, pero con el estoque a cinco centímetros del punto más alto. Los espectadores lo aplaudieron. El diestro sabía que si había clavado allí el acero fue para acabar cuanto antes.

De la enfermería indicaron que la herida se encontraba en la ingle derecha, en el mismo sitio que la de Valencia. Había alcanzado el abdomen, pero ignoraban si había perforación. Luis Miguel estaba anestesiado y lo operaban.

Entonces salió el toro de Antonio. Era el mayor hasta entonces. Tenía buenos cuernos y apareció como si fuese un inútil, mirando a todos los lados y moviéndose con un trotecillo. Juan le tendió la capa y el animal la rehuyó

para saltar enseguida al callejón, por el que fue corneando a derecha e izquierda hasta que abrieron una valla y pudo volver al ruedo. Pero al salir los caballos, embistió con valentía. Los *picadores* lo contuvieron bien y la res empujaba vigorosamente la vara, hundiendo en el suelo las pezuñas y contra la puya de acero. Antonio la atrajo e inició su lidia con la capa, dándole pases lo mismo que si no tuviera defectos. Medía al milímetro la velocidad de sus ataques, a la que ajustaba el trapo para dominar al animal. Pero al público le parecían los fáciles, mágicos y lentos vaivenes de costumbre.

Con las *banderillas* se puede ver cómo un toro aprende a ser peligroso y difícil, y aquel me pareció que entonces se desmoronaba, por lo que estuve sudando hasta que Antonio lo recibió con la *muleta* y el estoque. También él sudaba y vi, aunque no pude oírlo, que les decía algo a Ferrer y Joni.

Mientras lo contemplábamos el público gritaba de entusiasmo a cada pase, estallando en ovaciones al final de cada serie. Antonio, a los sones de la música, dirigía la res que antes resultaba grande, nerviosa e inútil, a través de un curso completo de cuanto de clásico y bello puede hacerse con un toro bravo. No había ahora separación alguna entre el diestro y el animal cuando los pitones pasaban rozándole el cuerpo. Atraía al toro a la velocidad que este elegía, y el dominio de la muñeca sobre la tela roja creaba una figura plástica al unirse la enorme masa del animal y la erecta y esbelta silueta. Luego movió la muñeca para atraer junto a su torso el pesado toro negro, que llevaba la muerte entre sus pitones, en el decisivo y más arriesgado de los ejercicios. Al verlo llevar a cabo el *pase de pecho* una y otra vez, tuve la certeza de lo que haría a continuación. Preparaba a la res para matar *recibiendo*.

La manera más impresionante de matar, si al toro aún le quedan alientos para embestir, es *recibiendo*. Es la más antigua, la más peligrosa y la más bella puesto que el diestro, en vez de lanzarse sobre el animal, permanece inmóvil, cita al toro y, cuando este llega, lo desvía hacia la derecha con la *muleta*, al tiempo que clava el estoque muy alto entre las paletillas. Es peligroso porque si el trapo no arrastra debidamente a la res y esta alza la cabeza, el *matador* recibe una cornada en el pecho. Normalmente, si el animal alza la cabeza cuando el hombre se lanza a matar, la herida es en el muslo derecho. Pero, para matar *recibiendo* como es debido, el diestro debe esperar a que el toro esté a tres o cuatro centímetros de distancia. Si se inclina hacia un lado o aparta al animal con un movimiento de trapo excesivamente amplio, el estoque se clava en uno de los costados.

«Espera a que esté a punto de cogerte» es la norma para matar de ese modo. Pocos son capaces de esperar y también pocos tienen la mano

izquierda capaz de guiar con seguridad a la res. Para el toro es el mismo pase que el de *pecho* y por ese motivo Antonio lo preparaba con ellos y se aseguraba de que aún le quedaban bríos para seguir el trapo, de que no alzaría la cabeza ni se detendría a mitad del ataque. Al advertir que la res estaba a punto e intacta, la cuadró, justo a nuestros pies, y se dispuso a matar.

Durante nuestros viajes nocturnos habíamos comentado esta suerte y convenido en que para Antonio sería fácil a causa de su firme mano izquierda. Tan solo el precio que podía pagarse lo hacía difícil. El precio que puede pagarse es que el cuerno se clave en el pecho como una daga, pero una daga tan gruesa como un palo de escoba e impulsada por unos músculos del cuello capaces de alzar y derribar un caballo o de resquebrajar las planchas de cinco centímetros de grosor de la *barrera*. A veces los cuernos son tan afilados que rasgan el revestimiento de seda de una capa lo mismo que una navaja de afeitar. A veces están astillados, por lo que la herida que causan es tan amplia como una mano. Desde luego, era fácil para quien fuera capaz de observar sin moverse al toro que se acerca en línea recta, sabiendo que hay que esperarlo hasta que pueda dar una cornada en el pecho en caso de que alce la cabeza al sentir que se le clava la espada. Desde luego, era fácil. Estábamos de acuerdo.

Ahora Antonio se irguió, apuntó la hoja del estoque y dobló la rodilla hacia delante mientras agitaba la *muleta* hacia el toro. La enorme res embistió, y la espada fue a pinchar en hueso entre las paletillas. El diestro se inclinó sobre el animal al tiempo que el acero se doblaba, y el grupo que debía permanecer unido se deshizo cuando aquel siguió la *muleta*.

Nadie en nuestros días cita *recibiendo* por dos veces. Eso queda para la época de Pedro Romero, aquel otro gran torero de Ronda que vivió hace muchos años. Pero Antonio quería matarlo de ese modo mientras el animal pudiese embestir. Por tanto, lo cuadró de nuevo, apuntó la hoja de acero y volvió a citarlo con la rodilla en tierra hasta atraerlo al lugar en que el animal podría herirlo si alzaba la cabeza. Otra vez pinchó en hueso y otra vez se deshizo el grupo mientras la *muleta* apartaba al toro de grandes cuernos.

El animal tenía ahora menos bríos, pero Antonio sabía que conservaba los suficientes para una nueva embestida. Debía de saberlo, sin duda, aunque nadie más se diera cuenta, y el público no podía creer lo que estaba viendo. Todo lo que Ordóñez necesitaba para obtener un gran triunfo con aquel toro era clavarle la espada decentemente y sin exponerse demasiado. Pero quería compensar por cada una de las reses a las que había matado con ventaja a lo largo de su existencia; y eran muchas. A aquel toro le había dado dos oportunidades para que, de haberlo querido, lo hiriese en el pecho e iba a

darle una tercera. Pudo haber apuntado bajo o a uno de los costados en cada ocasión en que el animal le pasó por el lado, y nadie se lo habría tenido en cuenta al *matar recibiendo*. Antonio sabía en qué lugares el cuerpo del toro es más blando y la hoja se hunde pronto, con lo que habría quedado bien, bastante bien o por lo menos no muy mal. Por ese modo de matar se han dado muchas orejas en los últimos años de la fiesta. Pero ese día no. Ese día el diestro iba a pagar por todas las ventajas que había tomado a cualquiera de los toros que había estoqueado.

Cuadró de nuevo a la fiera, y había tanto silencio en la plaza que pude oír cómo una mujer cerraba un abanico a mi espalda. Antonio apuntó a lo largo del estoque, dobló la rodilla hacia delante y le agitó la *muleta* al toro y, cuando este acudió, esperó hasta el momento exacto en que podía cornearlo. Entonces lanzó la estocada y la propia res se ensartó con fuerza en la espada al seguir el trapo y Antonio dio el último empujón a la empuñadura, clavando totalmente la hoja de acero entre las dos paletillas. Ordóñez no había movido los pies y era uno con el toro y, cuando tocó la negra piel con la palma y los cuernos le pasaron ante el pecho, la res estaba muerta. Pero la bestia aún lo ignoraba y contempló a Antonio, que, de pie ante ella, alzaba la mano, no como señal de triunfo sino de despedida. Yo creía saber lo que pensaba en esos momentos aunque durante un minuto no le vi la cara. Tampoco podía verla el toro, pero era el rostro extrañamente amistoso del muchacho más extraño de cuantos he conocido y por una vez mostraba compasión en el ruedo, donde no hay sitio para ese sentimiento. Ahora el toro ya sabía que había muerto, le fallaron las patas y los ojos se le vidriaron mientras Ordóñez lo contemplaba.

Así terminó aquel año el duelo entre Antonio y Luis Miguel. Ya no podía haber auténtica rivalidad para quienes habían estado presentes en Bilbao. La cuestión quedaba zanjada. Podía revivirse, pero solo técnicamente. Podía revivirse sobre el papel, para ganar dinero o para explotarla ante los públicos sudamericanos. Pero ya no quedaba la menor duda de quién era el mejor para aquellos que habían asistido a las corridas y habían visto a Antonio en Bilbao. Podía argumentarse que había sido el mejor en esa ciudad porque Luis Miguel tenía una pierna mala. Era posible que pudiera ganarse dinero con esa presunción. Pero iba a resultar demasiado peligroso, e incluso mortal, intentar alguna vez reavivarlo ante un público de verdad en una plaza española con auténticos toros de cuernos sin manipular. Ya había quedado zanjado aquel asunto y sentí un gran alivio cuando avisaron de la enfermería que de nuevo,

pese a que el pitón había llegado al abdomen de Luis Miguel, no había perforado los intestinos.

Aquella noche, una vez que Antonio se hubo vestido, fuimos a ver a Dominguín. Antonio conducía. Aún no se había serenado y hablamos de la corrida en la habitación y en el coche.

—¿Cómo supiste que el toro tenía suficientes ánimos para embestir por segunda y tercera vez?

—Lo supe —respondió—. ¿Cómo se saben las cosas?

—Pero ¿qué es lo que viste?

—Para entonces lo conocía bien.

—¿Las orejas?

—Todo. Yo te conozco a ti. Tú me conoces a mí. Es lo mismo. ¿No creíste que atacaría?

—No, pero yo estaba en las gradas. Queda lejos.

—Son solo dos o tres metros, pero equivalen a un millar —convino.

En su habitación de la clínica, Luis Miguel sufría mucho. La cornada había penetrado por la cicatriz de la herida de Valencia, que no estaba totalmente curada, volvió a abrirla y luego siguió su misma trayectoria hasta el abdomen. En la habitación había media docena de personas y Dominguín se mostraba amable con ellas a pesar de lo que sufría. Su esposa iba a llegar con su hermana mayor en el avión nocturno de Madrid.

—Siento no haber podido ir a la enfermería —le dije—. ¿Duele mucho?

—Así, así, Ernesto —respondió en voz baja.

—Manolo te lo calmará.

Sonrió levemente.

—Ya lo ha hecho.

—¿Quieres que saque a esa gente?

—Pobre gente —dijo—. Has obligado a salir a tantas personas… Te he echado de menos.

—Te veré en Madrid —indiqué—. Puede que, si nos vamos, los otros sigan.

—Se nos veía tan bien a todos juntos en las fotografías… —comentó.

—Te veré en Ruber.

Era la clínica.

—Mantuve reservada la habitación —dijo.

Fotografías

© A. E. Hotchner / John F
Luis Miguel Dominguín en 1954 preparándose para su regreso a los ruedos.

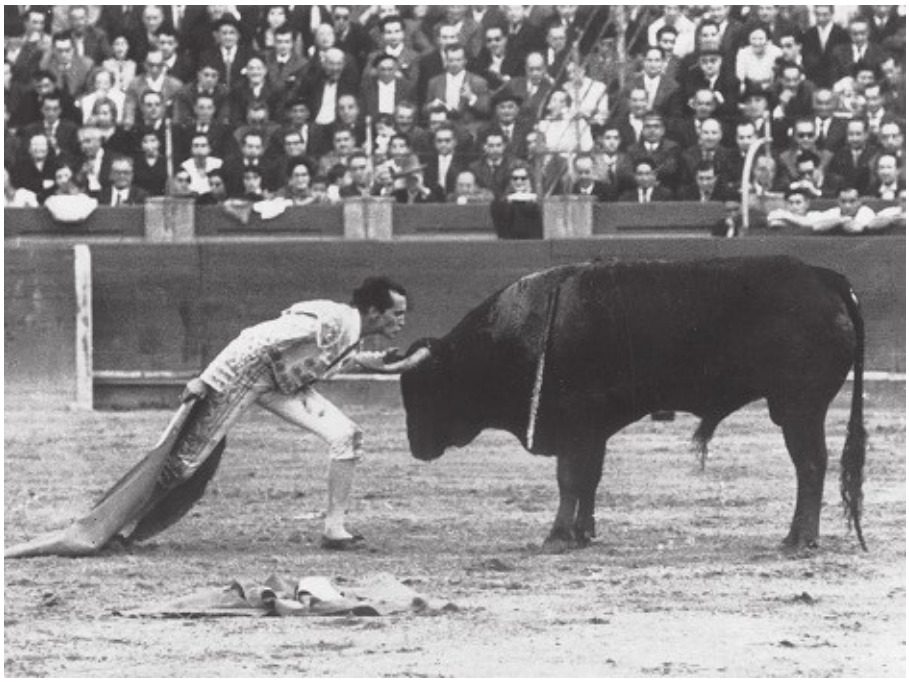
© A. E. Hotchner / John F
Hemingway con Dominguín y su amiga Ava Gardner en 1954.

© Larry Burrows / Archivo de Russell Burrows
Antonio Ordóñez contempla la faena de Dominguín durante una de sus corridas mano a mano.

© Cuevas / John F. Kennedy Library
Antonio Ordóñez en un pase de pecho. Bilbao, 1952.

© Cuevas / John F. Kennedy Librar
Dominguín citando por banderillas al toro y poniéndoselas (siguiente imagen). Era famoso como maestro en esta suerte de la tauromaquia.

© Cuevas / John F. Kennedy Library



© Cuevas / John F. Kennedy Librar

Dominguín ejecutando dos de los «trucos» que desagradaban a Hemingway: besando al toro y, en la imagen siguiente, simulando hablarle por teléfono.

© Cuevas / John F. Kennedy Library

© Cuevas / John F. Kennedy Library
Ordóñez entrando a matar. Logroño, 1955.

John F. Kennedy Library
Ordóñez dando un derechazo de rodillas.

© Cuevas / John F. Kennedy Library
Ordóñez es sacado de la plaza tras recibir una cornada el 30 de mayo de 1959 en Aranjuez. Lleva todavía en la mano el rabo del toro que le fue concedido junto con las dos orejas por su faena.

© Larry Burrows / Archivo de Russell Burrows
Hemingway y A. E. Hotchner curando la cornada sufrida por Ordóñez.

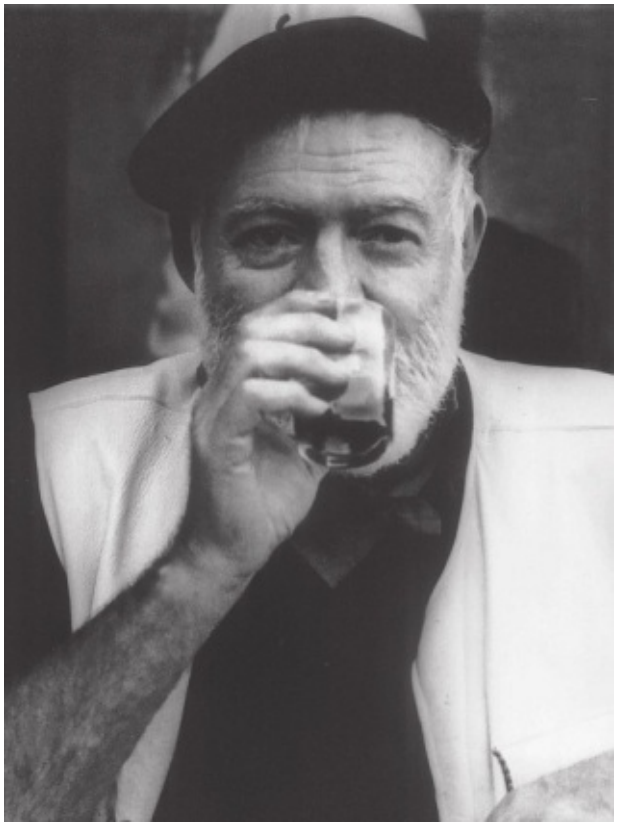
© Larry Burrows / Archivo de Russell Burrows
Hemingway y Ordóñez practicando el tiro al plato en la residencia de Bill Davis cerca de Málaga, donde el torero convalecía después de su cogida. A la derecha, A. E. Hotchner presencia la escena.

© Francisco Cano

El comienzo de la celebración del sesenta aniversario de Hemingway, el 21 de julio de 1959, a mediodía, junto a la piscina de los Davis. De izquierda a derecha: Bill Davis, sentado; Gianfranco Ivancich, de pie, charlando con Hemingway, y el general Buch Lanham, sentado, charlando con el doctor George Saviers, de Sun Valley, Idaho. Junto a la piscina, de izquierda a derecha, la señora Ivancich, Mary Hemingway y la señora Saviers.

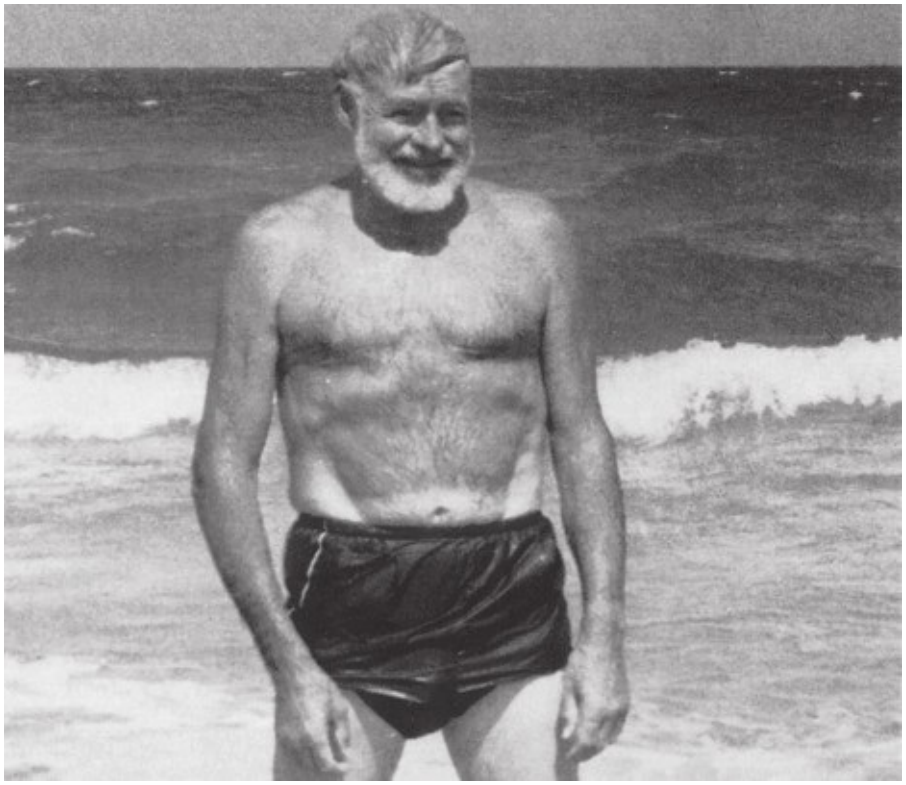
© Francisco Cano
El mismo día por la noche, abriendo los regalos. De izquierda a derecha, Antonio Ordóñez, Mary Hemingway, Carmen Ordóñez (cuyo cumpleaños se celebraba también) y Ernest Hemingway.

© Cuevas / John F. Kennedy Library
En la caseta de tiro portátil alquilada por Mary Hemingway para la fiesta, Ernest Hemingway dispara sobre el cigarrillo que sostiene Ordóñez entre los labios. En primer plano, Buch Lanham.



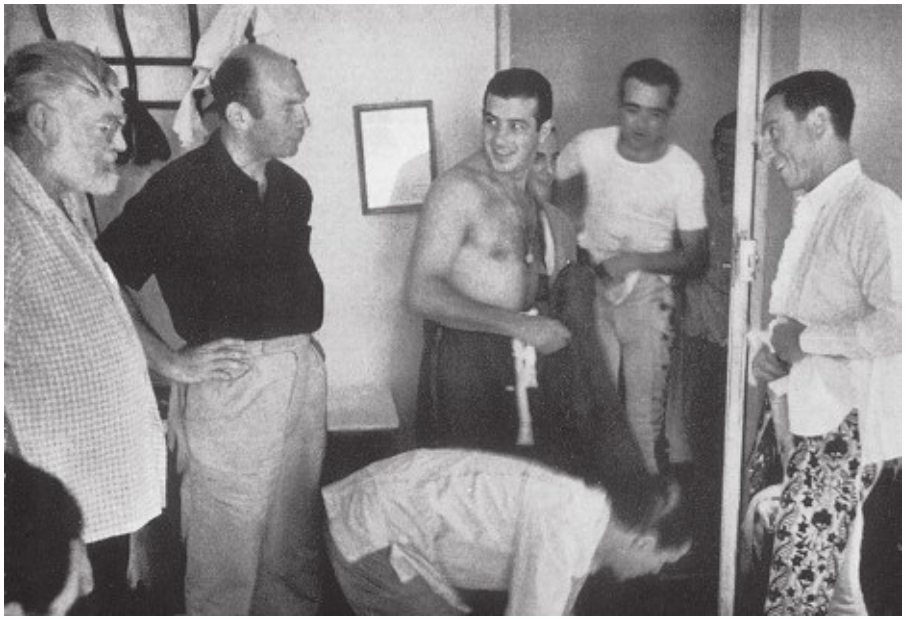
© Francisco Cano / John F. Kennedy Library
Hemingway bebiendo durante las fiestas de Pamplona en 1959.

© A. E. Hotchner
Hemingway en el bar Choko con A. E. Hotchner y Mary Schoonmaker, una de las «prisioneras» capturadas por el grupo durante las fiestas de Pamplona.



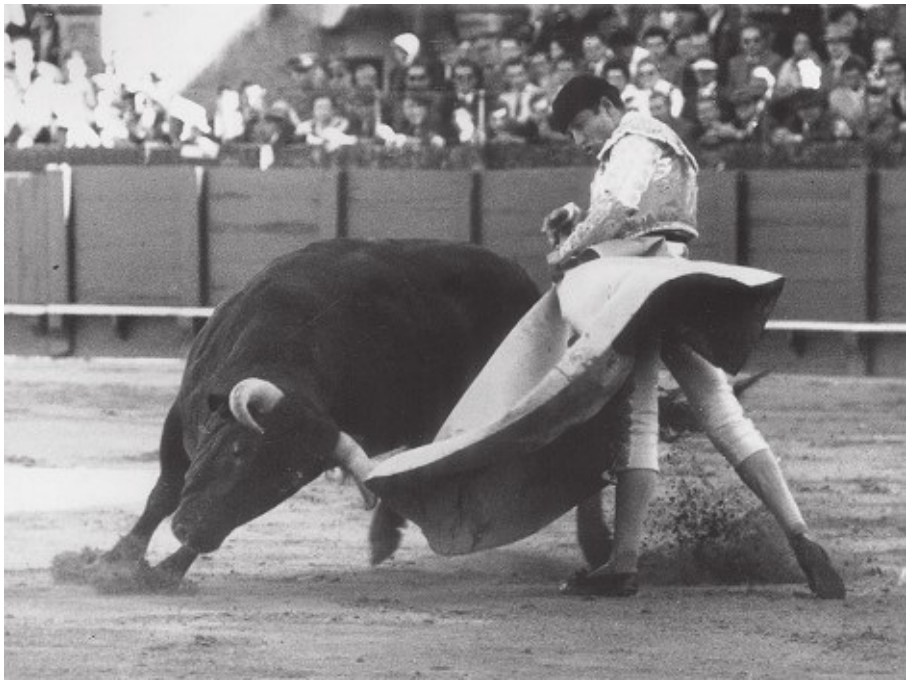
© A. E. Hotchner
Hemingway en la playa de Málaga.

© Larry Burrows / Archivo de Russell Burrows
Dominguín es corneado por el tercer toro durante una corrida mano a mano con Ordóñez.



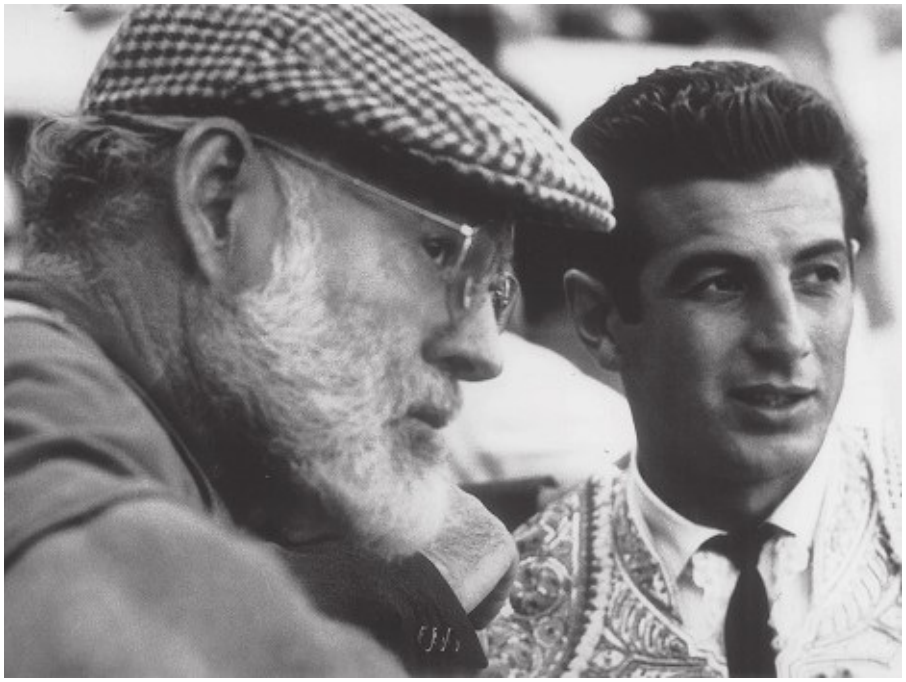
© Larry Burrows / Archivo de Russell Burrows
A. E. Hotchner se dispone a hacer de sobresaliente en el mano a mano entre Ordóñez y Dominguín en Ciudad Real. Hemingway, Bill Davis y Ordóñez contemplan la escena.

© Cuevas / John F. Kennedy Library
Luis Miguel Dominguín en un pase natural. Bayona, 1959.

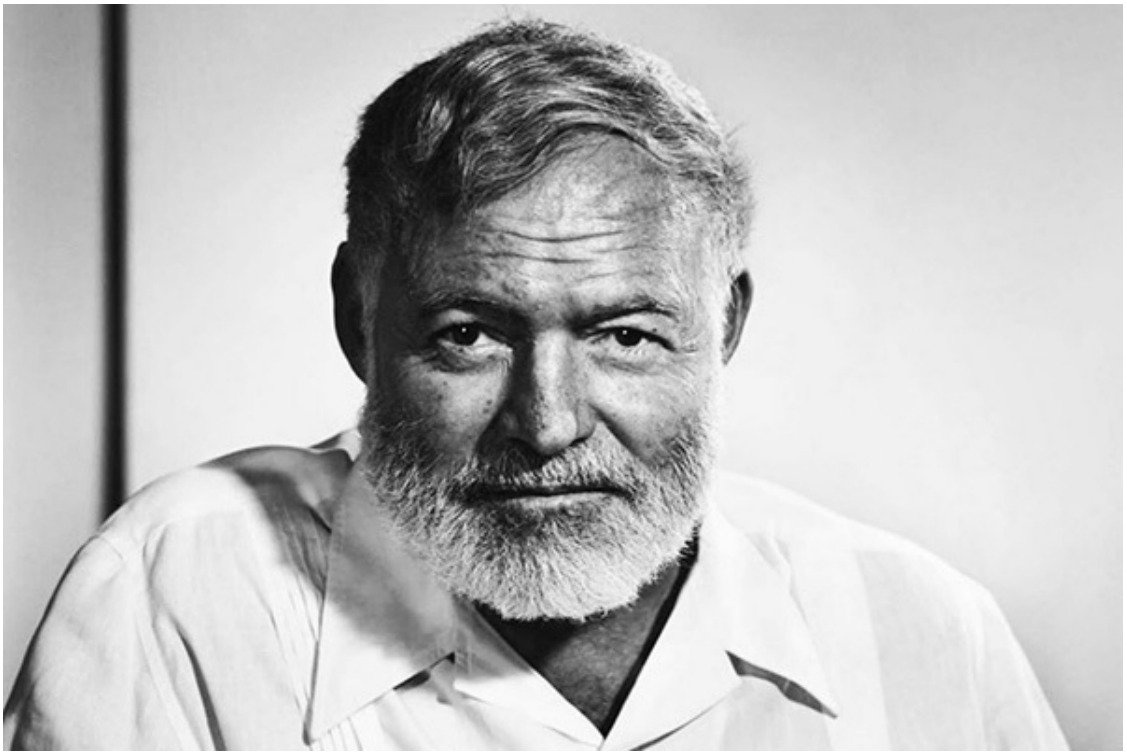


© Cuevas / John F. Kennedy Library
Antonio Ordóñez remata una serie de verónicas. Sevilla, 1959.

© Larry Burrows / Archivo Russell Burrows
Hemingway junto a Dominguín después de que este sufriera una cogida en Bilbao. A la derecha, de pie, Bill Davis.



© Luc Fournol / John F. Kennedy Library
Hemingway y Ordóñez comentando la corrida. Bayona, 1959.



ERNEST HEMINGWAY, nacido en 1899 en Oak Park, Illinois, forma parte ya de la mitología del siglo XX, no solo gracias a su obra literaria, sino también a la leyenda que se formó en torno a su azarosa vida y a su trágica muerte. Hombre aventurero y amante del riesgo, a los diecinueve años, durante la Primera Guerra Mundial, se enroló en la Cruz Roja. Participó también en la guerra civil española y en otros conflictos bélicos en calidad de corresponsal. Estas experiencias, así como sus viajes por África, se reflejan en varias de sus obras. En la década de los años veinte se instaló en París, donde conoció los ambientes literarios de vanguardia. Más tarde vivió también en lugares retirados de Cuba o Estados Unidos, donde pudo no solo escribir, sino también dedicarse a una de sus grandes aficiones: la pesca, un tema recurrente en su producción literaria. En 1954 obtuvo el Premio Nobel. Siete años más tarde, sumido en una profunda depresión, se quitó la vida. Entre sus novelas destacan *Adiós a las armas*, *Por quién doblan las campanas* o *Fiesta*. A raíz de un encargo de la revista *Life* escribió *El viejo y el mar*, por la que recibió el Premio Pulitzer en 1953.

Notas

[1] Todo este material acabaría siendo publicado póstumamente bajo el título de *A Moveable Feast* (*París era una fiesta*) en 1964. <<

[2] Hemingway se refiere aquí, claro, al escritor y alguna vez amigo Francis Scott Fitzgerald: una de sus obsesiones más poderosas. <<

[3] Me permito citar aquí un fragmento del prólogo que escribí para *Muerte en la tarde* (DeBolsillo):

«No resulta arriesgado afirmar que Ernest Hemingway nació en Estados Unidos pero vivió para España.

»Hemingway —escritor americano a la vieja usanza, cosmopolita y explorador y amante de los espacios abiertos— escribió sobre cantidad de lugares entre los que se cuentan la región primera de los veraneos infantiles al norte de Michigan, la primavera de Francia y el crepúsculo de Italia, las largas siestas de Cuba, las olas de Key West y las corrientes de Bimini y las cacerías de África. Pero ningún sitio ejerció una influencia más poderosa en su persona y en su literatura que España.

»La segunda línea de *El verano peligroso* lo afirma categóricamente y sin lugar a duda alguna: España era el país que más le gustaba a Hemingway después de su patria. Y en privado y solo frente a íntimos, solía ubicar a España muy por encima de América en el ranking de su atlas personal». <<

[4] En perspectiva, son varios los especialistas que afirman que es posible que Hemingway viviera sus últimos años sufriendo grandes dolores en el cuello producto de sucesivas concusiones, y que estas hayan tenido mucha mayor incidencia de lo que se supuso entonces en su acelerado deterioro mental. <<

[5] Su médico de cabecera en Idaho, George Saviers, se encontraba también en España como miembro invitado del cada vez más numeroso *entourage* de Hemingway. <<

[6] Aunque lo cierto es que las dotes talismánicas de Hemingway no fueron de gran necesidad. Un muy interesante ensayo de Carlos Clemenson –«Hemingway y el ruedo ibérico: una pasión española», incluido en el libro *Hemingway en España* (con edición de Carlos G. Reigosa, Visor Libros, 2001) precisa: «Lo que falla en *El verano peligroso* es que ese peligro mortal brilla por su ausencia (…). Afortunadamente, para la integridad de los protagonistas de la fiesta, nos encontramos en ese gozne entre los años cincuenta y los sesenta en los que, a Dios gracias, la muerte en el ruedo no es una probabilidad casi fatal y hasta frecuente (…). En *El verano peligroso*, a pesar de las delirantes imaginaciones, autosugestiones y aprensiones que morbosamente asediaban al ya presenil Hemingway ante la posibilidad de la muerte de su idolatrado Ordóñez —posibilidad temida y subconscientemente casi oscuramente deseada, o literariamente imaginada, para terminar de constituir al joven diestro en mito, y a él en el moderno Homero de semejante epopeya, o en el Sófocles de esa presunta tragedia—, esa inminencia de la muerte es algo que se ve como un poco “impuesto” literariamente». <<

[7] Cabe aclarar que el dinero no era de Hemingway sino de la propia Mary, quien lo había ganado escribiendo un artículo para la revista *Sports Illustrated*. Lo cierto es que el humor de Hemingway era por entonces volátil y bipolar. Pasaba de la carcajada a la melancolía y torturaba a su mujer —en largas discusiones hasta el amanecer— «por no haberle comprado Listerine o por beber demasiada agua». <<

[8] Los especialistas coinciden que el punto más alto del libro es la descripción que hace Hemingway, en el capítulo XI, de la corrida del 14 de agosto de 1959 en Málaga donde ambos matadores llegaron a cortar diez orejas, cuatro rabos y dos patas. <<

[9] *Scott Fitzgerald* (Charles Scribner’s Sons, 1962). <<

[10] Al llegar al aeropuerto fue recibido por una multitud de cubanos. Hemingway, conmovido, se dijo preocupado por el enfriamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Castro y se definió como «cubano luego de veinte años en la isla». A continuación besó una bandera cubana, pero el gesto fue demasiado rápido para ser captado por los fotógrafos. Cuando le pidieron que lo repitiera para las cámaras, Hemingway dijo: «Dije que era un cubano, no un actor». <<

[11] Una de las críticas que se le puede hacer a *El verano peligroso* es que muy pronto pierde toda imparcialidad a la hora de registrar el *mano a mano* entre los dos toreros y se inclina descaradamente por Ordóñez. Meses después de publicarse los artículos en *Life*, Hemingway admitió no haberse portado del todo bien con Dominguín. <<

[12] Una de las páginas de la revista exasperó particularmente a Hemingway: «La que lleva el pie de *pase ayudado,* Dios, esa es la clase de retrato que los fotógrafos utilizan para chantajear a los toreros… Ahora seré el hazmerreír de cualquiera que sepa algo sobre los toros. Me verán como el truhán y traidor más grande de todos los tiempos… Preferiría volver a estrellarme con mi avión como en África, una y otra vez, antes que sentir lo que ahora me hacen sentir estas fotografías». Y así durante horas. Pero nadie, ni sus amigos toreros, al llegar la edición en español de la revista, vieron nada malo en la elección de las fotografías. Hubo, sí, protestas en cuanto a alguno de los un tanto excesivos juicios del escritor. En especial en lo concerniente a sus dichos sobre Manolete. Pero, por lo general, todos parecían contentos por el regreso de «Don Ernesto». <<

[13] Por entonces, solo en acciones de la compañía, Hemingway contaba con 400.000 dólares. <<

[14] El manuscrito de *El verano peligroso* acabó alcanzando las 120.000 palabras y no fue publicado en formato libro –reducido a unas 45.000 palabras— sino hasta 1985. James Michener fue el encargado de escribir el prólogo/presentación y allí se lee:

«Estoy en condiciones de afirmar con toda sinceridad que no podría salir tal como Hemingway lo planeaba. El material tenía enormes redundancias, divagaba y estaba plagado de nimios detalles acerca de los toros… Creo que Hotchener y la redacción de *Life* hicieron un buen trabajo al compendiar el voluminoso trabajo de Hemingway y también creo que, ahora, Charles Scribner's Sons han hecho una buena obra al publicar su esencia en este libro». <<

[*] *Señalamos en cursiva todas las palabras que figuran en español en el original. (N. del E.)* <<